

JULIAN BARNES

*El sentido
de un final*

PREMIO MAN BOOKER



Durante el último curso en el instituto, el inseparable triunvirato formado por Tony, Alex y Colin acoge a Adrian Finn, el chico nuevo, el cuarto mosquetero que se adapta sin problemas a sus interminables discusiones sobre el presente que les ha tocado vivir, sobre qué les depara el incierto futuro y otras disquisiciones sobre historia, filosofía y cualquier materia que les salga al paso.

En realidad, el recién llegado destaca inmediatamente como el más inteligente y brillante de los alumnos, poseedor de una mente privilegiada y un espíritu radicalmente racional, que son admirados incluso por sus propios profesores, y cuyo destino natural es la Universidad de Cambridge. Pero las promesas de amistad eterna que los cuatro amigos se profesan en el momento de la separación se van al traste cuando Adrian empieza a salir con una chica con la que Tony mantuvo una relación condenada al fracaso, y éste reacciona enviándole una despechada e hiriente carta en la que condena al traidor al olvido, una sentencia que adquiere un tinte trágico cuando, no mucho tiempo después, Adrian pone fin a su vida.

Cuarenta años más tarde, la recepción de una inesperada carta revive en Tony los recuerdos de aquella amistad y decide buscar a Verónica, la causante de la vieja ruptura, y el único testimonio fiable que puede arrojar cierta luz sobre lo que sucedió realmente en aquellos días de juventud.



Julian Barnes

El sentido de un final

Premio Man Booker 2011

ePub r2.1

Achab1951 04.12.13

Título original: *The Sense of an Ending*

Julian Barnes, 2011

Traducción: Jaime Zulaika

Retoque de portada: Achab1951

Editor digital: Achab1951

ePub base r1.0

más libros en bajaepub.com

Para Pat

UNO

Recuerdo, sin un orden concreto:

- la reluciente cara interior de una muñeca;
- el vapor que sube de un fregadero mojado cuando jocosamente se introduce en él una sartén caliente;
- gotas de esperma alrededor de un desagüe, antes de que las engullan las largas tuberías de la casa;
- un río que fluye absurdamente cauce arriba y los rayos de media docena de linternas que lo persiguen e iluminan su chapoteo y sus ondas;
- otro río, ancho y gris, y el viento recio que agita su superficie y encubre la dirección de su flujo;
- agua de bañera que se ha enfriado hace mucho detrás de una puerta cerrada con llave.

Esto último no lo vi realmente, pero lo que acabas recordando no es siempre lo mismo que lo que has presenciado.

Vivimos en el tiempo —nos contiene y nos moldea—, pero nunca he creído comprenderlo muy bien. Y no me refiero a las teorías sobre cómo se desvía y se desdobla, o a que pueda existir en otro lugar en versiones paralelas. No, me refiero al tiempo ordinario, cotidiano, que los relojes de pared y de pulsera nos aseguran que transcurre regularmente: tictac, clic-cloc. ¿Hay algo más verosímil que una segunda aguja? Y, sin embargo, el placer o el dolor más nimio basta para enseñarnos la maleabilidad del tiempo. Algunas emociones lo aceleran, otras lo enlentecen; de vez en cuando parece que no fluye, hasta el punto final en que desaparece de verdad y nunca

vuelve. No me interesa mucho mi época escolar y no la añoro. Pero el colegio es donde comenzó todo y tengo que remontarme brevemente hasta unos incidentes que se han convertido en anécdotas, hasta algunos recuerdos aproximativos que el tiempo ha deformado y transformado en certeza. Aunque ya no tengo la seguridad de que algunos sucesos fueran reales, al menos recuerdo con claridad las impresiones que dejaron. Es lo más lejos que llego.

Éramos tres y él fue el cuarto. No esperábamos añadir a nadie más a nuestro apretado trío: desde mucho antes había habido camarillas y emparejamientos, y ya empezábamos a imaginar nuestra huida del colegio al mundo. Se llamaba Adrian Finn y era un chico alto y tímido que al principio mantenía los ojos bajos y no decía lo que pensaba. Los primeros días apenas nos fijamos en él: en nuestro colegio no se hacían ceremonias de bienvenida y no digamos lo opuesto, la iniciación punitiva. Simplemente tomamos nota de su presencia y aguardamos.

Los profesores se interesaron más por Adrian que nosotros. Tenían que valorar su inteligencia y su sentido de la disciplina, comprobar si hasta entonces había recibido una buena instrucción y si demostraría ser «candidato a una beca». La tercera mañana de aquel trimestre de otoño tuvimos una clase de historia con Old Joe Hunt, un profesor amablemente irónico que vestía un terno completo y cuyo sistema de control dependía de su capacidad de mantener un aburrimiento suficiente pero no excesivo.

—Bien... Recordaréis que os pedí que hicierais una lectura preliminar sobre el reinado de Enrique VIII.

Colin, Alex y yo nos miramos de reojo, confiando en que la pregunta, lanzada como la caña de un pescador, no nos aterrizara encima.

—¿Alguno quiere caracterizar la época? —Sacó su propia conclusión al ver que mirábamos hacia otro lado—. Bueno, quizá Marshall. ¿Cómo describirías el reinado de Enrique VIII?

Nuestro alivio fue mayor que nuestra curiosidad, porque Marshall era un ignorante cauteloso que carecía de la inventiva de la auténtica ignorancia.

Buscó posibles complejidades ocultas en la pregunta antes de encontrar una respuesta.

—Había descontento, señor.

Una incipiente sonrisita apenas controlada; el propio Hunt casi sonrió.

—¿Podrías ser más preciso?

Marshall asintió lentamente, reflexionó un poco más y decidió que no era momento de cautelas.

—Yo diría que había un gran descontento, señor.

—Finn, entonces. ¿Tienes nociones sobre ese período?

El nuevo estaba sentado una fila delante de mí y a mi izquierda. No había reaccionado de un modo visible a las idioteces de Marshall.

—La verdad, me temo que no, señor. Pero hay una corriente de pensamiento según la cual lo único que se puede decir realmente de cualquier suceso histórico, incluso, por ejemplo, de la Primera Guerra Mundial, es que «ocurrió algo».

—¿Ah, sí, en serio? Bueno, eso me dejaría sin trabajo, ¿no?

Tras algunas risas adulatoras, Old Joe Hunt indultó nuestra festiva holganza y nos ilustró sobre el carnicero regio y polígamo.

En la pausa siguiente me acerqué a Finn.

—Soy Tony Webster. —Él me miró con prevención—. Una gran respuesta a Hunt. —Parecía que no sabía de qué le estaba hablando—. Lo de «ocurrió algo».

—Oh. Sí. Me ha decepcionado un poco que no lo haya suscrito.

Esto no era lo que se esperaba que dijera.

Otro detalle que recuerdo es que nosotros tres, como símbolo de nuestra unión, llevábamos la esfera del reloj en la cara interior de la muñeca. Era una afectación, desde luego, pero tal vez algo más. Convertía el tiempo en una cosa personal, hasta secreta. Esperábamos que Finn advirtiera esta costumbre y la imitara; pero no lo hizo.

Más tarde, aquel mismo día —o puede que otro día—, tuvimos una clase doble de inglés con Phil Dixon, un joven profesor recién salido de

Cambridge. Le gustaba utilizar textos contemporáneos y lanzaba desafíos repentinos. «Nacimiento, copulación y muerte: así resume la vida T. S. Eliot. ¿Algún comentario?». Una vez comparó a un héroe de Shakespeare con Kirk Douglas en *Espartaco*. Y recuerdo que un día en que estábamos hablando de la poesía de Ted Hughes, ladeó la cabeza de modo profesoral y murmuró: «Naturalmente, todos nos preguntamos qué sucederá cuando se quede sin animales». En ocasiones, al dirigirse a nosotros, nos llamaba «caballeros». Por supuesto, le adorábamos.

Aquella tarde nos entregó un poema sin título, fecha ni nombre del autor, nos dio diez minutos para estudiarlo y luego nos pidió comentarios.

—¿Empezamos por ti, Finn? Sencillamente, ¿de qué te parece que trata el poema?

Adrian levantó la vista de su pupitre.

—De Eros y Tánatos, señor.

—Hum. Sigue.

—Del sexo y la muerte —prosiguió Finn, como si no sólo no entendieran griego los zoquetes de la última fila—. O del amor y la muerte, si lo prefiere. En cualquier caso, del conflicto que enfrenta el principio erótico con el principio de muerte. Y lo que se deriva de ese conflicto, señor.

Es probable que yo pareciese más impresionado de lo que Dixon consideraba saludable.

—Webster, acláranos más.

—Yo pensaba que sólo era un poema sobre una lechuza, señor.

En esto consistía una de las diferencias entre nosotros tres y nuestro nuevo amigo. Nosotros sobre todo nos cachondeábamos, excepto cuando hablábamos en serio. Él hablaba sobre todo en serio, menos cuando se cachondeaba. Nos costó un tiempo entenderlo.

Adrian se dejó absorber por nuestro grupo sin reconocer que era eso lo que pretendía. Quizá no lo pretendía. Ni tampoco modificó sus opiniones para adaptarlas a las nuestras. En las oraciones matutinas se le oía sumarse a las respuestas mientras Alex y yo nos limitábamos a mover los labios. Colin

prefería la actitud satírica de berrear con el entusiasmo de un falso fanático. Los tres considerábamos los deportes escolares un plan criptofascista para reprimir nuestros impulsos sexuales; Adrian se inscribió en el club de esgrima y practicaba el salto de altura. Nosotros teníamos un mal oído beligerante; él venía a clase con su clarinete. Cuando Colin criticaba a la familia, yo me burlaba del sistema político y Alex formulaba objeciones filosóficas a la naturaleza de la realidad percibida, Adrian se reservaba su opinión; por lo menos al principio. Daba la impresión de que creía en cosas. Nosotros también, sólo que queríamos creer en nuestras cosas más que en las que otros habían decidido que creyéramos. De ahí lo que considerábamos nuestro escepticismo purificador.

El colegio estaba en el centro de Londres y todos los días nos desplazábamos hasta allí desde nuestros barrios distintos, atravesando un sistema de control tras otro. En aquel entonces las cosas eran más sencillas: había menos dinero, no existían aparatos electrónicos, la tiranía de la moda era ligera, no había novias. No había nada que nos distrajese de nuestro deber filial y humano, que consistía en estudiar, aprobar exámenes, utilizar nuestros títulos académicos para encontrar un empleo y después forjar un estilo de vida más completo, sin llegar a ser amenazador, que el de nuestros padres, que lo aprobarían mientras lo comparaban en privado con su propio pasado, que había sido más sencillo y por tanto superior. Nada de esto, por supuesto, se expresaba: el refinado darwinismo social de las clases medias británicas siempre estaba implícito.

—Son unos putos cabrones, los padres —se quejó Colin un lunes, a la hora del almuerzo—. Crees que son majos cuando eres pequeño, pero después te das cuenta de que son como...

—¿Enrique VIII, Col? —sugirió Adrian.

Empezábamos a habituarnos a su sentido de la ironía, así como al hecho de que también podía emplearla contra nosotros. Cuando se burlaba, o nos exhortaba a la seriedad, a mí me llamaba Anthony; Alex se convertía en Alexander y Colin, cuyo nombre no podía alargarse, se quedaba en Col.

—A mí me daría igual que mi padre tuviese media docena de mujeres.

—Y que fuera riquísimo.

—Y que le retratara Holbein.

—Y que mandara al Papa a tomar por el culo.

—¿Alguna razón concreta de que sean unos putos cabrones? —le preguntó Alex a Colin.

—Yo quería que fuéramos al parque de atracciones. Me dijeron que tenían que dedicar el fin de semana al jardín.

Pues eso: putos cabrones. Salvo para Adrian, que escuchaba nuestras denuncias pero rara vez se sumaba a ellas. Y, sin embargo, a nuestro entender tenía más motivos que la mayoría. Su madre se había marchado de casa hacía unos años y había dejado al marido a cargo de Adrian y de su hermana. Esto fue mucho antes de que se utilizara la expresión «familia monoparental»; entonces era «un hogar roto», y Adrian era la única persona que conocíamos que procedía de uno de ellos. El hecho debería haberle proporcionado un arsenal de rabia existencial, pero por alguna razón no era así; decía que quería a su madre y respetaba a su padre. Nosotros tres, en privado, examinamos su caso y elaboramos una teoría: que la clave para una vida familiar feliz era que no hubiese familia, o al menos no una familia que viviese bajo el mismo techo. Tras hacer este análisis, envidiamos aún más a Adrian.

En aquel tiempo nos sentíamos como si nos tuvieran encerrados en una especie de redil, esperando a que nos soltasen para entrar en la vida. Y cuando llegase el momento, la vida —y también el tiempo— se aceleraría. ¿Cómo íbamos a saber que nuestra vida ya había comenzado, que ya habíamos obtenido algún provecho, que ya nos habían infligido algún daño? Y que sólo nos soltarían para meternos en otro redil más grande, cuyos límites serían al principio indiscernibles.

Entretanto, estábamos hambrientos de libros y de sexo, éramos meritocráticos, anarquistas. Aunque todos los sistemas políticos y sociales nos parecían corruptos, nos negábamos a considerar otra alternativa que el caos hedonista. Adrian, sin embargo, nos empujó a creer en la aplicación del pensamiento a la vida, en el concepto de que los principios deben guiar las acciones. Previamente, Alex había pasado por ser el filósofo entre nosotros. Había leído cosas que los demás no habíamos leído y podía, por ejemplo, afirmar de repente: «Sobre lo que no podemos hablar, debemos guardar

silencio». Colin y yo rumiábamos un rato esta idea en silencio y luego sonreíamos y seguíamos hablando. Pero la llegada de Adrian desalojó a Alex de su puesto o, más bien, nos dio la posibilidad de elegir filósofo. Si Alex había leído a Russell y a Wittgenstein, Adrian había leído a Camus y a Nietzsche. Yo había leído a George Orwell y Aldous Huxley; Colin, a Baudelaire y a Dostoyevski. Esto es sólo una ligera caricatura.

Sí, desde luego que éramos pretenciosos: ¿para qué otra cosa sirve la juventud? Usábamos términos como *Weltanschauung* y *Sturm und Drang*, nos gustaba decir «Eso es filosóficamente evidente» y nos asegurábamos unos a otros que el primer deber de la imaginación era el de ser transgresora. Nuestros padres veían las cosas de una manera distinta, y describían a sus hijos como inocentes súbitamente expuestos a influencias nocivas. Así, la madre de Colin, al hablar de mí, decía que yo era «el ángel oscuro» de su hijo; mi padre culpó a Alex cuando me descubrió leyendo *El manifiesto comunista*; los padres de Alex apuntaron hacia Colin cuando le pillaron leyendo una dura novela policíaca norteamericana. Y así sucesivamente. Ocurría lo mismo con el sexo. Nuestros padres pensaban que podíamos corrompernos mutuamente y convertirnos en lo que más temían: un masturbador incorregible, un homosexual encantador, un libertino temerariamente contagioso. Les preocupaba la estrecha amistad adolescente, la conducta predatoria de extraños en los trenes, el atractivo de una chica poco adecuada. Sus inquietudes sobrepasaron en gran medida nuestra experiencia.

Una tarde, Old Joe Hunt, como si recogiera el guante del primer reto de Adrian, nos pidió que debatiéramos sobre los orígenes de la Primera Guerra Mundial: concretamente, sobre la responsabilidad del asesino del archiduque Francisco Fernando en el estallido de la contienda. En aquel tiempo, casi todos éramos absolutistas. Nos gustaban el sí versus el no, el elogio versus la culpa, la culpabilidad versus la inocencia o, en el caso de Marshall, el descontento versus el gran descontento. Nos gustaban los juegos que terminaban en una victoria o una derrota, no en un empate. Y por eso, para

algunos, el pistolero serbio cuyo nombre hace mucho que se borró de mi memoria tenía una responsabilidad individual del cien por cien: suprimelo de la ecuación y la guerra nunca se habría producido. Otros preferían atribuir el cien por cien de la responsabilidad a las fuerzas históricas, que habían introducido a los países antagónicos en un cauce de colisión inevitable: «Europa era un barril de pólvora a punto de estallar», y todo eso. Los más anárquicos, como Colin, argumentaban que todo dependía del azar, que el mundo existía en un estado de caos perpetuo y que únicamente un instinto narrativo primitivo, sin duda un efecto residual de la religión, confería un sentido retrospectivo a lo que podría o no podría haber sucedido. Hunt asintió brevemente ante la tentativa de Colin de minimizarlo todo, como si la incredulidad morbosa fuese un subproducto natural de la adolescencia, algo de lo que había que desprenderse. Maestros y padres solían recordarnos irritantemente que ellos también habían sido jóvenes y por tanto podían hablar con autoridad. Es sólo una fase, insistían. Se os pasará; la vida os enseñará realidad y realismo. Pero por entonces nos negábamos a reconocer que alguna vez habían sido como nosotros, y sabíamos que nuestra comprensión de la vida —y de la verdad, la moralidad y el arte— era mucho más clara que la de nuestros comprometidos mayores.

—Finn, has estado muy callado. Tú has sacado a colación el asunto. Eres, como si dijéramos, nuestro pistolero serbio. —Hunt hizo una pausa para que la alusión hiciera su efecto—. ¿Te importaría concedernos la merced de tus pensamientos?

—No lo sé, señor.

—¿Qué es lo que no sabes?

—Bueno, en un sentido no sé lo que no sé. Es filosóficamente evidente. —Se permitió una de aquellas breves pausas en las que nos preguntábamos si perpetraba una burla sutil o estaba sumido en una seriedad profunda, inaccesible para nosotros—. En realidad, ¿no es todo esto de atribuir responsabilidad un modo de escurrir el bulto? Queremos culpar a un individuo para exonerar a todos los demás. O culpamos a un proceso histórico para eximir a unos individuos. O todo es un caos anárquico, lo que produce la misma consecuencia. A mí me parece que hay, hubo, una cadena

de responsabilidades individuales, todas ellas necesarias, pero no tan larga como para que todos puedan simplemente echar la culpa a todos los demás. Pero está claro que mi deseo de atribuir responsabilidad podría ser más bien un reflejo de mi mentalidad que un análisis correcto de lo que sucedió. Es uno de los problemas centrales de la historia, ¿no, señor? La cuestión de la interpretación subjetiva versus la objetiva, el hecho de que necesitamos conocer la historia del historiador para comprender la versión que nos expone.

Hubo un silencio. Y no, no se estaba cachondeando, ni lo más mínimo.

Old Joe Hunt miró su reloj y sonrió.

—Finn, me jubilo dentro de cinco años. Y con mucho gusto te daría referencias si te apetece ocupar mi puesto.

Y él tampoco estaba bromeando.

Una mañana, durante una asamblea, el director, con la voz triste que adoptaba para notificar expulsiones o una catastrófica derrota deportiva, anunció que era portador de una aciaga noticia, a saber, que Robson, de la rama de ciencias, había fallecido aquel fin de semana. Entre un susurro de murmullos sobrecoídos, nos informó de que Robson había muerto en la flor de la juventud y de que su muerte era una pérdida para todo el colegio, y de que todos asistiríamos simbólicamente a su funeral. En suma, nos lo dijo todo salvo lo que queríamos saber: cómo y por qué, y en el caso de que hubiera muerto asesinado, por quién.

—Eros y Tánatos —comentó Adrian, antes de la primera clase del día—. Tánatos gana otra vez.

—Robson no era precisamente materia de Eros y Tánatos —le dijo Alex.

Colin y yo lo corroboramos. Lo sabíamos porque Robson había estado en nuestra clase un par de años: era un chico formal, sin imaginación, seriamente desinteresado de las artes, que había pasado sin pena ni gloria y sin ofender a nadie. Ahora nos había ofendido al crearse la reputación de haber muerto a una edad temprana. La flor de la juventud, en efecto: el Robson que habíamos conocido era de materia vegetal.

No hubo mención de una enfermedad, un accidente de bicicleta ni una explosión de gas, y, días más tarde, un rumor (alias Brown, de matemáticas de sexto) difundió lo que las autoridades no podían o no querían comunicar. Robson había dejado embarazada a su novia y se había ahorcado en el desván; tardaron dos días en encontrarle.

—Nunca habría imaginado que supiese cómo ahorcarse.

—Estaba en ciencias.

—Pero hace falta un tipo especial de nudo corredizo.

—Eso es sólo en las películas. Y en las ejecuciones como es debido. Lo puedes hacer con un nudo normal. Sólo que tardas más en asfixiarte.

—¿Cómo pensamos que es su novia?

Sopesamos las opciones que conocíamos: virgen mojigata (ahora ex virgen), dependienta putilla, mujer mayor experimentada, ramera contaminada por una enfermedad venérea. Lo comentamos hasta que Adrian reorientó nuestra búsqueda.

—Camus dijo que el suicidio era la única cuestión realmente filosófica.

—Aparte de la ética y la política y la estética y la naturaleza de la realidad y todo lo demás.

Había cierto tonillo en la réplica de Alex.

—La única cuestión auténtica. La fundamental, de la que dependen todas las demás.

Tras un largo análisis del suicidio de Robson, llegamos a la conclusión de que sólo podía ser filosófica en el sentido aritmético del término: al estar a punto de causar un incremento de una unidad en la población humana, había decidido que su deber moral consistía en mantener constante el número de habitantes del planeta. Pero en todos los demás aspectos consideramos que Robson nos había dejado —a nosotros y al raciocinio serio— en la estacada. Su acción no había sido filosófica, sino autocompasiva y nada artística: en otras palabras, errónea. En cuanto a la nota que dejó, que según el rumor (de nuevo Brown) decía «Lo siento, mamá», pensamos que había desperdiciado una magnífica oportunidad pedagógica.

Tal vez no habríamos sido tan duros con Robson de no ser por un hecho crucial e insoslayable: era de nuestra edad, no era un chico excepcional a nuestro juicio, y sin embargo no sólo había conspirado para encontrar una novia, sino que además, incuestionablemente, había tenido relaciones sexuales con ella. ¡Cabronazo! ¿Por qué él y no nosotros? ¿Por qué ninguno de nosotros había tenido siquiera la experiencia de no haber podido encontrar una novia? Al menos la humillación subsiguiente habría acrecentado nuestros conocimientos generales, nos habría dado algo de lo que jactarnos negativamente («En realidad, "gilipollas pustuloso con el carisma de una zapatilla de deporte", fueron las palabras textuales de ella»). Sabíamos por nuestras lecturas de la gran literatura que el amor entrañaba sufrimiento, y de buena gana habríamos adquirido cierta práctica en el sufrimiento si hubiera una promesa implícita, quizá incluso lógica, de que el amor podría estar caminando a nuestro encuentro.

Éste era otro de nuestros temores: que la vida no resultara ser como la literatura. Mirad a nuestros padres: ¿eran ellos material literario? A lo sumo podían aspirar a la categoría de espectadores o transeúntes, a formar parte de un telón de fondo contra el que podían acontecer cosas reales, auténticas, importantes. ¿Cómo qué? Como las cosas de las que trataba la literatura: el amor, el sexo, la moralidad, la amistad, la felicidad, el sufrimiento, la traición, el adulterio, el bien y el mal, los héroes y los villanos, la culpa y la inocencia, la ambición, el poder, la justicia, la revolución, la guerra, los padres y los hijos, las madres y las hijas, el individuo contra la sociedad, el éxito y el fracaso, el asesinato, el suicidio, la muerte, Dios. Y las lechuzas. Había, por supuesto, otras clases de literatura —teórica, autorreferencial, lacrimógenamente autobiográfica—, pero sólo eran pajas mentales. La auténtica literatura trataba de la verdad psicológica, emocional y social tal como la mostraban las acciones y reflexiones de sus protagonistas; la novela versaba sobre el carácter desarrollado a lo largo del tiempo. Esto es, por lo menos, lo que nos dijo Phil Dixon. Y la única persona —aparte de Robson— cuya vida hasta entonces contenía algo remotamente novelesco era Adrian.

—¿Por qué tu madre abandonó a tu padre?

—No lo sé muy bien.

—¿Tu madre tenía otro tío?

—¿Tu padre era un cornudo?

—¿Tenía tu padre una querida?

—No lo sé. Me dijeron que lo comprendería cuando fuera más mayor.

—Es lo que siempre prometen. Lo que yo digo es por qué no lo explican ahora.

Sólo que yo nunca había dicho esto. Y en nuestra familia, hasta donde puedo asegurarlo, no había misterios, para mi desilusión y vergüenza.

—¿Quizá tu madre tiene un amante joven?

—Cómo voy a saberlo. Nunca nos vemos allí. Ella viene siempre a Londres.

No había nada que hacer. En una novela, Adrian se habría limitado a aceptar las cosas como se las planteaban. ¿De qué servía vivir una situación digna de un relato si el protagonista no se comportaba como habría hecho en un libro? Adrian debería haberse puesto a husmear o a ahorrar de su dinero de bolsillo para contratar a un detective privado: quizá nosotros cuatro deberíamos haber emprendido una investigación para descubrir la verdad. ¿O eso habría sido menos parecido a la literatura y demasiado semejante a un cuento infantil?

En la última clase de historia del curso, Old Joe Hunt, que había guiado a sus letárgicos alumnos a través de los Tudor y los Estuardos, los victorianos y los eduardianos, el ascenso del Imperio y su posterior decadencia, nos invitó a echar una ojeada a todos aquellos siglos y a aventurar conclusiones.

—Podríamos empezar, por ejemplo, por la pregunta en apariencia más simple: ¿qué es la historia? ¿Alguna idea, Webster?

—La historia son las mentiras de los vencedores —contesté, precipitándome un poco.

—Sí, ya me temía que dijeras eso. Bien, siempre que recuerdes que es también los autoengaños de los derrotados. ¿Simpson?

Colin estaba más preparado que yo.

—La historia es un bocadillo de cebolla cruda, señor.

—¿Por qué razón?

—Repite, señor. Eructa. Lo hemos visto una y otra vez este año. La misma historia de siempre, la misma oscilación entre tiranía y rebelión, guerra y paz, prosperidad y empobrecimiento.

—Demasiado para rellenar un bocadillo, ¿no crees?

Nos reímos mucho más de lo previsto, con una histeria de final de curso.

—¿Finn?

—«La historia es la certeza obtenida en el punto en que las imperfecciones de la memoria topan con las deficiencias de documentación».

—¿Sí? ¿De verdad? ¿Dónde has encontrado eso?

—En Lagrange, señor. Patrick Lagrange. Es francés.

—Como era de suponer. ¿Te importaría darnos un ejemplo?

—El suicidio de Robson, señor.

Hubo una perceptible inhalación de aire y algunos imprudentes giros de cabeza. Pero Old Joe Hunt, al igual que los demás profesores, otorgaba a Adrian un estatus especial. Cuando los demás ensayábamos una provocación, la desestimaban como un cinismo pueril, algo de lo que también nos desprenderíamos. Las provocaciones de Adrian, por alguna razón, eran acogidas como torpes búsquedas de la verdad.

—¿Qué tiene que ver eso con nuestro asunto?

—Es un suceso histórico, señor, aunque menor. Pero reciente. Por tanto, debería comprenderse fácilmente como historia. Sabemos que ha muerto, sabemos que tenía novia, sabemos que está embarazada... o lo estaba. ¿Qué más datos tenemos? Una sola pieza documental, la nota que decía «Lo siento, mamá»; al menos, según cuenta Brown. ¿Esa nota existe todavía? ¿Fue destruida? ¿Tenía Robson otros motivos o razones, aparte de los obvios? ¿Cuál era su estado de ánimo? ¿Podemos estar seguros de que el hijo era suyo? No podemos saberlo, señor, a pesar de que ha sucedido hace poco. Entonces ¿cómo podría alguien escribir la historia de Robson dentro de cincuenta años, cuando sus padres hayan muerto y su novia haya desaparecido y, de todos modos, no quiera recordarle? ¿Ve el problema,

señor?

Todos miramos a Hunt y nos preguntamos si esta vez Adrian habría ido demasiado lejos. La simple palabra «embarazada» parecía suspendida en el aire como polvo de tiza. Y en cuanto a la audaz sugerencia de una paternidad distinta, de que Robson fuera el colegial cornudo... Al cabo de un rato, el profesor respondió.

—Veo el problema, Finn. Pero creo que subestimas la historia. Y, en realidad, a los historiadores. Pongamos por caso que el pobre Robson resultara ser de interés histórico. Los historiadores siempre han afrontado la falta de pruebas directas de los sucesos. Están acostumbrados. Y no olvides que en el caso presente habría habido una investigación y por consiguiente un informe del juez de instrucción. Puede ser que Robson llevara un diario o redactara cartas, que hiciera llamadas telefónicas cuyo contenido alguien recordase. Sus padres habrían contestado a las cartas de pésame que recibieron. Y dentro de cincuenta años, vista la actual expectativa de vida, se podría entrevistar a bastantes de sus condiscípulos. El problema podría no ser tan desalentador como supones.

—Pero nada puede suplir la falta del testimonio de Robson, señor.

—En un sentido, no. Pero igualmente los historiadores tienen que acoger con cierto escepticismo la explicación de los sucesos que dan los participantes. Muchas veces la declaración más sospechosa es la que se formula mirando al futuro.

—Si usted lo dice, señor.

—Y muchas veces los estados de ánimo se pueden deducir de las acciones. El tirano no suele mandar una nota manuscrita pidiendo la eliminación de un enemigo.

—Si usted lo dice, señor.

—Lo digo.

¿Fue éste el diálogo textual? Casi con seguridad, no. No obstante, es el mejor recuerdo que tengo del mismo.

Al acabar el colegio, nos prometimos amistad para toda la vida y cada

uno siguió su camino. No sorprendió a nadie que Adrian obtuviera una beca para Cambridge. Yo estudié historia en Bristol; Colin fue a Sussex y Alex empezó a trabajar en el negocio de su padre. Nos carteábamos, como hacía la gente, incluso los jóvenes, en aquella época. Pero como teníamos poca experiencia de la forma, una cohibición extrema precedía a menudo a cualquier contenido urgente. Para empezar una carta, «Acuso recibo de tu epístola del día 17» no parecía, durante un tiempo, muy ocurrente.

Juramos reunimos los tres cada vez que tuviéramos vacaciones en la universidad y volviéramos a casa; pero no siempre era posible. Y el correo parecía haber replanteado la dinámica de nuestra relación. Los tres del grupo original nos escribíamos con menor frecuencia y menos entusiasmo de lo que escribíamos a Adrian. Buscábamos su atención, su aprobación; le cortejábamos y era el primero al que contábamos nuestras mejores vivencias; los tres pensábamos que éramos, y merecíamos ser, su amigo más íntimo. Y aunque hacíamos nuevas amistades, de algún modo estábamos convencidos de que no era el caso de Adrian, de que los tres seguíamos siendo sus camaradas más próximos y de que dependía de nosotros. ¿Era sólo para encubrir el hecho de que nosotros dependíamos de él?

Y después la vida tomó las riendas y el tiempo se aceleró. En otras palabras, me busqué una novia. Claro está que había conocido antes a otras chicas, pero o bien su seguridad en sí mismas me hacía sentirme torpe o su nerviosismo agravaba el mío. Había, por lo visto, algún código secreto masculino, transmitido por veinteañeros con tacto a chicos temblorosos de dieciocho años que, una vez dominado, te facultaba para «ligar» con chicas y, en determinadas circunstancias, para «acostarte» con ellas. Pero yo nunca lo aprendí ni lo entendí, y probablemente sigo sin entenderlo. Mi «técnica» consistía en no poseer ninguna técnica; otros, sin duda con razón, lo denominaban ineptitud. Hasta la secuencia presuntamente sencilla de «¿te apetece beber algo, bailar, que te acompañe a casa, tomar un café?» entrañaba una bravata de la que yo era incapaz. Yo sólo sabía dejarme caer y tratar de hacer comentarios interesantes mientras esperaba echarlo todo a perder. Recuerdo que la bebida me entristeció un poco en una fiesta de mi primer trimestre, y cuando una chica que pasaba me preguntó compasiva si me

encontraba bien, le respondí: «Creo que soy un maniaco depresivo», porque por entonces parecía revestir más carácter que decir: «Estoy un poco triste». Cuando ella respondió «Otro más no» y se escabulló rápidamente, comprendí que, lejos de distinguirme de la alegre concurrencia, yo había usado la frase menos ligona del mundo.

Mi novia se llamaba Verónica Mary Elizabeth Ford, información (me refiero a sus nombres de pila) que me costó dos meses obtener. Estudiaba español, le gustaba la poesía y su padre era funcionario. Medía alrededor de un metro cincuenta y cinco y tenía las pantorrillas redondas y musculosas, pelo semicastaño hasta los hombros, ojos azul grisáceo detrás de gafas de montura azul, y una sonrisa fácil pero contenida. Me pareció simpática. Bueno, seguramente me lo habría parecido cualquier chica que no huyera de mi lado. No intenté decirle que estaba triste porque no lo estaba. Ella tenía un tocadiscos Black Box en lugar de mi Dansette y mejor gusto musical que yo: es decir, ella despreciaba a Dvorák y a Chaikovski, a los que yo adoraba, y poseía algunos elepés de coros y *lieder*. Inspeccionó mi colección de discos con una ocasional sonrisa parpadeante y frunciendo el ceño cada vez más. No me salvó haber escondido la *Obertura 1812* y la banda sonora de *Un hombre y una mujer*. Ya había suficiente material dudoso antes incluso de que ella llegara a mi amplia sección de pop: Elvis, los Beatles, los Stones (a ellos seguro que nadie les pondría reparos), pero también los Hollies, los Animals, los Moody Blues y un disco doble de Donovan titulado (en letra más pequeña) *Un regalo de una flor a un jardín*.

—¿Te gusta esta música? —me preguntó, con voz neutra.

—Es bailable —respondí, un poco a la defensiva.

—¿La pones para bailar? ¿Aquí? ¿En tu cuarto? ¿Solo?

—No, la verdad es que no.

Aunque, por supuesto, lo hacía.

—Yo no bailo —dijo ella, en parte antropóloga y en parte dictando normas para cualquier posible relación conmigo, en caso de que fuéramos a salir juntos.

Más vale que explique lo que significaba en aquel entonces el concepto de «salir» con alguien, porque ha cambiado con el tiempo. Hace poco estaba

hablando con una amiga cuya hija, angustiada, le había pedido ayuda. Estaba en el segundo trimestre de la facultad y se acostaba con un chico que, abiertamente y sabiéndolo ella, se acostaba al mismo tiempo con otras chicas. La estaba poniendo a prueba antes de decidir con cuál «saldría». La hija estaba disgustada, no tanto por el sistema —aunque percibía a medias su injusticia— como por el hecho de que finalmente no había sido la elegida.

Al oír esto me sentí como un superviviente de una cultura arcaica, obsoleta, cuyos miembros seguían utilizando nabos tallados a modo de moneda. En «mi época» —aunque entonces no reivindicaba la propiedad de la misma, y mucho menos ahora—, lo que ocurría era lo siguiente: conocías a una chica, te atraía, intentabas caerle en gracia, la invitabas a un par de actos sociales —por ejemplo, al pub—, luego le pedías que saliera contigo sola, y entonces, después de un beso de despedida de un ardor variable, estabas en cierto modo oficialmente «saliendo» con ella. Sólo descubrías cuál podía ser su política sexual cuando estabas semipúblicamente comprometido con ella. Y a veces esto significaba que custodiaba su cuerpo tan celosamente como una zona de exclusión pesquera.

Verónica no era muy distinta de otras chicas de su tiempo. Estaban físicamente cómodas contigo, te enlazaban del brazo en público, te besaban hasta que te salían los colores y quizá presionaban adrede los pechos contra ti como si hubiese unas cinco capas de ropa entre su piel y la tuya. Eran perfectamente conscientes de lo que ocurría dentro de tu pantalón sin mencionarlo nunca. Y ahí acababa todo, durante un buen rato. Algunas chicas te consentían más: oías hablar de unas que accedían a una masturbación mutua y de otras que permitían el «sexo integral», como se le llamaba. No podías apreciar la gravedad de ese «integral» si no habías conocido a un montón de «incompletas». Y luego, cuando la relación continuaba, había algunos trueques implícitos, basados en caprichos, en promesas o en compromisos, hasta lo que el poeta denominó «una disputa por un anillo».

Es posible que las generaciones posteriores atribuyeran todo esto a la religión o la gazmoñería. Pero las chicas —o las mujeres— con las que yo había practicado lo que cabría llamar infra-sexo (sí, no sólo fue Verónica) se sentían a gusto con su cuerpo. Y, si se cumplían determinados criterios,

también con el mío. No pretendo insinuar, por cierto, que el infra-sexo no fuera excitante o incluso frustrante, excepto en su aspecto obvio. Además, aquellas chicas consentían mucho más de lo que habían consentido sus madres, y yo conseguía mucho más de lo que había conseguido mi padre. Al menos era lo que yo suponía. Y algo era mejor que nada. Sólo que entretanto Colin y Alex se habían agenciado novias que no practicaban una política de zonas de exclusión; o al menos eso insinuaban ellos. Pero entonces nadie decía toda la verdad en materia de sexo. Y en este sentido nada ha cambiado.

Yo no era exactamente virgen, por si los lectores se lo están preguntando. Entre el colegio y la universidad viví un par de episodios cuyas emociones fueron mayores que la huella que dejaron. De modo que lo que ocurrió más adelante me hizo sentirme tanto más extraño: al parecer, cuanto más te gustaba una chica y cuanto mejor te entendías con ella, tantas menos oportunidades de sexo. A no ser, por supuesto —y hasta más tarde no articulé este pensamiento—, que hubiera algo en mí que se sentía atraído por las mujeres que decían no. Pero ¿existe acaso un instinto tan perverso?

—¿Por qué no? —preguntabas, mientras una mano represora te aferraba la muñeca.

—Porque no está bien.

Era un diálogo oído delante de muchos fuegos de gas entrecortados a los que servían de contrapunto muchas teteras con silbato. Y nada se podía aducir contra «sentimientos», porque las mujeres eran expertas en ellos y los hombres toscos principiantes. Así que «no está bien» tenía una fuerza persuasiva e irrefutable más grande que cualquier apelación a una doctrina religiosa o a un consejo materno. Puede que ustedes se digan: pero ¿no eran así los sesenta? Sí, pero sólo para alguna gente, sólo en determinadas partes del país.

Mi biblioteca tenía más éxito con Verónica que mis colecciones de discos. En aquella época, los libros en rústica tenían tapas de colores tradicionales: Penguins anaranjados para la narrativa, Pelicans azules para los ensayos. Tener más azul que anaranjado en tus estanterías indicaba seriedad.

Y, en conjunto, tenía suficientes títulos correctos: Richard Hoggart, Steven Runciman, Huizinga, Eysenck, Empson..., además de *Sincero para con Dios* del obispo John Robinson al lado de mi colección de historietas de Larry. Verónica me obsequió con el cumplido de suponer que yo los había leído todos y no sospechó que la mayoría de los volúmenes desgastados los había comprado de segunda mano.

Su biblioteca contenía cantidad de poesía, en forma de volumen y de folletos: Eliot, Auden, MacNeice, Stevie Smith, Thom Gunn, Ted Hughes. Había ediciones de Orwell y Koestler del Left Book Club, algunas novelas decimonónicas encuadernadas en piel de becerro, un par de títulos de Arthur Rackham de la infancia y su libro de cabecera, *El castillo soñado*. Ni por un momento dudé de que los hubiese leído todos ni de que fueran los libros que uno debía tener. Además, parecían una continuación orgánica de su mente y su personalidad, mientras que los míos se me antojaban funcionalmente separados, se esforzaban en describir un carácter que yo aspiraba a poseer. Esta disparidad me produjo un ligero pánico, y mientras examinaba su anaquel de poesía recurrí a una frase de Phil Dixon.

—Claro que todo el mundo se pregunta qué hará Ted Hughes cuando se quede sin animales.

—¿Ah, sí?

—Eso me han dicho —dije débilmente.

En los labios de Dixon, la frase había parecido ingeniosa y sofisticada; en los míos meramente graciosa.

—Los poetas no se quedan sin material, como los novelistas —me ilustró—. Porque no dependen de él de la misma manera. Y hablas de Hughes como si fuera una especie de zoólogo, ¿no? Pero ni siquiera los zoólogos se cansan de los animales, ¿no?

Me miraba enarcando una ceja por encima de la montura de sus gafas. Era cinco meses mayor que yo y a veces me parecía que me llevaba cinco años.

—Es algo que dijo mi profesor de literatura.

—Pues ahora que estás en la universidad tenemos que empezar a pensar por nosotros mismos, ¿no crees?

Había algo en aquel «tenemos» que me hizo sospechar que yo lo había entendido todo mal. Ella sólo trataba de mejorarme... ¿y quién era yo para oponerme a ello? Una de las primeras cosas que me preguntó fue por qué yo llevaba la esfera del reloj en la cara interior de la muñeca. Como no pude justificarlo, le di la vuelta y puse la hora en la parte exterior, como hacía la gente normal y adulta.

Me habitué a una grata rutina de trabajo y pasaba el tiempo libre con Verónica y, al volver a mi habitación de estudiante, me hacía pajas explosivas evocando fantasías en las que ella estaba abierta de piernas debajo de mi cuerpo o arqueada encima. Gracias a la intimidad cotidiana, me enorgullecía de haber aprendido cosas sobre el maquillaje, la estrategia del vestuario, la cuchilla de afeitar femenina y el misterio y las consecuencias de la regla. Llegué a envidiar este recordatorio periódico de algo tan plenamente femenino y definitorio, tan vinculado con el gran ciclo de la naturaleza. Es posible que lo expresara tan mal como ahora cuando intenté explicar este sentimiento.

—Lo único que haces es idealizar lo que no tienes. Para lo único que sirve es para decirte que no estás embarazada.

Dada nuestra relación, sus palabras me parecieron un poco osadas.

—Bueno, espero que no estemos viviendo en Nazaret.

Siguió una de esas pausas en las que una pareja acuerda tácitamente no hablar de algo. ¿Y de qué íbamos a hablar? Sólo, quizá, de los términos no escritos de nuestro trueque. Desde mi punto de vista, el hecho de que no tuviéramos relaciones sexuales me autorizaba a pensar que nuestra amistad no era más que una estrecha complicidad con una mujer que, si cumplía su parte del pacto, no iba a preguntarle al hombre hacia dónde se encaminaba la relación mutua. A mi juicio, al menos, en eso consistía el pacto. Pero me equivocaba en casi todo, tanto entonces como ahora. Por ejemplo, ¿por qué di por sentado que era virgen? Nunca se lo pregunté y ella nunca me lo dijo. Supuse que por eso no se acostaba conmigo: ¿y qué lógica tenía esto?

Un fin de semana de las vacaciones me invitó a conocer a su familia.

Vivían en Kent, en una estación de la línea de Orpington, en uno de esos barrios residenciales que la naturaleza había cesado de recubrir de cemento en el ultimísimo minuto y que desde entonces se ufanaba de un estatuto rural. En el tren desde Charing Cross, me preocupaba que mi maleta —la única que tenía— fuese tan grande que me diese aspecto de un ladrón potencial. En la estación, Verónica me presentó a su padre, que abrió el maletero de su coche, me cogió la maleta de la mano y se rio.

—Se diría que vienes a quedarte, chico.

Era un hombre grandote, rollizo y de cara colorada: me pareció zafio. ¿Le olía a cerveza el aliento? ¿A aquella hora del día? ¿Cómo podía aquel hombre haber engendrado una hija tan menuda y delicada?

Condujo su Humber Super Snipe con suspiros de impaciencia por las insensateces del prójimo. Yo iba en el asiento de atrás, solo. De vez en cuando él señalaba cosas, se suponía que a mí, aunque yo no sabría decir si esperaba mis respuestas. «St. Michaels, ladrillo y pedernal, muy mejorado por los restauradores Victorianos». «Nuestro personalísimo Café Royal, *voilà!*». «Fíjate en la elegante tienda de licores, con madera de época, a tu derecha». Miré el perfil de Verónica en busca de una pista, pero no recibí ninguna.

Vivían en una casa individual de ladrillo rojo y tejado de tejas, con un sendero de gravilla delante. El señor Ford abrió la puerta principal y gritó, a nadie en particular:

—El chico ha venido a pasar un mes.

Advertí el brillo intenso del mobiliario oscuro y el brillo intenso de las hojas en un tiesto desmesurado. El padre de Verónica me cogió la maleta como respondiendo a las leyes distantes de la hospitalidad y, exagerando cómicamente su peso, la llevó al cuarto del desván y la tiró encima de la cama. Señaló un pequeño lavabo aplomado.

—Haz pis aquí dentro por la noche, si quieres.

Asentí con un gesto. No sabría decir si me trataba con una camaradería masculina o como a una basura de una clase inferior.

El hermano de Verónica, Jack, era más fácil de conocer: uno de esos jóvenes saludables y deportivos que se ríen por todo y chinchán a su hermana pequeña. Conmigo se comportaba como si yo fuese un objeto de ligera curiosidad, y en absoluto el primero al que sometían a su valoración. La madre de Verónica hacía caso omiso de todo lo que sucedía a su alrededor, me preguntó por mis estudios y desapareció muchas veces en la cocina. Calculo que tendría poco más de cuarenta años, aunque por supuesto me pareció profundamente adentrada en la madurez, al igual que su marido. No se parecía mucho a Verónica: una cara más ancha, el pelo atado con una cinta sobre la frente despejada, un poco más alta que la media. Tenía cierto aire artístico, aunque a tanta distancia hoy no podría asegurar con precisión en qué consistía: en las bufandas de colores vistosos, el porte distraído, el tarareo de arias de ópera o las tres cosas.

Me sentía tan incómodo que pasé todo el fin de semana estreñado: es lo que más recuerdo de mi estancia. El resto se compone de impresiones y recuerdos a medias que, por consiguiente, pueden estar condicionados: por ejemplo, que Verónica, aunque me había invitado, al principio pareció que se refugiaba en su familia y se sumaba al examen que hacían de mí; no puedo, sin embargo, determinar aquí si esto era la causa o la consecuencia de mi inseguridad. Durante la cena de aquel viernes hubo un pequeño interrogatorio sobre mis credenciales sociales e intelectuales; me sentí como si compareciese ante un tribunal. Después vimos el noticiario de la televisión y hablamos no sin embarazo de los asuntos del mundo hasta la hora de acostarnos. De haber sido personajes de una novela, podría haber habido algunos arrumacos furtivos entre los distintos pisos después de que el pater familias cerrara la casa durante la noche. Pero no lo éramos; Verónica ni siquiera me dio un beso de despedida la primera noche, ni pretextó una excusa como ver si yo tenía toallas o todo lo necesario. Quizá temiese las burlas de su hermano. Así que me desvestí, me lavé, hice pis agresivamente en el lavabo, me puse el pijama y permanecí despierto un largo rato.

Cuando bajé a desayunar, sólo la madre estaba en la casa. Los demás

habían salido a dar un paseo, porque Verónica había asegurado a todo el mundo que yo querría dormir hasta tarde. Estoy seguro de que no disimulé muy bien mi reacción, porque noté que la madre me observaba mientras me preparaba el beicon y los huevos, friendo cosas de un modo chapucero y rompiendo una de las yemas. Yo no tenía experiencia en hablar con las madres de mis novias.

—¿Hace mucho que viven aquí? —pregunté finalmente, aunque ya conocía la respuesta.

Ella hizo una pausa, se sirvió una taza de té, rompió otro huevo en la sartén, se recostó en un aparador lleno de vajilla y dijo:

—No dejes que Verónica se salga demasiado con la suya.

No supe qué responder. ¿Debía ofenderme aquella intromisión en nuestros asuntos o ceder a un impulso confidencial y «hablar de Verónica»? Así que dije, con cierta gazmoñería:

—¿Qué quiere decir, señora Ford?

Ella me miró, sonrió, sin condescendencia, sacudió la cabeza ligeramente y dijo:

—Hace diez años que vivimos aquí.

Así que al final me quedé tan in albis con ella como con el resto de la familia, aunque por lo menos a ella yo parecía gustarle. Deslizó otro huevo en mi plato, a pesar de que yo no lo quería ni lo había pedido. Los restos del que se había roto seguían en la sartén; los tiró despreocupadamente en el cubo de la basura y después introdujo la mitad de la sartén caliente en el fregadero mojado. El agua chisporroteó y se desprendió vapor al contacto, y ella se rio como si le divirtiese haber causado aquel pequeño estrago.

Cuando volvieron Verónica y los hombres, yo me esperaba un nuevo interrogatorio, quizá hasta alguna maña o juego, pero las preguntas fueron educadas y se interesaron por si había dormido bien y a gusto. Esto debería haberme inducido a creer que me aceptaban, pero fue más bien como si se hubieran cansado de mí y el fin de semana se hubiese convertido en algo que sobrellevar. Tal vez fuera simple paranoia, pero tuvo el lado positivo de que Verónica se volvió más afectuosa; a la hora del té, contenta, me enlazó en el brazo y jugueteó con mi pelo. Hubo un momento en que se dirigió a su

hermano y dijo:

—Apto, ¿no crees?

Jack me guiñó un ojo; yo no le devolví el guiño. Por el contrario, me sentía como si estuviera robando unas toallas o manchando la alfombra de barro.

Aun así, la situación era casi normal. Aquella noche Verónica me acompañó arriba y me dio un beso de buenas noches como es debido. En el almuerzo del domingo hubo cordero asado con ramitas enormes de romero que asomaban como briznas de un árbol de Navidad. Como mis padres me habían enseñado modales, dije que estaba delicioso. Entonces sorprendí un guiño de Jack a su padre, como diciendo: qué pelotillero. Pero el padre se rio: «Oye, oye, apoyo la moción», mientras la madre me daba las gracias.

Cuando bajé para despedirme, el padre agarró mi maleta y le dijo a su mujer: «Supongo que habrás contado las cucharas, ¿en, cariño?». Ella no se molestó en responder; se limitó a sonreírme, casi como si compartiéramos un secreto. Jack, el hermano, no se presentó para decirme adiós; Verónica y su padre se sentaron delante en el coche; yo ocupé de nuevo el asiento trasero. La madre estaba apoyada contra el porche y la luz del sol caía sobre una glicinia que escalaba la pared por encima de su cabeza. Cuando el padre metió la marcha y las ruedas giraron sobre la grava, hice un gesto de despedida con la mano y ella respondió, aunque no como hace la gente, con la palma en alto, sino con una especie de gesto horizontal a la altura de la cintura. Me habría gustado hablar más con ella.

Para impedir que el padre volviera a cantarme las maravillas de Chislehurst, le dije a Verónica:

—Me gusta tu madre.

—Parece que te ha salido una rival, Vero —dijo el padre, aspirando aire de un modo teatral—. Ahora que lo pienso, a mí también. ¿Pistolas al alba, jovencito?

Mi tren se retrasó, retenido por las usuales obras de un domingo. Llegué a casa a primera hora de la noche. Recuerdo que cagué puñeteramente bien un rato largo.

Más o menos una semana después, Verónica vino a la ciudad y pude presentarle a mi cuadrilla del colegio. Resultó un día sin rumbo del que nadie quería hacerse cargo. Dimos vueltas por la Tate, luego subimos hasta Buckingham Palace, entramos en Hyde Park y fuimos hacia el Speakers Corner. Pero no había ningún orador y recorrimos Oxford Street mirando escaparates, y acabamos entre los leones de Trafalgar Square. Cualquiera habría pensado que éramos turistas.

Al principio yo observaba la reacción de mis amigos con respecto a Verónica, pero enseguida me interesó más saber lo que ella pensaba de ellos. Se reía más de los chistes de Colin que de los míos, lo que me fastidiaba, y preguntó a Alex cómo se ganaba la vida su padre (él le dijo que vendía seguros náuticos, para mi sorpresa). Parecía contenta de dejar a Adrian para el final. Yo le había dicho que estaba en Cambridge, y ella probó una serie de nombres. Al oír un par de ellos él asintió y dijo:

—Sí, ya sé qué clase de gente son.

A mí me pareció bastante grosero, pero Verónica no se molestó. Al contrario, mencionó facultades y a profesores y salones de té de un modo que me pareció que me excluía.

—¿Cómo sabes tantas cosas de Cambridge? —le pregunté.

—Jack estudia allí.

—¿Jack?

—Mi hermano, ¿no te acuerdas?

—Déjame pensar..., ¿el que era más joven que tu padre?

Pensé que no era una mala réplica, pero ella ni siquiera sonrió.

—¿Qué estudia Jack? —pregunté, intentando recuperar terreno.

—Ética —contestó ella—. Como Adrian.

Ya sé la puñetera carrera que estudia Adrian, muchas gracias, tuve ganas de responderle. Pero me enfurruñé durante un rato y hablé de películas con Colin.

Hacia el final de la tarde sacamos unas fotos; ella pidió «una con tus amigos». Los tres se pusieron educadamente en fila y ella les colocó en otro orden: Adrian y Colin, los dos más altos, a ambos lados de ella, y Alex al

costado de Colin. En la imagen resultante ella salía aún más delgada que en la realidad. Muchos años después, cuando volví a mirar esta foto, buscando respuestas, me extrañó que ella nunca llevara tacones. Había leído en alguna parte que si quieres que la gente preste atención a lo que dices no debes alzar la voz, sino bajarla: es lo que realmente atrae la atención. Quizá ella utilizaba el mismo truco con la estatura. Aunque todavía no he resuelto la cuestión de si ella utilizaba trucos. Cuando salíamos juntos, siempre tuve la impresión de que sus actos eran instintivos. Pero entonces me resistía a la idea de que las mujeres fueran o pudieran ser manipuladoras. Es posible que esto revele más de mí que de ella. Y aun cuando llegara a la conclusión, en esta etapa tardía, de que Verónica era y siempre había sido calculadora, no estoy seguro de que eso cambiara las cosas. Con lo cual quiero decir: auxilio.

La acompañamos a Charing Cross y la embarcamos hacia Chislehurst fingiendo una despedida heroica, como si viajara a Samarcanda. Después nos sentamos a beber cerveza y a sentirnos muy adultos en el bar del hotel de la estación.

—Una chica maja —dijo Colin.

—Muy maja —añadió Alex.

—¡Es filosóficamente evidente! —casi grité. Bueno, estaba un poco sobreexcitado. Me volví hacia Adrian—. ¿Algo mejor que «muy maja»?

—En realidad no necesitas que te felicite, ¿verdad, Anthony?

—Sí, ¿por qué cojones no voy a necesitarlo?

—Entonces te felicito, por supuesto.

Pero su actitud parecía criticar mi necesidad y a los demás por halagarme. Sentí un ligero pánico; no quería que el día se deshilara. Aunque al mirar atrás, no fue el día, sino nosotros cuatro los que empezábamos a deshacernos.

—Entonces ¿te has encontrado con el hermano Jack en Cambridge?

—No, no le conozco y espero no conocerle. Está en último año. Pero he oído hablar de él, he leído sobre él en un artículo de revista. Y sobre la gente con la que trata, sí.

Estaba claro que no quería decir más, pero no se lo permití.

—¿Y qué piensas de él?

Adrian hizo una pausa. Dio un sorbo de cerveza y después dijo, con una

vehemencia repentina:

—Detesto lo poco serios que son los ingleses respecto a la seriedad. Lo detesto de verdad.

En otro estado de ánimo, podría habérmelo tomado como un ataque contra nosotros tres. Pero sentí una punzada reivindicatoria.

Verónica y yo seguimos saliendo durante todo el segundo curso. Una noche, quizá un poco borracha, me permitió que le metiera la mano dentro de las bragas. Me sentí exageradamente orgulloso mientras hurgaba por allí dentro. No me consentía que le introdujera un dedo pero, sin decir palabra, durante los días siguientes desarrollamos una vía de placer. Nos besábamos tumbados en el suelo. Yo me quitaba el reloj, me remangaba la manga izquierda, le metía la mano en las bragas y poco a poco se las iba bajando hacia los muslos; después colocaba la mano plana en el suelo y ella se frotaba contra mi muñeca aplastada hasta que se corría. Durante unas semanas, esta práctica me proporcionó una sensación de dominio, pero al volver a mi cuarto mis pajas estaban a veces teñidas de rencor. ¿Y en qué clase de trueque participaba yo ahora? ¿En uno mejor o peor? Descubrí otra cosa que no comprendía: en teoría debía sentirme más cercano a ella, pero no era así.

—Entonces ¿alguna vez has pensado adónde nos lleva nuestra relación?

Ella lo dijo así, sin que viniera a cuento. Había venido a tomar el té y traía rebanadas de un bizcocho de fruta.

—¿Y tú?

—Yo he preguntado primero.

Pensé —y puede que no fuera una reacción galante—: ¿por eso has empezado a dejarme que te meta la mano en las bragas?

—¿Tiene que llevar a algún sitio?

—¿No es lo que pasa con las relaciones?

—No lo sé. No he tenido suficientes.

—Oye, Tony —dijo ella—. Yo no me estanco.

Lo pensé durante un rato, o intenté pensarlo. Pero seguía viendo una imagen de agua estancada, cubierta de una espesa capa sucia y sobrevolada

por mosquitos. Comprendí que yo no era muy hábil hablando de estas cosas.

—¿O sea que tú piensas que nos estamos estancando?

Ella ejecutó aquel tic, que ya no me parecía tan bonito, de arquear una ceja sobre la montura de las gafas. Proseguí:

—¿No hay nada entre el estancamiento y el ir hacia alguna parte?

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, pasarlo bien. Disfrutar del presente y todo eso.

Bastó con decirlo para que yo mismo me preguntara si seguía disfrutando del presente. También pensé: ¿qué quiere ella que diga?

—¿Y crees que nos entendemos?

—Me estás haciendo preguntas como si conocieras las respuestas. O como si supieras la respuesta que quieres. Bueno, ¿por qué no me dices cuál es y yo te digo si es o no es la mía?

—Eres bastante cobarde, ¿no, Tony?

—Creo que más bien soy... plácido.

—Bueno, no quisiera perturbar la imagen que tienes de ti mismo.

Terminamos el té. Envolví las dos rebanadas de bizcocho que sobraban y las guardé en una lata. Verónica me besó más cerca de la comisura de los labios que del centro, y se marchó. Para mí, aquello fue el principio del fin de nuestra relación. ¿O sólo lo he rememorado de este modo para que lo parezca y repartir las culpas? Si me preguntaran en un juicio lo que sucedió y lo que se dijo, yo sólo podría ratificar las palabras «adonde», «estancando» y «plácido». Hasta entonces nunca me había considerado plácido, o su opuesto. También juraría que era cierto lo de la lata de galletas; era de un color burdeos, con el perfil sonriente de la reina en la tapa.

No quiero dar la impresión de que lo único que hice en Bristol fue estudiar y ver a Verónica. Pero, aparte de éstos, pocos recuerdos me vienen a la memoria. Uno que afluye —individual y nítido— fue el de la noche en que presencié el Severn Bore^[1]. El periódico local publicaba un calendario que indicaba cuándo y dónde contemplarlo mejor. Pero la primera vez que lo intenté no pareció que el agua obedeciese sus instrucciones. Después, una

noche en Minsterworth, unos cuantos de nosotros aguardamos en la orilla del río hasta pasada la medianoche y al final fuimos recompensados. Durante una o dos horas observamos el río que fluía suavemente hacia el mar, como hacen todos los buenos ríos. Las ocasionales exploraciones de unas linternas potentes reforzaban la luz intermitente de la luna. Entonces se oyó un susurro, los cuellos se estiraron y todas las sensaciones de humedad y frío se desvanecieron cuando el río simplemente cambió de opinión y una ola de entre sesenta y noventa centímetros de altura vino hacia nosotros y el agua rompió en toda la anchura del río, de una orilla a la otra. Este oleaje impetuoso llegó a nuestra altura, pasó de largo y se perdió culebreando en la distancia; algunos de mis compañeros lo persiguieron, gritando, maldiciendo y cayendo al suelo a medida que les rebasaba; yo me quedé solo en la orilla. Creo que no puedo expresar como es debido el efecto que me causó aquel momento. No era como un tornado o un terremoto (aunque no había presenciado ninguno): la naturaleza que se vuelve violenta y destructiva y nos pone en nuestro sitio. Era más perturbador porque daba la impresión y la sensación de un error silencioso, como si hubieran bajado una palanquita del universo y allí, durante aquellos minutos, hubieran invertido el curso de la naturaleza y a la vez del tiempo. Y presenciar aquel fenómeno de noche lo volvía aún más misterioso, más sobrenatural.

Después de la ruptura, se acostó conmigo.

Sí, ya sé. Supongo que los lectores están pensando: el pobre infeliz, ¿cómo no lo vio venir? Pues no lo vi. Creí que habíamos roto, y pensé que había otra chica (una chica de talla normal que llevaba tacones altos a las fiestas) que me interesaba. No lo vi venir en ningún momento: cuando Verónica y yo topamos en el pub (a ella no le gustaban los pubs), cuando me pidió que la acompañara a su casa, cuando se detuvo a medio camino y nos besamos, cuando llegamos a su habitación y yo encendí la luz y ella la apagó, cuando se quitó las bragas y me dio un paquete de Durex Fetherlite, y tampoco cuando cogió uno de mis manos desmañadas y me lo puso, ni tampoco durante el resto del rápido episodio.

Sí, puede que ustedes se repitan: pobre infeliz. ¿Y seguiste creyendo que era virgen cuando te desenrollaba un condón en la polla? De un modo extraño, la verdad es que sí. Pensé que podría ser una de esas intuitivas habilidades femeninas de las que yo inevitablemente carecía. Bueno, puede que lo fuera.

—Tienes que sujetártelo cuando tires hacia fuera —susurró (¿pensaba ella, quizá, que yo era virgen?).

Después me levanté y fui al cuarto de baño, y el condón lleno chocaba a intervalos contra la cara interior de mis muslos. Al desprenderme de él llegué a una decisión y una conclusión: no, era no.

—Cabrón egoísta —me dijo ella, la siguiente vez que nos vimos.

—Sí, bueno, así son las cosas.

—Eso lo convierte prácticamente en una violación.

—Creo que en absoluto puede decirse eso.

—Bueno, podrías haber tenido la decencia de decírmelo antes.

—No lo sabía antes.

—Oh, ¿tan malo fue, entonces?

—No, fue bueno. Sólo que...

—¿Qué?

—Siempre me decías que pensara en nuestra relación y ahora quizá lo haya hecho. Lo hice.

—Bravo. Debe de haber sido difícil.

Yo pensé: y en todo este tiempo ni siquiera le he visto los pechos. Los he tocado, pero no los he visto. Además, está completamente equivocada sobre Dvorák y Chaikovski. Es más, podré poner mi LP de *Un hombre y una mujer* todas las veces que quiera. A la luz del día.

—¿Perdón?

—Dios, Tony, ni siquiera puedes concentrarte ahora. Mi hermano tenía razón sobre ti.

Yo sabía que debía preguntarle qué había dicho el hermano Jack, pero no quise darle ese gusto. Como yo seguía callado, ella continuó:

—Y no digas eso.

La vida parecía más un juego de adivinanzas que de costumbre.

—¿Qué?

—Lo de que podemos seguir siendo amigos.

—¿Es eso lo que tengo que decir?

—Lo que tienes que decir es lo que piensas, lo que sientes, por el amor de Dios, lo que quieres.

—Muy bien. En tal caso no diré lo que se supone que debo decir. Porque no creo que podamos seguir siendo amigos.

—Bravo —dijo ella, sarcásticamente—. Bravo.

—Pero déjame que te haga una pregunta. ¿Te has acostado conmigo para recuperarme?

—Ya no tengo que responder a tus preguntas.

—En cuyo caso, ¿por qué no te acostabas conmigo cuando salíamos juntos?

No hubo respuesta.

—¿Por qué no lo necesitabas?

—Quizá no quería.

—Quizá no querías porque no lo necesitabas.

—Bueno, puedes creer lo que te convenga.

Al día siguiente, llevé a la tienda de Oxfam una jarra de leche que ella me había regalado. Esperaba que ella la viese en el escaparate. Pero cuando me paré a comprobarlo, había otra cosa expuesta: una pequeña litografía coloreada de Chislehurst que yo le había regalado a ella en Navidad.

Menos mal que estudiábamos asignaturas distintas, y Bristol es una ciudad lo bastante grande para que sólo nos topáramos de vez en cuando. Cuando lo hacíamos, me asaltaba una sensación de lo que sólo podría denominar preculpa: la expectativa de que ella iba a decir o hacer algo que me hiciera sentirme debidamente culpable. Pero esta aprensión se fue borrando porque ella nunca se dignaba dirigirme la palabra. Y yo me decía que no había nada de lo que sentirme culpable: los dos éramos casi adultos, responsables de nuestros actos, y habíamos iniciado libremente una relación que no había funcionado.

Ninguno se había quedado embarazado, ninguno de los dos se había muerto.

La segunda semana de las vacaciones de verano me llegó una carta con matasellos de Chislehurst. Examiné la letra desconocida en el sobre, ondulada y ligeramente descuidada. Una letra de mujer: su madre, sin duda. Otra punzada de preculpa: quizá Verónica hubiese sufrido un colapso nervioso y estaba debilitada y se parecía aún más a una niña abandonada. O quizá tuviera peritonitis y me llamaba desde su cama de hospital. O quizá..., pero hasta yo me daba cuenta de que eran fantasías propias de un engreído. La carta, en efecto, era de la madre de Verónica; era breve y, para mi sorpresa, en absoluto acusatoria. Lamentaba enterarse de que habíamos roto y estaba segura de que yo encontraría a alguien más conveniente. Pero no parecía decirlo en el sentido de que yo era un granuja que merecía una persona de una catadura moral tan baja como la mía. Más bien daba a entender lo contrario: que yo había salido de un atolladero y me deseaba lo mejor. Ojalá hubiera guardado aquella carta porque habría constituido una prueba, una confirmación. La única que tengo procede de mi recuerdo de una mujer despreocupada, vital, que rompía un huevo, me freía otro y me decía que no me dejara liar por su hija.

Volví a Bristol para mi último curso. La chica de estatura normal que llevaba tacones estaba menos interesada de lo que yo imaginaba, y me concentré en los estudios. Dudaba de que tuviera el tipo de cerebro adecuado para un sobresaliente, pero estaba resuelto a obtener un notable. Los viernes por la noche me concedía el respiro de una velada en el pub. En una ocasión, una chica con la que había estado charlando vino a mi casa conmigo y se quedó a dormir. Todo fue plazeramente emocionante y efectivo, pero después no volvimos a vernos. Pensé menos en esto entonces de lo que pienso ahora. Me figuro que esta conducta recreativa parecerá bastante normal y corriente a las generaciones posteriores, tanto hoy día como en aquella época: al fin y al cabo, ¿«aquella época» no eran los sesenta? Sí, lo eran, pero como he dicho dependía de dónde estuvieras y de quién fueras. Si me permiten una breve lección de historia: mucha gente no vivió «los sesenta» hasta los setenta. Lo que quería decir, lógicamente, que la mayoría

de la gente en los sesenta estaba experimentando los cincuenta o, en mi caso, fragmentos contiguos de ambas décadas. Lo cual embrollaba bastante las cosas.

Lógico: sí, ¿dónde está la lógica? ¿Dónde está, por ejemplo, en el momento siguiente de mi relato? Hacia la mitad de mi último año recibí una carta de Adrian. Recibir las era cada vez más infrecuente, ya que los dos estudiábamos de firme para los exámenes finales. De él se esperaba, por supuesto, que obtuviera un sobresaliente. ¿Y después qué? Trabajo de posgraduado, seguramente, seguido del mundo académico o de algún empleo en el sector público donde fueran de provecho su cerebro y su sentido de la responsabilidad. Alguien me dijo en una ocasión que el funcionariado (o, cuando menos, sus escalones más altos) era un puesto laboral fascinante porque siempre tenías que tomar decisiones morales. Tal vez le hubiera convenido a Adrian. Yo, desde luego, no lo veía como una persona mundana o aventurera, excepto intelectualmente, claro. No era de esas personas cuyo nombre o cuya cara aparece en los periódicos.

Es probable que supongan que estoy postergando la narración del siguiente fragmento. De acuerdo: Adrian decía que el motivo de su carta era pedirme permiso para salir con Verónica.

Sí, por qué ella y por qué entonces; además, ¿por qué pedir permiso? En realidad, para ser fiel a mi recuerdo, en la medida en que esto es posible (y tampoco conservé esta carta), lo que me decía era que él y Verónica ya salían juntos, una situación de la que yo me enteraría tarde o temprano, y por lo tanto parecía mejor que lo supiese por él. Además, que aunque esta noticia pudiera parecerme una sorpresa, confiaba en que yo lo entendiese y lo aceptara, pues de lo contrario, en nombre de nuestra amistad tendría que reconsiderar sus acciones y decisiones. Y por último, que Verónica había estado de acuerdo en que él me escribiera; de hecho, en parte se lo había sugerido ella.

Como podrán imaginar, disfruté con el fragmento relativo a los escrúpulos morales de Adrian, dando a entender que si yo pensaba que se habían infringido algunos venerables códigos caballerescos o, mejor aún, algunos principios éticos modernos, él, natural y lógicamente, dejaría de

follar con ella. En el supuesto de que ella no le estuviese embaucando como había hecho conmigo. También me gustó la hipocresía de una carta cuyo objetivo no era sólo comunicarme algo que yo quizá no hubiera descubierto (al menos durante una temporada), sino revelarme que Verónica me había cambiado por él: por mi amigo más inteligente y, lo que es más, por un chico de Cambridge como el hermano Jack. Además, para advertirme de que ella estaría rondando si yo proyectaba ver a Adrian, lo que producía el efecto deseado de que yo desistiera de verle. No estaba mal para un día o una noche de trabajo. Una vez más, debo recalcar que ésta es mi lectura actual de lo que sucedió entonces. O, mejor dicho, mi recuerdo ahora de la lectura que hice entonces de lo que estaba sucediendo.

Pero creo que poseo un instinto de conservación, de supervivencia. Quizá fuese lo que Verónica llamaba cobardía y yo denominaba placidez. De todos modos, algo me advirtió de que no me implicara; no ahora, al menos. Cogí la postal más a mano —una del puente suspendido de Clifton— y escribí algo parecido a esto: «Acusando recibo de tu epístola del 21 de los corrientes, el abajo firmante ruega poder expresar su felicitación y desea dejar constancia de que no hay problema por mi parte, compadre», idiota, pero inequívoco; y por el momento serviría. Fingiría —sobre todo ante mí mismo— que me importaba un bledo. Estudiaría de firme, contendría mis emociones, no me llevaría a casa a nadie que acabara de conocer en el pub, me masturbaría cómo y cuando fuera necesario y me aseguraría de obtener el diploma que merecía. Hice todo esto (y sí, saqué un notable).

Me quedé en Bristol unas semanas después de terminar los exámenes, trabé amistad con un grupo distinto, bebí sistemáticamente, fumé un poco de droga y pensé muy poco en el asunto. Aparte de imaginar lo que Verónica le habría dicho de mí a Adrian. («Me desfloró e inmediatamente me dejó plantada. Así que en realidad, fue como una violación, ¿entiendes?»). Me la imaginé dándole jabón —había presenciado el comienzo de esta táctica— y halagándolo, explotando las expectativas de Adrian. Como he dicho, él no era una persona mundana, a pesar de todos sus éxitos académicos. De ahí el tono

mojigato de su carta, que durante un tiempo releí con una frecuencia autocompasiva. Cuando, por fin, respondí debidamente, no empleé nada del lenguaje de la «epístola» idiota. Que yo recuerde, le dije no poco de lo que pensaba de sus escrúpulos morales compartidos. También le aconsejé que fuera prudente porque, en mi opinión, habían abusado de Verónica mucho tiempo antes. Después le deseé buena suerte, quemé su carta en una chimenea vacía (melodramático, lo reconozco, pero alego juventud como circunstancia atenuante) y decidí que los dos habían salido de mi vida para siempre.

¿A qué me refería con eso de los «abusos»? Era sólo una conjetura; no tenía ninguna prueba fehaciente. Pero cada vez que rememoraba aquel fin de semana infeliz, comprendía que no sólo había sido la situación de un muchacho bastante ingenuo que se encontraba incómodo con una familia más pija y con una experiencia social más grande que la suya. Esto también era cierto, por supuesto. Pero pude intuir una complicidad entre Verónica y su padre, torpe y patoso, que me trató como a un inferior. Y también entre Verónica y el hermano Jack, cuya vida y conducta ella claramente consideraba insuperables: le erigió en juez al consultarle en público sobre mí —y la consulta se vuelve más condescendiente cada vez que se repite—: «Apto, ¿no crees?». Por otra parte, no vi ninguna complicidad con su madre, que sin duda la conocía muy bien. ¿Cómo tuvo la madre la ocasión de ponerme en guardia contra su hija desde el principio? Porque aquella mañana —la primera después de mi llegada— Verónica había dicho a todo el mundo que yo quería dormir hasta tarde y se había marchado con su padre y su hermano. Ninguna conversación entre nosotros dos justificaba esta invención. A mí nunca se me pegaban las sábanas. Ni siquiera ahora.

Cuando escribí a Adrian, ni yo mismo sabía claramente a qué me refería con lo de los «abusos». Y sólo lo tengo un poco más claro casi una vida entera después. Mi suegra (que felizmente no figura en este relato) no me tenía en gran concepto, pero al menos fue sincera conmigo, como era en la mayoría de las cosas. Una vez comentó —cuando salió en la prensa y en los telediaris otro caso más de abuso sexual infantil—: «Creo que abusaron de todos nosotros». ¿Estoy insinuando que Verónica fue víctima de lo que hoy día llamamos «conducta inadecuada»: de miradas lascivas con aliento a

cerveza a la hora del baño o de acostarse, de algo más que unas caricias fraternales con su hermano? ¿Cómo podría saberlo? ¿Hubo algún momento primario de pérdida, alguna privación de amor cuando más lo necesitaba, algunas palabras entreoídas de las que la niña dedujo que...? Tampoco puedo saberlo. No tengo indicios documentales ni deducidos de anécdotas. Pero recuerdo lo que dijo Old Joe Hunt cuando discutió con Adrian: que los estados de ánimo podían deducirse de los actos. Esto sucede en la historia: Enrique VIII y demás. En la vida privada, en cambio, creo que lo cierto es lo contrario: que se pueden deducir actos pretéritos de estados de ánimo actuales.

Creo, desde luego, que de un modo u otro todos sufrimos abusos. ¿Cómo no sufrirlos, salvo en un mundo de padres, hermanos, vecinos y compañeros perfectos? Y luego está la cuestión, de la que tanto depende, de cómo reaccionamos ante ellos: si los confesamos o los reprimimos, y la forma en que esto afecta a nuestra relación con el prójimo. Algunos reconocen los abusos y tratan de mitigarlos; otros se pasan la vida intentando ayudar a otros que los han sufrido; y hay otros cuya preocupación principal es evitar a toda costa que vuelvan a abusar de ellos. Y estos últimos son los despiadados, y de los que hay que cuidarse.

Los lectores podrían pensar que esto son patrañas, patrañas de sermón y justificaciones de uno mismo. Podría pensarse que me porté con Verónica como un típico macho inmaduro, y que todas mis «conclusiones» son reversibles. Por ejemplo: «Después de que rompiéramos, se acostó conmigo» se transforma fácilmente en «Después de que se acostara conmigo, rompí con ella». También se podría concluir que los Ford eran una familia normal de clase media inglesa a la que yo aviesamente le estaba endilgando falsas teorías de abusos; y que la señora Ford, en vez de tacto al inquietarse por mí, estuviera mostrando unos celos indecentes de su propia hija. Hasta podrían pedirme que me aplicara la «teoría» a mí mismo y explicase los abusos que había sufrido mucho tiempo atrás y cuáles podrían haber sido sus consecuencias: por ejemplo, en qué medida habrían afectado a mi capacidad de ser fiable y veraz. Para ser sincero, no sabría muy bien qué responder a esta objeción.

No esperaba que Adrian me contestase y no lo hizo. Y entonces la perspectiva de ver a Colin y a Alex a solas se volvió menos atractiva. Habiendo sido tres, y después cuatro, ¿cómo era posible volver a ser tres? Si los demás querían formar su propio grupo, muy bien, adelante. Yo tenía que continuar mi vida. Y fue lo que hice.

Algunos de mis contemporáneos se alistaron en el servicio voluntario en ultramar y se fueron a África, donde instruyeron a niños y construyeron paredes de barro; yo no era tan altruista. Además, por entonces uno daba por sentado en cierto modo que una licenciatura decente te garantizaba tarde o temprano un empleo digno. «Ti-yi-yi-yime is on my side, yes it is», canturreaba yo, a dúo con Mick Jagger mientras giraba solo en mi cuarto de estudiante. Así que mientras otros empezaban a ejercer de médicos y abogados y se examinaban para funcionarios, yo me largué a Estados Unidos y anduve vagando durante seis meses. Serví mesas, pinté vallas, trabajé de jardinero y trasladé coches de un estado para entregarlos en otro. En aquellos años anteriores a los móviles, el correo electrónico y el Skype, los viajeros dependían del rudimentario sistema de comunicación conocido como la postal. Otros métodos —las conferencias de larga distancia, el telegrama— ostentaban la etiqueta de «Sólo en caso de emergencia». De modo que mis padres me despidieron en mi camino hacia lo desconocido y sus boletines de noticias sobre mí se limitaban a «Sí, ha llegado sin percances» y «Lo último que hemos sabido es que estaba en Oregón», y «Le esperamos dentro de unas semanas». No estoy diciendo que esto fuera necesariamente mejor, y mucho menos que formara el carácter; sólo digo que en mi caso es probable que ayudara no tener a mis padres a dos pasos, expresando temores y pronósticos sobre el tiempo a largo plazo, y advirtiéndome de inundaciones, epidemias y psicópatas que elegían a mochileros como víctimas.

Conocí a una chica durante mi estancia: Annie. Era norteamericana y viajaba como yo por el país. Nos liamos, como dijo ella, y pasamos tres meses juntos. Llevaba faldas escocesas, tenía los ojos verdigrises y un natural amistoso; nos hicimos amantes fácil y rápidamente; yo no daba crédito a mi

suerte. Tampoco conseguía creer lo sencillo que era: ser amigos y compañeros de cama, reír y beber y fumar un poco de hierba juntos, ver un pedazo del mundo juntos y después separarnos sin recriminación ni culpa. Tal como viene se va, dijo, y lo dijo en serio. Más tarde, mirando atrás, me pregunté si en parte no me escandalizaba esta soltura, y no hacían falta complicaciones para demostrar... ¿qué? ¿Profundidad, seriedad? Aunque bien sabe Dios que se pueden tener complicaciones y dificultades sin ninguna profundidad ni seriedad compensatorias. Mucho más adelante también me interrogué sobre si «Tal como viene se va» no sería una forma de hacer una pregunta buscando una respuesta concreta que no pude dar. Aun así, eso fue todo, dicho sea de pasada. Annie formó parte de mi historia, pero no de la que cuento.

Mis padres quisieron localizarme cuando sucedió, pero no sabían dónde estaba. En una verdadera emergencia —se requiere tu presencia en el lecho de muerte de tu madre—, me imagino que el Foreign Office se habría puesto en contacto con la embajada británica en Washington, que a su vez habría informado a las autoridades norteamericanas, que a su vez habrían pedido a las fuerzas de policía de todo el país que buscaran a un inglés alegre y quemado por el sol que tenía un aplomo algo mayor del que había tenido cuando llegó al país. En la actualidad lo único que hace falta es un mensaje de texto.

Cuando llegué a mi casa, mi madre me dio un abrazo con la cara empolvada y el brazo rígido, me mandó a bañarme y me cocinó lo que todavía llamaban mi «comida favorita», y que acepté como si lo fuese, porque hacía tiempo que no la ponía al día con respecto a mis papilas gustativas. Después, me entregó las poquísimas cartas que habían llegado en mi ausencia.

—Mejor que abras primero estas dos.

La de arriba contenía una breve nota de Alex. «Querido Tony —decía— Adrian ha muerto. Se suicidó. Llamé a tu madre, que dice que no sabe dónde estás. Alex».

—Mierda —dije, jurando por primera vez en presencia de mis padres.

—Lo siento, chico.

El comentario de mi padre no pareció precisamente atinado. Lo miré y de pronto me pregunté si la calvicie era hereditaria; si yo la heredaría.

Después de una de esas pausas domésticas que cada familia hace de un modo distinto, mi madre preguntó:

—¿Crees que lo ha hecho porque era demasiado inteligente?

—No tengo estadísticas que vinculen la inteligencia con el suicidio —contesté.

—Sí, Tony, pero ya sabes lo que quiero decir.

—No, la verdad. No lo sé.

—Bueno, pongámoslo así: tú eres un chico inteligente, pero no tanto como para hacer algo semejante.

La miré sin pensar. Erróneamente alentada, ella prosiguió:

—Pero si eres muy inteligente, creo que si no andas con cuidado algo puede desquiciarte.

Para no entrar en esta línea teórica, abrí la segunda carta de Alex. Decía que Adrian lo había hecho todo de un modo muy eficaz y había dejado una explicación completa de sus motivos. «Nos vemos y hablamos. ¿En el bar del hotel Charing Cross? Llámame. Alex».

Deshice el equipaje, me readapté, informé de mis viajes, me familiaricé con las rutinas y los olores, los pequeños placeres y la gran monotonía del hogar. Pero mi mente evocaba una y otra vez las conversaciones fervientemente inocentes que habíamos mantenido cuando Robson se ahorcó en el desván, antes de que nuestras vidas comenzaran. Habíamos juzgado filosóficamente evidente que el suicidio era un derecho de cualquier persona libre: un acto lógico frente a una enfermedad terminal o la senilidad; una acción heroica frente a la tortura o la muerte evitable de otros; un acto elegante en la rabia del amor contrariado (véase: la gran literatura). Ninguna de estas categorías había sido aplicable en la acción mediocre y sórdida de Robson.

Ni tampoco se podían aplicar a Adrian. En la carta que dejó al juez de instrucción había explicado su razonamiento: que la vida es un don otorgado

sin que nadie lo pida; que una persona racional tiene el deber filosófico de examinar tanto la naturaleza de la vida como las condiciones en que se presenta; y que si esa persona decide renunciar al don que nadie ha pedido, es un deber moral y humano aceptar las consecuencias de tal decisión. Al final era prácticamente un *quod erat demonstrandum*. Adrian había pedido al juez que hiciera público este argumento, y el funcionario le había complacido.

Finalmente pregunté:

—¿Cómo lo hizo?

—Se cortó las muñecas en la bañera.

—Dios. Es como... griego, ¿no? ¿O era cicuta?

—Más bien como el romano ejemplar, diría yo. Abrirse las venas. Y sabía cómo hacerlo. Tienes que cortar en diagonal. Si cortas recto, puedes perder el conocimiento, la herida se cierra y la has pifiado.

—Quizá sólo te ahogas.

—Aun así: segundo premio —dijo Alex—. Adrian habría querido el primero.

Tenía razón: sobresaliente en estudios, sobresaliente en suicidio.

Se había suicidado en un piso que compartía con dos condiscípulos licenciados. Ellos se habían ido a pasar el fin de semana fuera y Adrian tuvo tiempo de sobra para los preparativos. Había escrito la carta al juez, había clavado un aviso en la puerta del cuarto de baño que decía: «NO ENTRAR. LLAMAR A LA POLICÍA. Adrian», había abierto el grifo de la bañera y cerrado la puerta con llave, se había cortado las muñecas en el agua caliente y se había desangrado. Lo encontraron un día y medio después.

Alex me mostró un recorte del *Cambridge Evening News*. «Trágica muerte de un joven "prometedor".» Probablemente mantuvieron compuesto este titular de forma permanente. El veredicto de la investigación judicial había sido que Adrian Finn (veintidós años) se había suicidado «en circunstancias de desequilibrio mental». Recuerdo lo furioso que me puso esta expresión convencional: yo habría declarado bajo juramento que la mente de Adrian era la única que nunca perdería el equilibrio. Pero, desde el punto de vista de la ley, si te suicidabas estabas, por definición, loco, al menos en el momento en que cometías el acto. La ley y la sociedad y la

religión decían que era imposible estar cuerdo, sano, y matarte. ¿Quizá estas autoridades temían que el razonamiento de un suicida pudiera impugnar la naturaleza y el valor de la vida tal como la organizaba el Estado que pagaba al juez de instrucción? Y puesto que te habían declarado transitoriamente loco, se daba por sentado que los motivos de tu suicidio eran asimismo demenciales. Dudo, por tanto, de que alguien prestara mucha atención a los argumentos de Adrian, con sus referencias a filósofos antiguos y modernos, sobre la superioridad del acto de intervenir sobre la indigna pasividad de limitarse a permitir que la vida te aconteciera.

Adrian se había disculpado ante la policía por causarles molestias, y agradecía al juez que hiciera públicas sus últimas palabras. También pedía que le incinerasen y que dispersaran sus cenizas, ya que la rápida destrucción del cuerpo era asimismo una filosófica elección activa, y preferible a la espera supina de la descomposición natural en la tierra.

—¿Fuiste al entierro?

—No me invitaron. Tampoco fue Colin. Sólo la familia, y todo eso.

—¿Qué pensamos nosotros?

—Bueno, es un derecho de la familia, supongo.

—No, no de eso. De sus motivos.

Alex dio un sorbo de cerveza.

—Yo no tenía claro si era un puto acto admirable o un puto y terrible desperdicio.

—¿Y? ¿Te has aclarado?

—Bueno, podrían ser las dos cosas.

—Lo que no logro entender —dije— es si es algo completo en sí mismo. No me refiero a si concierne sólo a uno mismo sino, verás, si sólo concernía a Adrian..., o si era algo que encierra una crítica implícita de todos los demás. De nosotros.

Miré a Alex.

—Bueno, podrían ser las dos cosas.

—No sigas diciendo eso.

—Me pregunto qué pensarían sus tutores de filosofía. Si se sintieron responsables de algún modo. Era su cerebro el que instruían, al fin y al cabo.

—¿Cuándo le viste por última vez?

—Unos tres meses antes de que muriera. Ahí mismo, donde estás sentado. Por eso he propuesto este sitio.

—Así que él se iba a Chislehurst. ¿Qué impresión te dio?

—Estaba alegre, feliz. Como era él, sólo que más.

Cuando nos despedimos me dijo que estaba enamorado.

La zorra, pensé. Si había una mujer en todo el mundo de la que un hombre podía enamorarse y seguir pensando que la vida no merecía la pena, esa mujer era Verónica.

—¿Qué dijo de ella?

—Nada. Ya sabes cómo era.

—¿Te dijo que le escribí una carta diciéndole que se la podía meter por donde quisiera?

—No, pero no me sorprende.

—¿Qué, que se la escribiese o que no te lo dijera?

—Bueno, podrían ser las dos cosas.

Le asesté un puñetazo con la fuerza suficiente para que se le derramara la cerveza.

En casa, sin apenas tiempo para reflexionar sobre lo que habíamos hablado, tuve que esquivar las preguntas de mi madre.

—¿Qué has sabido?

Le hablé un poco del modo.

—Debió de ser muy desagradable para los pobres policías. Las cosas que tienen que hacer. ¿Tuvo problemas con alguna chica?

En parte tuve ganas de decirle: por supuesto; salía con Verónica. Pero me limité a responder:

—Alex dice que estaba feliz la última vez que le vio.

—Entonces ¿por qué lo hizo?

Le di la versión breve de la versión breve, sin mencionar los nombres de los filósofos pertinentes. Intenté explicarle lo de rechazar un don no solicitado, lo de la acción contrapuesta a la pasividad. Mi madre desestimó todo esto con un gesto mientras lo iba asimilando.

—Ya ves, yo tenía razón.

—¿En qué, mamá?

—Era demasiado inteligente. Si eres tan listo puedes convencerte de cualquier cosa. Prescindes del sentido común. Fue su cerebro lo que le trastornó, por eso lo hizo.

—Sí, mamá.

—¿Es lo único que se te ocurre decir? ¿Significa que estás de acuerdo?

No contestar era la única manera de conservar la calma.

Pasé los siguientes días tratando de analizar todas las aristas y resquicios de la muerte de Adrian. Aunque difícilmente podría haber esperado una carta suya, me decepcionó que no escribiera tampoco a Colin ni a Alex. ¿Y qué debía pensar yo ahora de Verónica? Adrian la amaba y sin embargo se había suicidado: ¿cómo se explicaba? Para la mayoría de nosotros, la primera experiencia del amor, aunque fracase —quizá especialmente cuando fracasa—, promete que es eso lo que valida, lo que reivindica la vida. Y aunque los años posteriores puedan alterar esta idea, hasta que algunos de nosotros la repudien totalmente, cuando el amor hiere por primera vez no hay nada igual, ¿verdad? ¿Concedido?

Pero Adrian no lo admitía. Quizá si hubiera sido una mujer distinta..., o quizá no: Alex daba testimonio de la exaltación de Adrian la última vez que se vieron. ¿Habría sucedido algo terrible en los meses intermedios? Pero en tal caso Adrian, sin duda, habría dado indicios. Era el filósofo y el buscador de la verdad entre nosotros: los motivos que había declarado eran, por fuerza, los motivos auténticos.

Respecto a Verónica, pasé de culparla a compadecerla por no haber conseguido salvar a Adrian: tras el trueque triunfal de un novio por otro, mirad lo que había ocurrido. ¿Debería darle el pésame? Pero ella me juzgaría hipócrita. Si intentaba ponerme en contacto con ella, o bien no me respondería o retorcería de algún modo las cosas para que al final yo no pudiera pensar con claridad.

A la larga sí conseguí hacerlo. Es decir, comprendí las razones de Adrian, las respeté y le admiré. Tenía un cerebro mejor y un temperamento más riguroso que yo; pensaba lógicamente y después actuaba en consonancia con las conclusiones del pensamiento lógico. Mientras que casi todos los demás,

sospecho, hacíamos lo contrario: tomábamos una decisión instintiva y luego construíamos una infraestructura racional para justificarla. Y llamábamos sentido común al resultado. ¿Pensaba yo que el acto de Adrian entrañaba una crítica de nosotros tres? No. O, por lo menos, estoy seguro de que no la pretendió como tal. Adrian podía atraer a la gente, pero nunca se comportaba como si quisiera discípulos; creía que nosotros pensábamos por nuestra cuenta. De haber vivido, ¿habría «disfrutado de la vida», como la mayoría hacemos o intentamos hacer? Quizá; o tal vez habría albergado culpa y remordimiento por no haber sabido acoplar sus actos con sus argumentos.

Y nada de lo que he dicho hasta ahora modifica el hecho de que aquello seguía siendo, como expresó Alex, un puto y terrible desperdicio.

Un año después, Colin y Alex propusieron una reunión. El aniversario de la muerte de Adrian, los tres nos reunimos para beber algo en el hotel Charing Cross, y después fuimos a cenar a un restaurante indio. Tratamos de evocar y de conmemorar a nuestro amigo. Recordamos cuando le dijo a Old Joe Hunt que se quedaba sin trabajo, y cuando ilustró a Phil Dixon sobre Eros y Tánatos. Ya estábamos convirtiendo el pasado en anécdota. Rememoramos el momento en que aplaudimos la noticia de que Adrian había obtenido una beca para estudiar en Cambridge. Caímos en la cuenta de que si bien él había estado en la casa de los tres, ninguno de nosotros había estado en la suya; y de que no sabíamos —¿alguna vez se lo preguntamos?— en qué trabajaba su padre. Brindamos por él con vino en el bar del hotel y con cerveza al final de la cena. En la calle, nos dimos mutuas palmadas en los hombros y juramos repetir la conmemoración todos los años. Pero nuestras vidas seguían ya rumbos distintos, y el recuerdo compartido de Adrian no bastaba para mantenernos unidos. Quizá la falta de misterio de su muerte significaba que era más fácil dar carpetazo a su caso. Le recordaríamos durante toda la vida, por supuesto. Pero su muerte fue más ejemplar que «trágica» —como el periódico de Cambridge había insistido maquinalmente—, y se alejó de nosotros con bastante rapidez, encajado entre el tiempo y la historia.

Por entonces yo ya me había marchado de casa y empecé mis prácticas en administración de las artes. Entonces conocí a Margaret; nos casamos, y tres años más tarde nació Susie. Compramos una casita con una gran hipoteca; yo iba en tren a Londres todos los días. Mi período de prácticas se convirtió en una larga carrera. La vida seguía su curso. Algún inglés dijo una vez que el matrimonio es una larga comida insulsa en que te sirven primero el postre. Me parece una frase excesivamente cínica. Disfruté de mi matrimonio, aunque quizá fuese demasiado tranquilo —demasiado plácido— para mi propio bien. Al cabo de doce años, Margaret se lió con un tipo que regentaba un restaurante. Él no me caía muy bien —ni tampoco su comida, en realidad —, pero era normal, ¿no? Compartimos la custodia de Susie. Por suerte la niña no pareció muy afectada por la separación: y ahora me percaté de que a ella nunca le apliqué mi teoría del abuso.

Después del divorcio tuve varias aventuras, pero nada serio. Siempre le contaba a Margaret lo de mi nueva amiga. En aquel tiempo parecía lo más natural. Ahora me pregunto a veces si era una tentativa de darle celos; o quizá una forma de protegerme, un modo de prevenir que la nueva relación se volviera demasiado seria. Además, en mi vida más vacía, surgían diversas ideas que yo llamaba «proyectos», quizá para que pareciesen factibles. Ninguno de ellos llegó a realizarse. Bueno, esto no viene a cuento, ni forma parte de mi relato.

Susie creció y la gente empezó a llamarla Susan. Cuando tenía veinticuatro años, la acompañé por el pasillo de un juzgado. Ken es médico; tienen ya dos hijos, un chico y una chica. Sus fotos, que siempre llevo en mi cartera, siempre les muestran más jóvenes de lo que son. Es normal, supongo, por no decir «filosóficamente evidente». Pero uno se repite: «Qué rápido crecen, ¿no?», cuando lo que realmente quiere decir es: el tiempo ahora transcurre más deprisa para mí.

El segundo marido de Margaret resultó no ser suficientemente plácido: se fugó con alguien que se parecía a ella, pero que era diez años cruciales más joven. Margaret y yo mantenemos buenas relaciones; nos vemos en las celebraciones familiares y a veces comemos juntos. Una vez, después de un

par de copas, se puso sentimental y me propuso que volviéramos a vivir juntos. «Cosas más extrañas han sucedido», fue así como lo dijo. No hay duda de que es verdad, pero para entonces yo estaba acostumbrado a mis rutinas y me gustaba mi soledad. O quizá no soy lo bastante raro para hacer algo así. En una o dos ocasiones hemos hablado de pasar las vacaciones juntos, pero creo que cada uno esperaba que el otro las organizara y reservase los pasajes y hoteles. Total, que nunca se hizo.

Ahora estoy jubilado. Tengo mi piso con mis pertenencias. Mantengo la relación con unos cuantos amigos de copas y tengo algunas amigas, platónicas, por supuesto. (Y que tampoco forman parte de esta historia). Soy miembro de la sociedad local de historia, aunque me emociona menos que a otros lo que descubren los detectores de metales. Hace algún tiempo, me ofrecí voluntario para dirigir la biblioteca del hospital local; recorro los pabellones entregando, recogiendo, recomendando. Me obliga a salir de casa y es bueno hacer algo útil; además, conozco a gente. Gente enferma, claro, y también moribundos. Pero al menos sabré moverme por el hospital cuando llegue mi turno.

Y así es una vida, ¿no? Algunos logros y algunos desengaños. La mía ha sido interesante para mí, aunque no protestaré ni me asombraré de que otros juzguen que no lo ha sido tanto. Quizá, en cierto sentido, Adrian sabía lo que se hacía. Tampoco es que yo echara de menos algo en mi vida, ya me entienden.

Sobreviví. «Sobrevivió para contarlo», es lo que dice la gente, ¿no? La historia no son las mentiras de los vencedores, como con mucha labia le aseguré una vez a Old Joe Hunt; ahora lo sé. Son más los recuerdos de los supervivientes, muchos de los cuales no son vencedores ni vencidos.

DOS

Más adelante, en la vida, confías en descansar un poco, ¿no? Crees que te lo mereces. Yo sí, en todo caso. Pero entonces empiezas a comprender que a la vida no le incumbe recompensar el mérito.

Además, cuando eres joven piensas que puedes predecir los sufrimientos y la desolación que es probable que te depare la edad. Te imaginas solo, divorciado, viudo; los hijos se alejan de ti, los amigos se mueren. Te imaginas la pérdida de tu posición, la pérdida del deseo... y la capacidad de suscitarlo. Puedes ir más allá y pensar en la muerte que se avecina y que, a pesar de la compañía que puedas procurarte, hay que afrontarla siempre solo. Pero esto es adelantarse. Lo que no haces es anticiparte y luego imaginarte mirando atrás desde un punto futuro. Aprendiendo las nuevas emociones que el tiempo trae. Descubriendo, por ejemplo, que a medida que los testigos de tu vida disminuyen, hay menos corroboración y, por consiguiente, menos certeza de lo que eres o has sido. Aunque frecuentemente hayas consignado cosas —en palabras, sonidos, imágenes—, tal vez descubras que te has dedicado a tomar nota de las cosas que no valía la pena anotar. ¿Cómo era la frase que Adrian solía citar?: «La historia es la certeza obtenida en el punto en que las imperfecciones de la memoria topan con las deficiencias de documentación».

Sigo leyendo muchos textos de historia, y por supuesto he seguido la historia oficial que se ha producido en mi tiempo de vida —la caída del

comunismo, la señora Thatcher, el 11 de septiembre, el calentamiento global — con la mezcla normal de miedo, inquietud y un cauteloso optimismo. Pero estos sucesos nunca me han inspirado lo mismo —nunca me fié totalmente de ellos— que las efemérides de Grecia y Roma, o del Imperio Británico, o la Revolución rusa. Quizá es que sólo me siento más a salvo con la historia que ha sido más o menos acordada. O quizá se trata otra vez de la misma paradoja: que la historia que acontece delante de nuestras narices debería ser la más clara, y sin embargo es la más delicuescente. Vivimos en el tiempo, nos limita y nos define, y se supone que el tiempo mide la historia, ¿no? Pero si no podemos comprender el tiempo, si no captamos su ritmo y su progreso misteriosos, ¿qué posibilidades tenemos con la historia, incluso con nuestra pequeña, personal, en gran parte indocumentada, parcela de la misma?

Cuando somos jóvenes, los que están por encima de los treinta nos parecen maduros y los que han superado los cincuenta, ancianos. Y el tiempo, conforme avanza, confirma que no andábamos tan equivocados. Esas pequeñas diferencias de edad, tan cruciales y enormes cuando somos jóvenes, se erosionan. Acabamos perteneciendo a la misma categoría, la de los no jóvenes. A mí nunca me ha importado mucho.

Pero hay excepciones a la regla. Para algunas personas, las diferencias de tiempo establecidas en la juventud nunca desaparecen realmente: el mayor sigue siendo mayor, incluso cuando los dos peinan canas. Un lapso de, pongamos, cinco meses significa para algunos que uno siempre se empeñará en considerarse más juicioso y más informado que el otro, por muchas pruebas que haya de lo contrario. O quizá debería decir debido a las pruebas de lo contrario. Debido a que es absolutamente obvio para cualquier observador objetivo que la balanza se ha inclinado hacia la persona marginalmente más joven, la otra mantiene la presunción de superioridad con tanto mayor rigor. Tanto más neuróticamente.

Por cierto, todavía escucho con frecuencia a Dvorák. No tanto las

sinfonías; hoy día prefiero los cuartetos de cuerda. Pero Chaikovski ha seguido el camino de esos genios que te fascinan en la juventud y en la madurez conservan un poder residual, pero más adelante parecen, si no penosos, algo menos importantes. No estoy diciendo que Verónica tuviese razón. No hay nada malo en ser un genio que fascina a los jóvenes. Más bien hay algo que cojea en el joven al que no fascina un genio. A propósito, no creo que la banda sonora de *Un hombre y una mujer* sea la obra de un genio. Ni siquiera lo pensaba en aquel entonces. Por otra parte, de vez en cuando me acuerdo de Ted Hughes y me hace sonreír el hecho de que, en efecto, nunca se le acabaron los animales.

Me llevo bien con Susie. Bastante bien, en todo caso. Pero la generación más joven ya no siente la necesidad, o ni siquiera la obligación, de mantener el contacto. Al menos, no el «contacto» en el sentido de «verse». Un e-mail bastará para papá; lástima que no haya aprendido a procesar textos. Sí, ya está jubilado, sigue dando vueltas a esos misteriosos «proyectos» suyos, dudo que alguna vez termine algo, pero por lo menos le mantienen el cerebro activo, es mejor que el golf, y sí, pensábamos ir a verle la semana pasada, hasta que surgió algo. Espero que no enferme de alzhéimer, en realidad es lo que más me preocupa, porque, bueno, es muy difícil que mamá se haga cargo, ¿verdad? No: exagero, estoy tergiversando. Estoy seguro de que Susie no piensa así. Viviendo solo tienes esos momentos de autocompasión y paranoia. Susie y yo nos llevamos muy bien.

Una amiga nuestra —todavía digo esto instintivamente, aunque Margaret y yo llevamos divorciados más tiempo del que estuvimos casados— tenía un hijo en una banda de punk rock. Le pregunté si había oído algunas de sus canciones. Ella mencionó una titulada *Todos los días son domingo*. Recuerdo que me reí aliviado de que el mismo viejo aburrimiento adolescente se transmita de una generación a otra. Y también de que utilicen las mismas ironías para huir del tedio. «Todos los días son domingo»: estas palabras me

remontaron a mis años de estancamiento, y a aquella terrible espera de que la vida empezara. Pregunté a nuestra amiga qué otras canciones tenía el grupo. «No —dijo ella—, ésa es su canción, la única que tienen». «¿Cómo sigue entonces?», pregunté. «¿Qué quieres decir?». «Pues ¿cuál es la frase siguiente?». «No lo entiendes, ¿eh? —dijo ella—. Ésa es la canción. Repiten la frase, una y otra vez, hasta que a la canción le da por acabarse». Recuerdo que sonreí. «Todos los días son domingo»; no estaría mal como epitafio, ¿verdad?

Era uno de esos largos sobres blancos con mi nombre y mi dirección escritos debajo de una ventanilla de plástico transparente. No sé ustedes, pero yo nunca tengo prisa en abrirlos. En otro tiempo, esas cartas significaban otra etapa dolorosa de mi divorcio; quizá por eso recelo de ellos. Hoy día pueden contener un recibo de impuestos sobre las pocas acciones, lastimeramente poco rentables, que compré al jubilarme, o una nueva petición de esa obra benéfica a la que contribuyo con una orden de pago periódica. Así que me olvidé del sobre hasta horas más tarde, cuando estaba recogiendo todos los papeles de desecho en mi casa —hasta el último sobre— para reciclarlos. Resultó que contenía una carta de un bufete de abogados del que nunca había oído hablar, los letrados Coyle, Innes & Black. Una tal Eleanor Marriott me escribía «Relativo al patrimonio de doña Sarah Ford (difunta)». Tardé un rato en llegar hasta ahí.

Vivimos con suposiciones muy fáciles, ¿no? Por ejemplo, que la memoria es igual a sucesos más tiempo. Pero es algo mucho más extraño. ¿Quién dijo que la memoria es lo que creíamos que habíamos olvidado? Y debería ser obvio que el tiempo no actúa como un fijador, sino más bien como un disolvente. Pero no conviene —no es útil— creer esto; no nos ayuda a seguir adelante; por lo tanto, lo pasamos por alto.

Me pedían que confirmara mis señas y que enviase una fotocopia de mi pasaporte. Me informaban de que me habían legado quinientas libras y dos «documentos». Me quedé muy perplejo. Para empezar, recibo una herencia de alguien cuyo nombre de pila nunca había sabido o había olvidado. Y quinientas libras parece una suma muy específica. Mayor que nada, no tan grande como para ser algo. Quizá tuviese sentido si yo supiera cuándo había hecho su testamento la señora Ford. Aunque de haber sido hace mucho tiempo, la suma equivalente sería ahora muy superior y la cosa tendría aún menos sentido.

Confirmé mi existencia, autenticidad y dirección y adjunté una certificación fotocopiada. Solicité que me comunicaran la fecha del testamento. Después, una noche me senté a intentar resucitar aquel humillante fin de semana en Chislehurst, unos cuarenta años antes. Busqué cualquier momento, incidente o comentario que pudiera haber sido objeto de agradecimiento o recompensa. Pero mi memoria se ha convertido cada vez más en un mecanismo que reitera datos verídicos con escasa variación. Miré de frente al pasado y aguardé, traté de desviar mi memoria hacia una dirección distinta. Pero en vano. Yo era alguien que había salido durante alrededor de un año con la hija de Sarah Ford (fallecida), que había sido tratado de un modo condescendiente por su marido, altaneramente escudriñado por su hermano y manipulado por su hija. Doloroso para mí en su día, pero que difícilmente requería la posterior reparación maternal de quinientas libras.

Y, de todos modos, el dolor no había durado. Como ya he dicho, tengo cierto instinto de conservación. Logré expulsar a Verónica de mi pensamiento, de mi historia. Por tanto, cuando el tiempo me situó en la madurez con una rapidez excesiva, y empecé a repasar cómo mi vida se había desarrollado y a considerar los caminos que no había seguido, los paréntesis enervantes de los «¿y si...?», nunca me paré a imaginar —ni siquiera en la

hipótesis peor, y no digamos en la mejor— cómo habrían ido las cosas con Verónica.

Con Annie sí, con Verónica no. Y nunca lamenté mis años con Margaret, aunque nos divorciáramos. Por mucho que lo intentase —tampoco fue mucho—, rara vez acababa fantaseando una vida marcadamente distinta de la que había vivido. No creo que esto sea complacencia; es más bien falta de imaginación o de ambición o algo parecido. Supongo que la verdad es que sí, no soy lo bastante raro para no haber hecho las cosas que he terminado haciendo en la vida.

No leí inmediatamente la carta de los abogados. Me limité a mirar el sobre largo y de color crema, con mi nombre escrito. Una letra que sólo había visto una vez en mi vida, y que no obstante conocía. Señor Anthony Webster: el modo en que los trazos ascendentes y descendentes terminaban en una pequeña floritura me remontó hasta alguien al que había conocido durante sólo un fin de semana. Alguien cuya letra, más por su seguridad que por su forma, insinuaba a una mujer quizá «lo bastante rara» para hacer cosas que yo no había hecho. Pero no sabía ni adivinaba cuáles podrían haber sido. Arriba, en el centro, en la parte delantera del sobre había unos centímetros de papel de celo. Me esperaba que diese la vuelta alrededor del sobre y añadiera otro sello, pero lo habían cortado a lo largo del borde superior del sobre. Era de suponer que la carta había estado antes pegada a otra cosa.

Por fin la abrí y la leí.

«Querido Tony, creo que es justo que tengas lo que adjunto. Adrian siempre habló de ti con afecto, y quizá te parezca interesante, aunque doloroso, este recuerdo de hace mucho tiempo. También te dejo un poco de dinero. Puede que te parezca extraño, y para ser sincera ni yo misma sé muy bien mis motivos. En cualquier caso, lamento la forma en que te trató mi familia hace tantos años, y te deseo lo mejor, incluso desde más allá de la tumba. Tuya,

Sarah Ford.

P. D. Quizá te parezca raro, pero creo que Adrian fue feliz los últimos meses de su vida».

La abogada me pedía mis datos bancarios para que la herencia pudiera abonarse directamente. Añadía que adjuntaba el primero de los «documentos» que me habían legado. El segundo seguía estando en posesión de la hija de la señora Ford. Comprendí que esto explicaba el pedazo cortado de celo. La señora Marriott estaba intentando obtener este segundo documento. Y, en respuesta a mi pregunta, la señora Ford había hecho testamento cinco años antes.

Margaret decía que había dos clases de mujeres: las que tenían un perfil claro y las que poseían misterio. Y esto era lo primero que un hombre intuía, y la primera cosa que le atraía o no de una mujer. A algunos hombres les atrae un tipo, a otros el otro. Margaret —no hace falta que lo diga— era de perfil claro, pero a veces podía envidiar a las que ostentaban, o se fabricaban, un aire de misterio.

—Me gustas tal como eres —le dije una vez.

—Pero ahora me conoces muy bien —respondió ella. Llevábamos unos seis o siete años casados—. ¿No preferirías que yo fuese un poco menos... conocible?

—No quiero que seas una mujer misteriosa. Creo que lo detestaría. O es una fachada, un juego, una técnica para enredar a los hombres, o la mujer misteriosa es un misterio para sí misma, y eso es lo peor de todo.

—Tony, hablas como un auténtico hombre de mundo.

—Pues no lo soy —dije, consciente, por supuesto, de que se estaba burlando—. No he conocido a tantas mujeres en mi vida.

—¿«Puede que no sepa mucho de mujeres, pero sé lo que me gusta»?

—No he dicho eso, y tampoco quiero decirlo. Pero creo que porque he conocido relativamente a pocas sé lo que pienso de ellas. Y lo que me gusta de ellas. Si hubiera conocido a más, estaría más confuso.

—Ahora ya no sé muy bien si sentirme halagada o no —dijo Margaret.

Todo esto fue antes de que nuestro matrimonio se rompiera, por supuesto. Pero no habría durado más si Margaret hubiera sido más misteriosa, se lo aseguro, y también puedo asegurárselo a ella.

Y algo de Margaret se me pegó con los años. Por ejemplo, si no la hubiera conocido, quizá habría iniciado una correspondencia paciente con la abogada. Pero no quise aguardar tranquilamente otro sobre con una ventanilla transparente. Telefoneé a Eleanor Marriott y le pregunté por el otro documento que había heredado.

—El testamento lo describe como un diario.

—¿Un diario? ¿De la señora Ford?

—No. Permítame comprobar el nombre. —Una pausa—. De Adrian Finn.

¡Adrian! ¿Cómo había ido a parar su diario a las manos de Sarah Ford? Una pregunta que no dirigí a la abogada.

—Era un amigo —fue lo único que dije. Y añadí—: Seguramente estaba adosado a la carta que usted me envió.

—No lo sé seguro.

—¿Lo ha visto, físicamente?

—No, no lo he visto.

Su actitud no era poco servicial, sino más bien cautelosa.

—¿Dio Verónica alguna razón para quedárselo?

—Dijo que aún no estaba preparada para entregarlo.

Bien.

—Pero ¿es mío?

—Desde luego, se lo dejaron en el testamento.

Hum. Me pregunté si habría alguna sutileza jurídica que separaba estas dos frases.

—¿Sabe cómo... ha llegado a su poder?

—Tengo entendido que no vivía lejos de su madre en los últimos años. Dijo que se había llevado algunas cosas para guardarlas. Por si robaban en la casa. Joyas, dinero, documentos.

—¿Eso es legal?

—Bueno, no es ilegal. Vale más ser prudente.

No parecíamos llegar a ninguna parte.

—Aclaremos esto. Ella tendría que haberle entregado a usted ese documento, ese diario. Usted lo ha reclamado y ella se niega a entregarlo.

—Por el momento es así.

—¿Puede darme su dirección?

—Para dársela tendría que autorizarme ella.

—Entonces ¿tendrá la amabilidad de pedirle esa autorización?

¿Se han fijado en que, cuando hablas con alguien como un abogado, al cabo de un rato empiezas a no hablar como tú y acabas hablando como ellos?

Cuanto menos tiempo de vida te queda, menos quieres desperdiciarlo. Es lógico, ¿no? Aunque lo de utilizar las horas ahorradas..., bueno, es otra de las cosas que probablemente ustedes no habrían vaticinado en la juventud. Por ejemplo, dedico un montón de tiempo a poner cosas en orden; y no soy desordenado. Pero es una de las modestas satisfacciones de la edad. Busco el orden; reciclo; limpio y decoro mi piso para mantener su valor. He hecho testamento; y mis relaciones con mi hija, mi yerno, mis nietos y mi ex mujer, aunque no sean perfectas, al menos están claras. O me he convencido de que lo están. He alcanzado un estado de placidez, incluso un estado apacible. Porque me ocupo de las cosas. No me gusta el desorden y no quiero dejar un desbarajuste. He elegido que me incineren, por si quieren saberlo.

Así que volví a llamar a la señora Marriott y le pedí los datos de contacto del otro hijo de Sarah Ford, John, llamado Jack. Llamé a Margaret y le pedí una cita para comer juntos. Y concerté otra con mi propio abogado. No, esto suena demasiado ampuloso. Seguro que el hermano Jack tendría alguien al que llama «mi abogado». En mi caso es el lugareño que redactó mi testamento; tiene un bufete pequeño encima de una floristería y parece perfectamente eficiente. También me gusta porque no intentó tutearme ni proponer que yo le tutease. Así que para mí es sólo T. J. Gunnell, y ni siquiera hago conjeturas sobre los nombres que corresponden a esas iniciales.

¿Saben algo que temo? Ser un anciano en un hospital y que unas enfermeras a las que nunca he visto me llamen Anthony o aún peor: Tony. Déjame inyectarte esto en el brazo, Tony. Toma un poco más de gachas, Tony. ¿Has evacuado el vientre, Tony? Por supuesto, para cuando esto ocurra, una excesiva familiaridad con el equipo de enfermeras puede que ocupe el último lugar de la lista de mis preocupaciones: pero aun así.

Hice algo ligeramente extraño cuando conocí a Margaret. Borré a Verónica de la historia de mi vida. Pretendí que Annie había sido mi primera novia propiamente dicha. Sé que la mayoría de los hombres exagera el número de chicas y de sexo que han tenido; yo hice lo contrario. Tracé una raya y empecé desde cero. Margaret estaba un poco perpleja de que yo hubiese sido tan lento en dar en el blanco; no en perder la virginidad, sino en tener una relación seria; pero también, pensé entonces, un poco encantada. Dijo algo como que la timidez era atractiva en un hombre.

La parte más extraña fue lo fácil que resultó dar esta versión de mi historia porque, en definitiva, es la que me había estado contando a mí mismo. Consideraba un fracaso mi experiencia con Verónica —su desprecio, mi humillación— y la eliminé de mi historial. No había conservado cartas y sólo una fotografía que no había mirado desde hacía siglos.

Pero al cabo de uno o dos años de matrimonio, cuando me sentí mejor conmigo mismo y tenía plena confianza en nuestra relación, le dije la verdad a Margaret. Ella me escuchó, hizo las preguntas pertinentes y comprendió. Me pidió que le enseñara la foto —la que habíamos sacado en Trafalgar Square—, la examinó, asintió, no hizo comentarios. Estaba bien así. Yo no tenía derecho a esperar nada, y mucho menos palabras de elogio por mi primera novia. Que, en todo caso, no deseaba. Sólo quería despejar el pasado y que Margaret me perdonase mi singular mentira al respecto. Y ella lo hizo.

Gunnell es un hombre tranquilo y demacrado al que no le importa el silencio. Al fin y al cabo, cuesta a sus clientes lo mismo que si habla.

—Señor Webster.

—Señor Gunnell.

Y de este modo nos tratamos de usted durante los cuarenta y cinco minutos siguientes, en los que me dio el consejo profesional por el que yo le pagaba. Me dijo que ir a la policía e intentar convencerles de que pusieran una denuncia contra una mujer de edad madura que había perdido recientemente a su madre sería, en su opinión, insensato. Me agradó oír esto. No el consejo, sino el modo de expresarlo. «Insensato»: mucho mejor que «desaconsejable» o «inadecuado». También me instó a no darle la lata a la abogada Marriott.

—¿A los abogados no les gusta que les den la lata, señor Gunnell?

—Digamos que es diferente si el latoso es el cliente. Pero en el caso presente la familia Ford es la que paga la minuta. Y le sorprendería saber lo fácil que es que unas cartas vayan a parar al fondo de un fichero.

Miré alrededor del despacho pintado de crema, con sus plantas en tiestos, sus anaqueles de textos jurídicos, un grabado inofensivo de un paisaje inglés y, sí, sus archivadores. Volví a mirar a Gunnell.

—En otras palabras, más vale que ella no empiece a pensar que soy una especie de chiflado.

—Oh, nunca pensará eso, señor Webster. Y «chiflado» no es, que digamos, terminología jurídica.

—¿Qué diría usted, entonces?

—Podríamos dejarlo en «enojoso». Ya es lo bastante fuerte.

—Bien. Y otra cosa. ¿Cuánto tiempo tarda en liquidarse una herencia?

—Si es sencilla... dieciocho meses, dos años.

¡Dos años! Yo no iba a esperar tanto por el diario.

—Bueno, primero se despacha el asunto principal, pero siempre hay cosas que se alargan. Certificados de acciones perdidos. Acordar cifras con el fisco. Y hay cartas que a veces se extravían.

—O van a parar al fondo de un fichero.

—Eso también, señor Webster.

—¿Algún consejo más?

—Yo tendría cuidado con la palabra «robar». Podría polarizar el asunto

innecesariamente.

—¿Acaso no es lo que ha hecho? Recuérdeme el aforismo jurídico cuando algo es cegadoramente obvio.

—¿*Res ipsa loquitur*?

—Ese mismo.

Gunnell hizo una pausa.

—Bueno, los casos penales no abundan en mi bufete, pero la expresión clave cuando se trata de robo es, que yo recuerde, «intención de privar permanentemente» del objeto robado a su dueño. ¿Tiene usted algún indicio de cuál es la intención de la señorita Ford, o de su estado de ánimo más general?

Me reí. Tener indicios del estado de ánimo de Verónica había sido uno de mis problemas cuarenta años antes. Así que probablemente me reí como no debía; y Gunnell no es un hombre poco perspicaz.

—No pretendo ser indiscreto, señor Webster, pero ¿podría haber algo en el pasado, quizá, entre usted y la señorita Ford, que quizá fuera pertinente si al final llegáramos a una causa civil o, de hecho, penal?

¿Algo entre la señorita Ford y yo? De repente me vino a la mente una imagen concreta mientras miraba los reversos de lo que supuse que eran fotografías familiares.

—Ha aclarado mucho las cosas, señor Gunnell. Pondré un sello de correo urgente cuando le pague sus honorarios.

Él sonrió.

—En realidad, solemos fijarnos en eso. En determinados casos.

Dos semanas después, la señora Marriott pudo facilitarme la dirección de correo electrónico de John Ford. La señorita Verónica Ford le había autorizado a darme sus datos de contacto. Y estaba claro que John Ford se mostraba cauto: ni número de teléfono ni dirección postal.

Recuerdo al hermano Jack recostado en un sofá, despreocupado y tranquilo. Verónica acababa de alborotarme el pelo y preguntaba: «Apto, ¿no crees?». Y Jack me había hecho un guiño. No se lo devolví.

Fui formal en mi e-mail. Expresé mi pésame. Fingí recuerdos de Chislehurst más felices de lo que eran. Expliqué la situación y le pedí a Jack que utilizara la influencia que tuviera para convencer a su hermana de que me entregase el segundo «documento», que yo tenía entendido que era el diario de mi antiguo discípulo Adrian Finn.

Unos diez días después el hermano Jack apareció en mi buzón de entrada. Había un largo preámbulo sobre viajes, y una semijubilación, y la humedad de Singapur y wifi y cibercafés. Y a continuación: «Bueno, basta de palique. Lamento no ser el cuidador de mi hermana; nunca lo he sido, que quede entre nosotros. Hace años que dejé de intentar que cambiara de opinión. Y francamente, que intercediera por ti bien podría tener el efecto contrario. No es que no desee que salgas airoso de esta situación comprometida. Ah, aquí viene mi *rickshaw*; tengo que salir pitando. Saludos, John Ford».

¿Por qué tuve la impresión de que había algo poco convincente en todo esto? ¿Por qué me lo imaginé al instante sentado cómodamente en su casa, riéndose de mí en alguna mansión lujosa que daba a un campo de golf en Surrey? Su servidor era aol.com, lo cual no me decía nada. Verifiqué el horario de su mensaje, que igual podía ser de Singapur como de Surrey. ¿Por qué me imaginé que el hermano Jack me había visto venir y se estaba divirtiendo un poco? Quizá porque en este país los matices de clase resisten más al tiempo que las diferencias de edad. Los Ford disfrutaban de una posición más alta en aquel entonces y estaban la mar de bien en donde estaban. ¿O era pura paranoia por mi parte?

No había nada que hacer, por supuesto, aparte de preguntarle educadamente en un correo electrónico si podría enviarme los datos de contacto de Verónica.

Cuando la gente dice: «Es una mujer atractiva», normalmente quieren decir: «Era una mujer atractiva». Pero cuando yo lo digo de Margaret lo digo en serio. Ella cree —sabe— que ha cambiado, y así es; aunque para mí menos que para todos los demás. Naturalmente, no puedo hablar por el director del restaurante. Pero yo lo expresaría así: ella sólo ve lo que ha desaparecido, yo sólo veo lo que permanece. El pelo ya no le llega hasta la mitad de la espalda ni lo lleva recogido en un moño vertical; hoy lo lleva a

ras del cráneo y le asoman las canas. Ha reemplazado por rebecas y pantalones de buen corte los vestidos rústicos que solía ponerse. Algunas de las pecas que amé en otro tiempo están ahora más cerca de ser manchas biliares. Pero lo que seguimos mirando son los ojos, ¿no? Es en ellos donde buscamos a la otra persona, y todavía los encontramos. Los mismos ojos que estaban en la misma cara cuando nos conocimos, nos acostamos, nos casamos, fuimos de luna de miel, firmamos una hipoteca, hacíamos las compras, cocinábamos e íbamos de vacaciones, nos amábamos y engendramos una hija. Y eran los mismos que cuando nos separamos.

Pero no son sólo los ojos. La estructura ósea sigue siendo la misma, así como los gestos instintivos, las muchas maneras de ser ella misma. Y su modo de estar conmigo, incluso después de todo este tiempo y distancia.

—¿De qué va todo esto, Tony?

Me reí. Apenas habíamos echado una ojeada al menú, pero la pregunta no me pareció prematura. Es lo que le gusta a Margaret. Cuando dices que no estás seguro respecto a tener otro hijo, ¿quieres decir que no estás seguro respecto a tenerlo conmigo? ¿Por qué piensas que el divorcio consiste en repartir las culpas? ¿Qué vas a hacer ahora con el resto de tu vida? Si de verdad querías ir de vacaciones conmigo, ¿no crees que habría estado bien reservar los billetes? ¿Y de qué va todo esto, Tony?

Hay personas inseguras sobre los amantes anteriores de su pareja, como si todavía los temieran. Margaret y yo estábamos exonerados de este miedo. No precisamente porque en mi caso hubiera una doble hilera de antiguas novias. Y si ella se permitía ponerles moteles, estaba en su derecho, ¿no?

—En realidad, se trata de Verónica Ford, ni más ni menos.

—¿La Bizcocho?

Como yo sabía que iba a decir esto, omití una mueca.

—¿Vuelve a la carga después de todos estos años? Te habías librado de eso, Tony.

—Lo sé —respondí.

Es posible que cuando finalmente conseguí hablarle a Margaret de Verónica, cargara un poco las tintas y yo me presentara un poco más incauto y describiera a Verónica más inestable de lo que había sido. Pero como era

mi relato el que había dado pie al apodo, no estaba muy en condiciones de poner reparos. Lo único que yo podía hacer era no usarlo.

Le conté la historia, lo que había hecho y cómo había enfocado las cosas. Como digo, algo de Margaret se me había pegado en el curso de los años, y quizá por eso ella asentía mostrando su acuerdo o su aliento en determinados puntos.

—¿Por qué crees que la madre de la Bizcocho te dejó quinientas libras?

—No tengo la menor idea.

—¿Y piensas que el hermano te estaba tomando el pelo?

—Sí. Por lo menos no fue natural conmigo.

—Pero no le conoces de nada, ¿no?

—Sólo le vi una vez, es cierto. Supongo que desconfío de toda la familia.

—¿Y por qué crees que el diario fue a parar a las manos de la madre?

—Ni idea.

—Quizá Adrian se lo dejó a ella porque no se fiaba de la Bizcocho.

—Eso no tiene sentido.

Hubo un silencio. Comimos. Después Margaret golpeó su cuchillo contra mi plato.

—Y si la todavía presunta soltera señorita Verónica Ford entrara por casualidad en este café y se sentara a esta mesa, ¿cómo reaccionaría el largo tiempo divorciado señor Anthony Webster?

Ella siempre pone el dedo en la llaga, ¿verdad?

—No creo que me agradara especialmente verla.

Algo en la formalidad de mi tono hizo sonreír a Margaret.

—¿Te intrigaría? ¿Empezarías a remangarte y a quitarte el reloj?

Me sonrojé. ¿No han visto ruborizarse a un calvo sesentón? Oh, pues sucede, al igual que a un quinceañero velludo y lleno de granos. Y debido a que es más infrecuente, hace que el sonrojado se remonte a la época en que la vida parecía únicamente una larga secuencia de momentos engorrosos.

—Ojalá no te lo hubiera contado.

Llenó un tenedor de ensalada de rúcula y tomate.

—¿Seguro que no hay... algún fuego sin extinguir en tu pecho, señor Webster?

—Bastante seguro.

—Pues entonces, a no ser que ella se ponga en contacto contigo, yo desistiría. Cobra el cheque, llévame a unas vacaciones económicas y olvida el asunto. Con doscientas cincuenta por cabeza podríamos llegar hasta las islas del Canal.

—Me gusta cuando te burlas de mí —dije—. Incluso al cabo de todos estos años.

Se inclinó hacia delante y me dio unas palmaditas en la mano.

—Es bonito que todavía nos tengamos afecto. Y es bonito saber que nunca llegarás a organizar esas vacaciones.

—Sólo porque sé que en realidad no te apetecen.

Ella sonrió. Y por un momento casi pareció enigmática. Pero Margaret carece de enigma, ese primer paso para ser una mujer misteriosa. Si hubiera querido que me gastara el dinero en unas vacaciones juntos, lo habría dicho. Sí, ya sé que dijo exactamente esto, pero...

Pero bueno.

—Me ha robado algo mío —dije, quizá un poco quejumbroso.

—¿Cómo sabes que lo quieres?

—Es el diario de Adrian. Es mi amigo. Era mi amigo. Es mío.

—Si tu amigo hubiera querido que tuvieses su diario, podría habértelo dejado hace cuarenta años y haber prescindido del intermediario. O de la intermediaria.

—Sí.

—¿Qué crees que contiene?

—No tengo ni idea. Sólo sé que es mío.

Me percaté en aquel momento de otro motivo de mi determinación. El diario era una prueba; era —podría ser— una corroboración. Podría trastocar las banales reiteraciones del recuerdo. Podría poner en marcha algo..., aunque yo ignoraba qué.

—Bueno, siempre puedes averiguar dónde vive la Bizcocho. Friends Reunited^[2], guía telefónica, un detective privado. Vas allí, llamas al timbre, le pides el diario.

—No.

—Entonces sólo te queda entrar a robarlo —sugirió alegremente Margaret.

—Bromeas.

—Entonces renuncia. A menos que, como se suele decir, haya asuntos de tu pasado que necesitas confrontar para seguir adelante. Pero no es tu caso, ¿verdad, Tony?

—No, creo que no —respondí, con bastante cautela.

Porque en parte me estaba preguntando, cháchara psicoanalítica aparte, si no habría algo de verdad en esto. Hubo un silencio. Nos retiraron los platos. A Margaret no le costaba nada leerme el pensamiento.

—Es muy conmovedor que seas tan testarudo. Supongo que es una forma de no perder el hilo cuando llegamos a nuestra edad.

—No creo que hubiese reaccionado de otro modo hace veinte años.

—Es posible que no. —Hizo una señal para pedir la cuenta—. Pero déjame que te cuente una historia de Caroline. No, no la conoces. Es una amiga que hice después de separarnos. Tenía marido, dos hijos pequeños y una *au pair* de la que desconfiaba. No es que tuviera sospechas terribles ni esas cosas. La chica era educada la mayor parte del tiempo, los niños no se quejaban. Era sólo que Caroline sentía que no sabía realmente con quién dejaba a sus hijos. Así que le preguntó a una amiga, no, no era yo, si podía aconsejarla. «Revisa sus cosas», le dijo ella. «¿Qué?». «Bueno, es evidente que este asunto te pone nerviosa. Espera a su noche libre, echa un vistazo por su habitación, lee sus cartas. Es lo que yo haría». Así que la siguiente noche libre de la *au pair* Caroline revisó sus cosas. Y encontró el diario de la chica. Y lo leyó. Y estaba lleno de denuncias como «Trabajo para una auténtica arpía» y «El marido está bien..., le pillé mirándome el trasero, pero su mujer es una mala pécora». Y «¿Sabe ella lo que está haciendo con estos pobres críos?». Era algo fuerte, muy fuerte.

—¿Y qué ocurrió? —pregunté—. ¿Despidió a la *au pair*?

—Tony —contestó mi ex—, ése no es el quid de la historia.

Asentí. Margaret repasó la cuenta y deslizó el ángulo de su tarjeta de crédito dentro del papel.

Dos cosas más que ella dijo a lo largo de los años: que había mujeres que

no eran en absoluto misteriosas, sino que la incapacidad masculina de entenderlas era lo único que les confería misterio. Y que, a su entender, los bizcochos tendrían que estar cerrados en latas con la cabeza de la reina encima. También debía de haberle contado este detalle de mi vida en Bristol.

Pasó alrededor de una semana y el nombre del hermano Jack apareció de nuevo en mi buzón de entrada. «Te mando la dirección de correo electrónico de Verónica, pero que no se entere de que te la he dado yo. Armará una gorda y todo eso. Acuérdate de los tres monos sabios: no ver el mal, no oírlo, no decirlo. Es mi lema, de todos modos. Cielos azules, vista del puente Harbour de Sídney, casi. Ah, ahí viene mi rickshaw. Saludos, John F».

Me sorprendió. No esperaba que me ayudase. Pero ¿qué sabía yo de su vida? Sólo lo que extrapolaba de recuerdos de un mal fin de semana muchos años atrás. Siempre he presupuesto que la cuna y la educación le han dado una ventaja sobre mí que ha conservado sin esfuerzo hasta el presente. Recuerdo que Adrian dijo que había leído algo sobre Jack en una revista de estudiantes, pero que no pensaba conocerle (aunque tampoco pensaba salir con Verónica). Y luego había añadido, con un tono distinto, más áspero: «Detesto lo poco serios que son los ingleses respecto a la seriedad». Nunca supe —porque estúpidamente nunca se lo pregunté— en qué se basaba para decir esto.

Dicen que el tiempo te alcanza, ¿no? Quizá el tiempo hubiese alcanzado al hermano Jack y le había castigado por su falta de seriedad. Y ahora empecé a elaborar una vida diferente para el hermano de Verónica, una vida en la que sus años de estudiante tenían en su memoria el brillo de la felicidad y la esperanza: en realidad, fue el único período en que su vida había conseguido brevemente esa sensación de armonía a la que todos aspiramos. Imaginé que a Jack, después de licenciarse, le colocaron nepotistamente en una de esas grandes empresas multinacionales. Imaginé que de entrada le fue bien y luego, casi imperceptiblemente, no tan bien. Hombre sociable y de modales decentes, sin embargo carecía del nervio necesario en un mundo cambiante. Aquellas alegres y cortantes despedidas, por carta o conversando, al cabo de

un tiempo llegaron a parecer no ya sofisticadas, sino torpes. Y aunque no le dieron exactamente la patada, bastó una sugerencia de jubilación anticipada, combinada con rachas ocasionales de trabajo ad hoc. Podía ser una especie de cónsul honorario itinerante, un apoyo para el hombre local en grandes ciudades, un conciliador en las más pequeñas. De este modo rehízo su vida y encontró una forma plausible de presentarse como un triunfador. «Vista del puente Harbour de Sídney, casi». Le imaginé con su portátil en terrazas de cafés con wifi, porque francamente era menos deprimente que trabajar en la habitación de un hotel con menos estrellas que a las que hasta entonces estaba acostumbrado.

No sé si así funcionan las grandes empresas, pero había descubierto un modo de pensar en el hermano Jack que no me desazonaba. Hasta logré desalojarle de la mansión con vistas al campo de golf. Tampoco es que llegase al extremo de compadecerle. Y —aquí residía el quid— tampoco le debía nada.

«Querida Verónica —empecé—. Tu hermano ha tenido la amabilidad de mandarme tu dirección de correo electrónico...».

Se me ocurre que aquí puede residir una de las diferencias entre la juventud y la vejez: cuando somos jóvenes, nos inventamos futuros distintos para nosotros mismos; cuando somos viejos, inventamos pasados distintos para los demás.

El padre de Verónica tenía un Humber Super Snipe. Los coches ya no tienen nombres así, ¿verdad? Yo tengo un Volkswagen Polo. Pero Humber Super Snipe eran palabras que salían de la lengua con tanta fluidez como «el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo». Humber Super Snipe. Armstrong Siddeley Sapphire. Jowett Javelin. Jensen Interceptor. Hasta Wolseley Farina y Hillman Minx.

No me malinterpreten. No me interesan los coches, ni antiguos ni nuevos. Me inspira una vaga curiosidad el hecho de que a un gran turismo le pongan

el nombre de un ave de caza tan pequeña como una agachadiza, y el de si Minx tenía características de mujer turbulenta^[3]. Pero no soy lo bastante curioso para averiguarlo. A estas alturas prefiero no saberlo.

Pero he estado rumiando la cuestión de la nostalgia y de si la sufro o no. Desde luego no me pone lacrimoso el recuerdo de alguna chuchería infantil, ni tampoco quiero engañarme sentimentalmente con algo que ni siquiera fue verdad en su momento: amor al antiguo colegio y esas cosas. Pero si la nostalgia significa la poderosa rememoración de emociones intensas —y lamentar que esos sentimientos ya no estén presentes en nuestra vida—, entonces me declaro culpable. Tengo nostalgia de mi primera época con Margaret, del nacimiento de Susie y de sus primeros años, de aquel viaje por carretera con Annie. Y si estamos hablando de emociones intensas que nunca volverán, supongo que es posible ser nostálgico tanto del dolor como del placer recordado. Y eso abre el horizonte, ¿no? Y también lleva derecho a la cuestión de la señorita Verónica Ford.

«¿Dinero sangriento?».

Miré las palabras y no les encontré sentido. Ella había borrado mi mensaje y su encabezado, no había firmado su respuesta y contestaba con una sola expresión. Tuve que buscar el e-mail que yo le había enviado y releerlo entero para descubrir que gramaticalmente sus dos únicas palabras sólo podían ser una respuesta a mi pregunta de por qué su madre me había dejado quinientas libras. Pero aparte de esto no tenían sentido. No se había derramado sangre. Era verdad que habían herido mi orgullo. Pero Verónica difícilmente estaba insinuando que su madre me ofrecía dinero a cambio del dolor que su hija me había causado, ¿no? ¿O sí?

Al mismo tiempo, era lógico que Verónica no me diera una respuesta simple, no hiciera o dijera lo que yo esperaba o preveía. En esto era al menos coherente con mi recuerdo de ella. Por supuesto, en ocasiones me había tentado clasificarla como una mujer misteriosa, en oposición a la mujer clara, Margaret, con la que me había casado. Ciertamente, no había sabido a qué atenerme con Verónica, no sabía leer su corazón ni su mente o sus

motivaciones. Pero un enigma es un rompecabezas que quieres resolver. No quería resolver a Verónica, no, desde luego, en fecha tan tardía. Había sido una chica puñeteramente difícil cuarenta años atrás, y —como demostraba la respuesta en dos palabras, dos dedos hacia arriba— no parecía haberse ablandado con la edad. Es lo que me dije, con firmeza.

Aunque ¿por qué esperar que la edad nos ablande? Si a la vida no le incumbe recompensar el mérito, ¿por qué hacia su final habría de infundirnos sentimientos efusivos y agradables? ¿Para qué posible propósito evolutivo serviría la nostalgia?

Tuve un amigo que hizo la carrera de derecho y luego se desencantó y no ejerció nunca. Me dijo que uno de los beneficios de aquellos años perdidos era que ya no temía a las leyes ni a los abogados. Y más en general ocurre algo parecido, ¿no? Cuanto más aprendes menos temes. «Aprender» no en el sentido de estudio académico, sino en la comprensión práctica de la vida.

Quizá lo único que estoy diciendo en realidad es que, después de haber salido con Verónica tantos años atrás, ahora ya no le tenía miedo. Y por tanto emprendí mi campaña electrónica. Estaba decidido a ser educado, inmune a la ofensa, persistente, pesado, amistoso: en otras palabras, a mentir. Por supuesto, sólo hace falta un microsegundo para eliminar un e-mail, pero se tarda mucho más en sustituirlo. Desgastaría a Verónica con delicadeza y conseguiría el diario de Adrian. No había un «fuego sin extinguir» en mi pecho: se lo había asegurado a Margaret. Y en cuanto a sus consejos más generales, digamos que una de las ventajas de ser un ex marido es que ya no necesitas justificar tu conducta. Ni obedecer sugerencias.

Sabía que a Verónica la tenía desconcertada mi estrategia. A veces contestaba brevemente y enfadada, a menudo no respondía nada. Tampoco le habría halagado conocer el precedente de mi plan. Hacia el final de mi matrimonio, el sólido chalet residencial donde vivíamos Margaret y yo sufrió un ligero hundimiento. Aparecieron grietas aquí y allá, empezaron a desmigajarse pedazos del porche y de la pared de la fachada. (Y no, no lo consideré simbólico). La compañía de seguros pasó por alto el hecho de que

había habido un verano notoriamente seco y decidió culpar al tilo de nuestro jardín delantero. No era un árbol especialmente hermoso ni yo le tenía cariño, por diversas razones: impedía que la luz llegara a la habitación de delante, vertía gotas pegajosas y sobrevolaba la calle de tal manera que animaba a las palomas a posarse en él y a bañar de excrementos los coches aparcados debajo. Sobre todo el nuestro.

Mi negativa a talarlo se basaba en principios: no el de mantener la población nacional de árboles, sino el de no doblegarme ante burócratas invisibles, arboricultores con cara de niño y teorías de moda actuales, aducidas por las compañías de seguros. Además, a Margaret le gustaba mucho el árbol. Así que preparé una larga campaña defensiva. Cuestioné las conclusiones del arboricultor y pedí que excavasen pozos de inspección adicionales para confirmar o desmentir la presencia de pequeñas raíces próximas a los cimientos de la casa. Discutí sobre pautas climáticas, el cinturón de arcilla del gran Londres, la prohibición del uso de mangueras impuesta a escala regional y cosas por el estilo. Me mostré rígidamente educado; imité el lenguaje burocrático de mis adversarios; irritantemente, adjunté copias de la correspondencia anterior en cada nueva carta; les invité a otras inspecciones del lugar y les propuse una utilización adicional de su mano de obra. En cada carta me las ingeniaba para encontrar una nueva pregunta que les obligase a emplear un tiempo de reflexión; si no contestaban, mi siguiente carta, en vez de repetir la pregunta, les remitía al tercer o cuarto párrafo de mi notificación del 17 de los corrientes, con lo cual tendrían que consultar el expediente cada vez más voluminoso. Me cuidé de no dar la impresión de que era un chalado, sino más bien un pelma pedante e ineludible. Me gustaba imaginar los quejidos y rugidos cada vez que llegaba otra de mis cartas; y sabía que al llegar a cierto punto les saldría más a cuenta darle carpetazo al caso. Al final, exasperados, me propusieron una reducción del treinta por ciento de la fronda del tilo, una solución que acepté con profundas expresiones de pesar y mucho júbilo interior.

A Verónica, como yo había previsto, no le gustó que la tratara como a

una compañía de seguros. Les ahorraré el tedio de nuestra correspondencia y pasaré a su primera consecuencia práctica. Recibí una carta de la señora Marriott adjuntando lo que ella describía como «un fragmento del documento objeto de la disputa». Expresaba la esperanza de que en los meses siguientes se produjera una restitución íntegra de mi herencia. Pensé que esto mostraba un gran optimismo.

El «fragmento» resultó ser una fotocopia de un fragmento. Pero —incluso al cabo de cuarenta años— supe que era auténtico. Adrian tenía una distintiva letra cursiva y una «g» excéntrica. Huelga decir que Verónica no me había enviado la primera o la última página, ni indicado el lugar que ocupaba en el diario la que me había enviado. Si es que «diario» seguía siendo la palabra correcta para un texto presentado en forma de párrafos numerados. Leí los siguientes:

5.4. La cuestión de la acumulación. Si la vida es una apuesta, ¿qué forma adopta? En el hipódromo, un acumulador es una apuesta que se basa en la victoria de un caballo para aumentar la apuesta sobre el siguiente.

5.5. Entonces a). ¿En qué medida las relaciones humanas podrían expresarse en una fórmula matemática o lógica? Y b) De ser posible, ¿qué signos se colocarían entre los números enteros? Más o menos, evidentemente; a veces signos de multiplicación y, sí, de división. Pero estos signos son limitados. Así pues, una relación totalmente fracasada podría expresarse en términos de pérdida/menos y división/reducción, cuyo resultado es igual a cero; mientras que una totalmente realizada puede representarse mediante signos de adición y multiplicación. Pero ¿y las demás relaciones? ¿No hay que expresarlas con anotaciones que son lógicamente improbables y matemáticamente insolubles?

5.6. En consecuencia, ¿cómo se expresaría una acumulación que contuviera las letras h, a1, a2, s, v?

$$\begin{aligned} & \text{¿} b = s - v \times a^1 \\ & \quad + \\ & \text{O } a^2 + v + a^1 \times s = b? \end{aligned}$$

5.7. ¿O es un modo erróneo de formular la pregunta y expresar la acumulación? ¿Es contraproducente en y por sí misma la aplicación de la lógica a la condición humana? ¿En qué se convierte una cadena de argumentos cuando los eslabones están hechos de metales diferentes, cada uno con una fragilidad distinta?

5.8. ¿O «eslabón» es una metáfora falsa?

5.9. Pero suponiendo que no lo sea, si un eslabón se rompe, ¿en quién recae la responsabilidad de la rotura? ¿En los eslabones inmediatamente situados a ambos lados o en toda la cadena? Pero ¿qué queremos decir con «toda la cadena»? ¿Hasta dónde se extienden los límites de la responsabilidad?

6.0. O bien podríamos intentar establecer la responsabilidad más estrechamente y atribuirle con mayor exactitud. Y no utilizar ecuaciones y números, sino expresar las cuestiones con la tradicional terminología narrativa. Así, por ejemplo, si Tony

Y aquí se terminaba la fotocopia, la versión de una versión. «Así, por ejemplo, si Tony»: final de línea, parte inferior de la página. Si no hubiera reconocido de inmediato la letra de Adrian, podría haber pensado que aquel suspense formaba parte de alguna compleja falsificación urdida por Verónica.

Pero no quería pensar en ella, hasta cuanto fuera posible no hacerlo. Traté de concentrarme en Adrian y en lo que él estaba haciendo. No sé muy bien cómo expresarlo, pero cuando miraba la página fotocopiada no me sentía como si estuviera examinando un documento histórico que, además, requería una exégesis considerable. No, me sentía como si Adrian estuviese de nuevo presente a mi lado en la habitación, respirando, pensando.

Y qué admirable seguía siendo. Algunas veces he intentado imaginar la desesperación que conduce al suicidio, he tratado de evocar el giro brusco y el vuelco de la oscuridad en que la muerte se presenta sólo como un puntito de luz: en otras palabras, exactamente lo contrario a la condición normal de la vida. Pero en aquel documento —que entendí, sobre la base de aquella única página, que consistía en la argumentación racional de Adrian conducente a su suicidio—, el redactor utilizaba la luz en un intento de alcanzar otra mayor.

¿Tiene sentido esto?

Estoy seguro de que los psicólogos han confeccionado en algún lugar un gráfico de la inteligencia en consonancia con la edad. No un gráfico de conocimientos, pragmatismo, aptitudes de organización, un sentido común táctico, esas cosas que, con el paso del tiempo, empañan nuestra comprensión del asunto. Sino un gráfico de inteligencia pura. Y conjeturo que la mayoría de nosotros alcanza el punto más alto entre los dieciséis y los veinticinco años. El fragmento de Adrian me remontó a cómo era él a esa edad. Cuando hablábamos y discutíamos, era como si su intención fuera poner en orden los pensamientos, como si utilizar su cerebro fuese algo tan natural como usar los músculos para un atleta. Y así como los atletas reaccionan muchas veces al lograr la victoria con una curiosa mezcla de orgullo, incredulidad y modestia —Yo he hecho esto, pero ¿cómo lo he hecho? ¿Yo solo? ¿Gracias a los demás? ¿O lo ha hecho Dios por mí?—, así también Adrian te llevaba de viaje por su pensamiento como si él mismo no creyera del todo la facilidad con que viajaba. Había entrado en un estado de gracia, pero que no era excluyente. Te hacía sentirte como si pensaras con él, aunque no dijeras nada. Y fue muy extraño para mí volver a sentir esto, el compañerismo con alguien ya muerto pero aún más inteligente, a pesar de todos los decenios que he vivido más que él.

No sólo inteligencia pura, sino aplicada. Me puse a comparar mi vida con la de Adrian. La capacidad de verse y estudiarse a sí mismo; la capacidad de tomar decisiones morales y actuar de conformidad con ellas; la valentía física y mental de su suicidio. La expresión es «se quitó la vida»; pero Adrian también se ocupó de su vida, tomó las riendas de su vida, la tuvo en sus manos y luego la soltó. ¿Cuántos de nosotros —los que quedamos— podemos decir que hemos hecho lo mismo? Vamos tirando, dejamos que la vida nos acontezca, poco a poco almacenamos un cúmulo de recuerdos. Está la cuestión de la acumulación, pero no en el sentido en que lo empleaba Adrian, sino sólo la simple suma y adición de la vida. Y como ha señalado el poeta, hay una diferencia entre suma y aumento.

¿Ha aumentado mi vida o meramente ha añadido? Ésta es la cuestión que me planteó el fragmento de Adrian. Ha habido suma —y resta— en mi vida, pero ¿cuánta multiplicación? Y esto me producía una sensación de malestar, de desasosiego.

«Así, por ejemplo, si Tony...». Estas palabras tuvieron un sentido local, textual, específico hace cuarenta años; y yo podría en algún momento descubrir que contenían, o conducían a, una reprensión, una crítica de mi antiguo amigo clarividente, introspectivo. Pero por ahora las oía con una referencia más amplia: a la totalidad de mi vida. «Así, por ejemplo, si Tony...». Y en este registro las palabras eran prácticamente completas en sí mismas y no necesitaban ir seguidas de una cláusula principal explicatoria. Sí, en efecto, si Tony hubiera visto más claramente, actuado con mayor decisión, abrazado valores morales más auténticos, si no se hubiera conformado tan fácilmente con una placidez pasiva que primero llamó felicidad y más tarde satisfacción. Si Tony no hubiera sido miedoso, si no hubiera contado con la aprobación de los demás para aprobarse a sí mismo... y así sucesivamente, a través de una sucesión de condicionales que desembocaban en uno definitivo: así, por ejemplo, si Tony no hubiera sido Tony.

Pero Tony era y es Tony, un hombre que hallaba consuelo en su propia terquedad. Cartas a compañías de seguros, e-mails a Verónica. Si vas a andarme jodiendo, yo también voy a joderte. Seguí enviando mensajes más o menos un día sí y otro no, y ahora con una variedad de tonos, desde las exhortaciones jocosas a «¡Haz lo que debes, chica!», hasta preguntas sobre la frase interrumpida de Adrian e interrogatorios sinceros a medias sobre su propia vida. Quería que pensara que yo quizá estuviera esperando cada vez que abría el buzón de entrada; y quería que supiera que aunque eliminara al instante mis mensajes, yo sabría que lo estaba haciendo, y no me sorprendería ni me dolería en absoluto. Y que yo estaba allí, aguardando. «Ti-yi-yi-yime is on my side, yes it is...». No pensaba que la estaba hostigando; sólo reclamaba lo que era mío. Y por fin, una mañana obtuve un resultado.

«Voy a la ciudad mañana, te veré a las tres en mitad del puente Wobbly».

Nunca me habría esperado esto. Creí que todo se haría a distancia, que

sus métodos eran los abogados y el silencio. Quizá hubiese cambiado de idea. O quizá yo me había introducido dentro de su piel. En definitiva, lo había intentado.

El puente Wobbly es el nuevo puente peatonal sobre el Támesis, que une St. Paul con la Tate Modern. Cuando lo inauguraron temblaba un poquito —a causa del viento o de la masa de gente que lo pisaba, o de ambas cosas—, y el ingenio popular inglés se burló debidamente de los arquitectos y los ingenieros por no saber lo que se traían entre manos. A mí me parecía precioso. Me gustaba también cómo se balanceaba. Me parecía que de cuando en cuando tenían que recordarnos la inestabilidad debajo de nuestros pies. Después lo arreglaron y cesó el bamboleo, pero el nombre perduró, al menos por el momento. Me intrigaba la elección de Verónica para nuestro encuentro. También me preguntaba si me haría esperar, y por qué lado llegaría.

Pero ella ya estaba allí. La reconocí desde cierta distancia, su estatura y su porte fueron instantáneamente familiares. Qué extraño que se te quede grabada la imagen del porte de alguien. Y en su caso... ¿cómo decirlo? ¿Se puede adoptar un porte impaciente? No quiero decir que ella diera saltos de un pie al otro, pero una tensión visible indicaba que no quería estar allí.

Consulté mi reloj. Yo llegaba a la hora en punto. Nos miramos.

—Has perdido pelo —dijo ella.

—Sucedé. Al menos demuestra que no soy un alcohólico.

—No he dicho que lo fueras. Vamos a sentarnos en uno de esos bancos.

Se dirigió hacia ellos sin esperar una respuesta. Caminaba deprisa y yo habría tenido que correr unos pasos para ponerme a su altura. No quise darle ese gusto y la seguí unos metros por detrás hasta un banco vacío que miraba al Támesis. No sabría decir en qué fase estaba la marea, porque un viento elástico como una fusta soplaba de costado sobre la superficie del agua. El cielo, arriba, estaba gris. Había pocos turistas; el traqueteo de un patinador pasó por detrás de nosotros.

—¿Por qué la gente piensa que eres un alcohólico?

—No lo piensa.

—Entonces ¿por qué lo has sacado a relucir?

—No lo he hecho. Tú has dicho que había perdido pelo. Y resulta que está comprobado que si bebes mucho, algo que hay en la bebida impide que se te caiga el pelo.

—¿Es verdad eso?

—Bueno, ¿conoces a algún alcohólico calvo?

—Tengo cosas mejores que hacer con mi tiempo.

La miré de reojo y pensé: no has cambiado, pero yo sí. Y sin embargo, extrañamente, estas tácticas de conversación casi me pusieron nostálgico. Casi. Al mismo tiempo pensé: pareces un poquito velluda. Llevaba una falda funcional de tweed y un impermeable azul bastante gastado; el pelo, aun teniendo en cuenta la brisa que venía del río, parecía despeinado. Era igual de largo que cuarenta años antes, pero profusamente veteado de gris. O más bien era gris con vetas del castaño original. Margaret decía que las mujeres cometen a menudo el error de mantener el corte de pelo que adoptaron cuando estaban en su máximo atractivo. Lo mantenían mucho tiempo después de que se hubiera vuelto inadecuado, y todo porque tenían miedo del gran corte. Ciertamente tal parecía ser el caso de Verónica. O quizá le daba lo mismo.

—¿Y? —dijo ella.

—¿Y? —repetí.

—Tú querías que nos viéramos.

—¿Yo?

—¿Quieres decir que no querías?

—Si tú dices que sí, supongo que sí.

—Bueno, ¿sí o no? —preguntó, poniéndose de pie y adoptando un porte, sí, impaciente.

Yo no reaccioné adrede. No le pedí que se sentara ni me puse de pie yo también. Podía marcharse si le apetecía; y lo haría, así que no servía de nada intentar retenerla. Estaba mirando el agua. Tenía tres lunares en un lado del cuello: ¿yo los recordaba o no? De cada uno de ellos emergía ahora un pelo largo, y la luz captaba esos filamentos capilares.

Pues entonces muy bien, nada de palique, de historias ni de nostalgia. Al grano.

—¿Me vas a dar el diario de Adrian?

—No puedo —respondió ella, sin mirarme.

—¿Por qué no?

—Lo he quemado.

Primero robo, después piromanía, pensé, con un acceso de ira. Pero me dije que debía seguir tratándola como a una compañía de seguros. Así que, lo más neutramente posible, me limité a preguntar:

—¿Por qué motivo?

Le dio un tic en la mejilla, pero no supe decir si era por una sonrisa o una mueca.

—No se debe leer los diarios de otra gente.

—Tu madre debió de leerlo. Y también tú, para decidir qué página enviarme. —No hubo respuesta.

Prueba otra táctica.

—A propósito, ¿cómo seguía la frase? Ya sabes cuál: «Así, por ejemplo, si Tony...».

Ella alzó los hombros y frunció el ceño.

—No se debe leer los diarios de otra gente —repitió—. Pero puedes leer esto, si quieres.

Sacó un sobre del bolsillo de su impermeable, me lo entregó y se marchó.

Cuando llegué a casa comprobé los e-mails que había enviado y, por supuesto, nunca le había pedido una cita a Verónica. Bueno, por lo menos no explícitamente.

Recordé mi reacción inicial al ver la expresión «dinero sangriento» en mi pantalla. Me dije: Pero si no han matado a nadie. Yo sólo había pensado en Verónica y en mí. No había tomado en cuenta a Adrian.

Me percaté de otra cosa: había un error, o una anomalía estadística, en la teoría de Margaret sobre la mujer de perfil claro respecto de la misteriosa; o, mejor dicho, en la segunda parte de la misma, la de que a un hombre sólo le atraía una de las dos clases de mujer. A mí me habían atraído tanto Verónica como Margaret.

Recuerdo un período del final de la adolescencia en que mi mente se embriagaba de imágenes intrépidas. Así sería yo de mayor. Iría allí, haría esto, descubriría esto otro, amaría a esa mujer y luego a ella y a ella y a ella. Viviría como viven y habían vivido los personajes de novela. No sabía muy bien quiénes, sino sólo que les esperaban pasión y peligro, éxtasis y desesperación (pero más éxtasis). Sin embargo... ¿quién dijo lo de «la pequeñez de la vida que el arte exagera»? Hubo un momento al final de mis veinte años en que admití que mi intrepidez hacía tiempo que se había agotado. Nunca haría las cosas con las que había soñado en la adolescencia. En vez de eso, segaba el césped, iba de vacaciones, vivía mi vida.

Pero el tiempo..., el tiempo primero nos encalla y después nos confunde. Creíamos ser maduros cuando lo único que hacíamos era estar a salvo. Pensábamos que éramos responsables pero sólo éramos cobardes. Lo que llamábamos realismo resultó ser una manera de evitar las cosas en lugar de afrontarlas. El tiempo..., que nos den tiempo suficiente y nuestras decisiones más sólidas parecerán temblorosas, nuestras certezas fantasiosas.

No abrí el sobre que me dio Verónica hasta día y medio después. Esperé porque sabía que ella contaría con que yo no esperase, con que mi pulgar abriría la solapa antes de que ella se hubiera perdido de vista. Pero yo sabía que era muy improbable que el sobre contuviese lo que yo quería: por ejemplo, la llave de una taquilla en una consigna donde encontraría el diario de Adrian. Al mismo tiempo no me había convencido su frase gazmoña de que no se debe leer los diarios ajenos. La consideraba totalmente capaz de quemarlo para castigarme por antiguos agravios y faltas, pero no en defensa de algún principio apresuradamente establecido de comportamiento correcto.

Me desconcertaba que ella hubiera propuesto un encuentro. ¿Por qué no usar el correo postal y evitar de este modo una entrevista que a todas luces le desagradaba? ¿Por qué aquel cara a cara? ¿Porque tenía curiosidad de posar de nuevo en mí los ojos al cabo de tantos años, aun si al hacerlo se

estremecía? Lo dudo bastante. Recreé los diez minutos aproximados que habíamos pasado en mutua compañía: el lugar, el cambio de lugar, la prisa por marcharse de ambos, lo que se dijo y lo que no se dijo. Al final concebí una teoría. Si ella no necesitaba el encuentro por lo que había hecho —que fue darme el sobre—, lo necesitaba por lo que había dicho. A saber, que había quemado el diario de Adrian. ¿Y por qué tuvo que expresarlo verbalmente junto a la gris orilla del Támesis? Porque podría desmentirlo. No quería la ratificación del e-mail impreso. Si podía afirmar falsamente que era yo el que había pedido una cita, no le supondría un gran esfuerzo negar que alguna vez había reconocido la quema del diario.

Tras haber llegado a esta explicación provisional, aguardé hasta la noche, cené, me serví una copa adicional de vino y me senté con el sobre. En él no estaba escrito mi nombre: ¿quizá otra prueba de que ella podría desmentirlo? Claro que no se lo di. Tampoco nos vimos. Él es sólo una plaga electrónica, un fantasioso, un acosador cibernético calvo.

Pude ver, por la franja de gris tirando a negro alrededor del borde de la primera página, que se trataba de otra fotocopia. ¿Qué manía era aquélla? ¿Nunca manejaba documentos auténticos? Después advertí la fecha en la parte superior y me fijé en la letra: la mía propia, tal como era tantos años antes. «Querido Adrian», comenzaba la carta. La leí entera, me levanté, cogí mi copa de vino, la vertí salpicando dentro de la botella y me preparé un whisky muy generoso.

¿Cuántas veces contamos la historia de nuestra vida? ¿Cuántas veces la adaptamos, la embellecemos, introducimos astutos cortes? Y cuanto más se alarga la vida, menos personas nos rodean para rebatir nuestro relato, para recordarnos que nuestra vida no es nuestra, sino sólo la historia que hemos contado de ella. Contado a otros, pero sobre todo a nosotros mismos.

Querido Adrian o, mejor dicho, queridos Adrian y Verónica (hola, bruja, bienvenida a esta carta):

Bueno, desde luego os merecéis el uno al otro y os deseo mucho placer. Espero que vuestra relación os absorba tanto que el daño mutuo sea

permanente. Espero que lamentéis el día en que os presenté. Y espero que cuando rompáis, lo cual será inevitable —os doy seis meses, que vuestro orgullo compartido ampliará a un año, tanto mejor para joderos, digo yo—, os quede toda una vida de amargura que envenenará vuestras relaciones posteriores. En parte confío en que tengáis un hijo, porque creo mucho en la venganza del tiempo, sí, hasta la generación siguiente y la siguiente. Ver Gran Arte. Pero la venganza debe recaer sobre quien la merece, es decir, sobre vosotros dos (y no sois gran arte, sino un garabato de un dibujante de historietas). De modo que no os lo deseo. Sería injusto infligir a un feto inocente la perspectiva de descubrir que fue el fruto de vuestras entrañas, si me disculpáis la expresión poética. Así que sigue desenrollando el Durex sobre su polla enclenque, Verónica. ¿O quizá todavía no le has dejado ir tan lejos?

De todos modos, basta de cortesías. Sólo tengo unas cuantas cosas que deciros.

Adrian: sabes ya que ella es una calentapollas, por supuesto, aunque supongo que te dijiste a ti mismo que ella estaba librando una lucha con sus principios, en la que tú, como filósofo, emplearás tus células grises para ayudarla a vencer. Si todavía no te ha dejado llegar hasta el final, te sugiero que rompas con ella y la tendrás rondando tu casa con las bragas empapadas y un paquete de tres, ansiosa de ponértelos. Pero lo de calentapollas es también una metáfora: ella manipulará tu ser íntimo mientras te oculta el suyo propio. Dejo a los loqueros el diagnóstico preciso —que podría variar según el día de la semana— y me limito a dejar constancia de su incapacidad para imaginar los sentimientos o la vida emocional ajenos. Hasta su propia madre me puso en guardia contra ella. Si yo fuera tú, hablaría con su madre: pregúntale por abusos hace mucho tiempo. Claro que tendrás que hacerlo a espaldas de Verónica, porque, chico, esa chica es una obsesa del control. Ah, y es también una esnob, como te habrás dado cuenta, que sólo se lió contigo porque pronto ibas a obtener el título de Cambridge. ¿Te acuerdas de cuánto despreciabas al hermano Jack y a sus amigos pijos? ¿Y ahora quieres salir con ellos? Pero no lo olvides: dale tiempo a Verónica y te mirará por encima del hombro, como hace conmigo ahora.

Verónica: interesante, esta carta conjunta. Tu maldad mezclada con tu ñoñería. Todo un matrimonio de talentos. Como tu sentimiento de superioridad social frente al sentimiento de Adrian de superioridad intelectual. Pero no pienses que puedes burlarte de Adrian como (durante un tiempo) te burlaste de mí. Veo tus tácticas: aislarle, apartarle de sus antiguos amigos, hacerle dependiente de ti, etc., etc. Eso podría funcionar a corto plazo. Pero ¿a la larga? Sólo es cuestión de quedarte embarazada antes de que él descubra que eres un plomo. Y aunque le enganches, prepárate para toda una vida en que te corregirán tu lógica, de pedantería en la mesa del desayuno y de bostezos reprimidos ante tus pamplinas. Ahora no puedo hacerte nada, pero el tiempo lo hará. El tiempo dirá. Siempre lo hace.

Felices fiestas y ojalá la lluvia ácida caiga sobre vuestras cabezas unidas y ungidadas.

TONY

Compruebo que el whisky favorece la claridad de pensamiento. Y reduce el dolor. Posee la virtud adicional de emborracharte o, si lo tomas en cantidad suficiente, de emborracharte como una cuba. Releí la carta varias veces. Dificilmente podía negar su autoría o su fealdad. Lo único que podía alegar era que yo había sido su redactor entonces, pero que ahora no lo era. En realidad, no reconocí a la parte de mí mismo de donde procedía la carta. Pero quizá fuese simplemente otro autoengaño.

Al principio pensé sobre todo en mí y en cómo —en lo que— había sido: agresivo, celoso y maligno. También pensé en mi intento de socavar su relación. Al menos fracasé en este propósito, pues la madre de Verónica me había asegurado que los últimos meses de la vida de Adrian fueron felices. No es que esto me saque del aprieto. Mi yo más joven había vuelto para abochornar a mi yo más viejo con lo que aquél había sido, o era, o en ocasiones era capaz de ser. Y sólo recientemente he estado dándole vueltas a eso de que los testigos de nuestra vida disminuyen, y con ellos nuestra ratificación esencial. Ahora tenía una ratificación demasiado ingrata de lo que yo era entonces o había sido. Ojalá fuera este documento el que Verónica

había quemado.

A continuación pensé en ella. No en lo que pudo haber sentido la primera vez que leyó la carta —volveré sobre este punto—, sino en por qué me la había dado. Naturalmente, quería dejar claro que yo era una mierda. Pero decidí que había otro propósito: en vista del callejón sin salida en el que estábamos, era también un movimiento táctico, una advertencia. Si yo intentaba iniciar un pleito por el diario, la carta formaría parte de su defensa. Yo sería el testigo de mi propio personaje.

Después pensé en Adrian. Mi antiguo amigo que se había suicidado. Y la carta fue la última comunicación que había recibido de mí. Un libelo contra su persona y una tentativa de destruir la primera y la última historia amorosa de su vida. Y cuando yo había escrito que el tiempo lo diría, había subestimado o más bien había calculado mal: el tiempo no estaba hablando en contra de ellos, sino en contra mía.

Y por último recordé la postal que le había enviado a Adrian como una respuesta dilatoria a su carta. La falsamente serena en que le decía que no hay problema por mi parte, compadre. La postal era del puente suspendido de Clifton. Desde el cual todos los años una serie de personas salta hacia la muerte.

Al día siguiente, sobrio, pensé otra vez en nosotros tres y en las muchas paradojas del tiempo. Por ejemplo: que cuando somos jóvenes y sensibles, es también cuando somos más hirientes; por el contrario, cuando la sangre empieza a circular más despacio, cuando sentimos las cosas con menor agudeza, cuando estamos más acorazados y hemos aprendido a soportar el daño, pisamos con más cuidado. Hoy día podría intentar ponerme en la piel de Verónica, pero nunca trataría de arrancarle una puñetera capa de piel tras otra.

Retrospectivamente, no fue cruel por su parte avisarme de que eran pareja. Fue sólo el momento en que me avisaron y el hecho de que Verónica parecía haber sido la instigadora. ¿Por qué reaccioné yo con tanta beligerancia? ¿Por orgullo herido, estrés previo a los exámenes, aislamiento?

Excusas, todas ellas. Y no, lo que sentía no era vergüenza ni culpa, sino algo más infrecuente en mi vida y más fuerte: era remordimiento. Un sentimiento que es más complicado, agrio y primigenio. Cuya principal característica es que no tiene remedio: ha transcurrido demasiado tiempo, se ha infligido demasiado daño para que haya enmienda. Aun así, cuarenta años después, mandé a Verónica un e-mail pidiéndole disculpas por mi carta.

Después pensé más en Adrian. Desde el principio él siempre había visto más claro que los demás. Mientras nosotros disfrutábamos de los remansos de la adolescencia, imaginando que nuestro descontento rutinario era una reacción original a la condición humana, Adrian ya miraba más lejos y abarcaba más a su alrededor. Sentía también la vida con mayor claridad, incluso, quizá especialmente, cuando llegó a la conclusión de que no valía la pena. Comparado con él yo siempre había sido un atolondrado, incapaz de aprender gran cosa de las pocas lecciones que me brindaba la vida. En mis propios términos, me contenté con las realidades de la vida y acaté sus necesidades: si esto, entonces esto otro, y así pasaron los años. En los términos de Adrian, yo renuncié a la vida, desistí de estudiarla, la tomé como venía. Y así, por primera vez, empecé a sentir un remordimiento más general —algo entre la compasión y el odio a mí mismo— por toda mi vida. Por toda. Había perdido a los amigos de mi juventud. Había perdido el amor de mi mujer. Había abandonado las ambiciones que tuve. Había querido que la vida no me molestara demasiado, y lo había conseguido; y qué lamentable era.

Una medianía, era lo que había sido desde que dejé el colegio. Una medianía en la universidad y en el trabajo; una medianía en la amistad, la lealtad, el amor; un mediocre, sin duda, en el sexo. Una encuesta entre automovilistas británicos hace unos años mostró que el noventa y cinco por ciento de los encuestados pensaba que eran «mejor que el promedio» de conductores. Pero en virtud de la ley de los promedios la mayoría constituimos forzosamente la media. No es que representara un consuelo. La palabra retumbaba. Medianía en la vida; medianía en la verdad; una medianía moralmente. La primera reacción de Verónica al volver a verme había sido señalar que había perdido pelo. Era lo que menos había perdido.

El e-mail que mandó en respuesta a mis disculpas decía: «No lo

entiendes, ¿verdad? Pero nunca entendiste». Dificilmente podía yo quejarme. Aun cuando me sorprendí deseando patéticamente que ella hubiera empleado mi nombre en una de sus dos frases.

Me pregunté cómo habría conservado en su poder mi carta. ¿Adrian le dejó todas sus cosas en su testamento? Yo ni siquiera sabía si había hecho uno. Quizá él había guardado la carta dentro de su diario y Verónica la encontró allí. No, no era un modo claro de pensar. Si hubiera estado allí, su madre la habría visto, y entonces, evidentemente, no me habría dejado quinientas libras.

Me pregunté por qué Verónica se había molestado en contestar a mi mensaje, dado que fingía despreciarme tanto.

Me pregunté si habría castigado a su hermano Jack por haberme dado su dirección electrónica.

Me pregunté si, tantos años atrás, sus palabras «No está bien» serían una simple gentileza. Quizá no había querido acostarse conmigo porque el contacto sexual que habíamos mantenido durante la época en que lo estaba decidiendo no fue lo bastante placentero. Me pregunté si yo habría sido torpe, avasallador, egoísta. No si: en qué.

Margaret me escuchó sentada mientras yo despachaba la quiche y la ensalada, después la *panna cotta* con coulis de fruta, y le contaba mi contacto con Jack, lo de la página del diario de Adrian, el encuentro en el puente, el contenido de mi carta y mis remordimientos. Ella posó la taza de café en el platillo con un ligero clic.

—No sigues enamorado de la Bizcocho.

—No, no lo creo.

—Tony, no era una pregunta. Era una afirmación.

La miré con afecto desde mi lado de la mesa. Me conocía mejor que nadie en el mundo. Y aun así quería comer conmigo. Y me dejaba hablar sin parar de mí mismo. Le sonreí, de un modo que sin duda ella también conocía demasiado bien.

—Uno de estos días te sorprenderé —dije.

—Todavía lo haces. Hoy me has sorprendido.

—Sí, pero quiero sorprenderte de una forma que mejore y no empeore tu opinión de mí.

—No pienso peor de ti. Ni siquiera pienso peor de la Bizcocho, aunque reconozco que mi aprecio por ella ha estado siempre por debajo del nivel del mar.

Margaret no practica el triunfalismo; también sabía que no debía puntualizar que yo no había seguido su consejo. Creo que le gusta mucho prestar un oído comprensivo, y que también le gusta que le recuerden por qué se alegra de no estar ya casada conmigo. No lo digo con mala leche. Pienso que es verdad.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Siempre lo haces —contestó.

—¿Me dejaste por mi culpa?

—No —dijo ella—. Te dejé por nosotros.

Susie y yo nos llevamos bien, como tengo tendencia a repetir. Y esto servirá como una declaración que de buena gana haría bajo juramento ante un tribunal. Tiene treinta y tres, quizá treinta y cuatro años. Sí, treinta y cuatro. No hemos tenido ninguna pelotera desde que me senté en la primera fila de una sala municipal con paneles de roble y cumplí mi función de testigo. Recuerdo que entonces pensé que la estaba despidiendo; o, para ser más exacto, que me estaba despidiendo yo. Cumplido mi deber, la hija única fue acompañada sana y salva al puerto temporal del matrimonio. Ahora lo único que te queda por hacer es no padecer alzhéimer y acordarte de dejarle todo el dinero que tengas. Y podrías intentar superar a tus padres y morirte cuando el dinero le sea realmente útil. Estaría bien para empezar.

Si Margaret y yo hubiéramos seguido juntos, diría que me habrían permitido ser un abuelo más chocho. No es sorprendente que Margaret le haya sido más útil. Susie no quería dejar a los niños conmigo porque no creía que fuese capaz de ocuparme de ellos, a pesar de todos los pañales que he cambiado y demás. «Podrás llevar a Lucas al fútbol cuando sea más mayor»,

me dijo una vez. Ah, el abuelo legañoso en las gradas introduciendo al chico en los misterios del fútbol: cómo aborrecer a la gente que lleva camisetas de colores distintos, cómo fingir una herida, cómo sonarte los mocos en el terreno de juego... Mira, hijo, aprietas fuerte sobre una ventanilla para cerrarla y haces fuerza para que el gusano verde salga disparado por la otra. Cómo ser vanidoso y ganar una fortuna y que tus mejores años queden a tu espalda antes incluso de que sepas de qué va la vida. Oh, sí, estoy deseando llevar a Lucas al campo de fútbol.

Pero Susie no se da cuenta de que no me gusta el juego; o de que me disgusta en lo que se ha convertido. Susie es práctica en sus emociones, vaya si lo es. Lo ha heredado de su madre. Así que mis emociones de ahora no le interesan. Prefiere presuponer que tengo determinados sentimientos y actuar de acuerdo con esa presunción. A cierto nivel, me culpa del divorcio. Como en éste: puesto que su madre se ocupó de todo, obviamente toda la culpa era del padre.

¿Se desarrolla el carácter a lo largo del tiempo? En las novelas por supuesto que sí: de lo contrario no quedaría mucha historia. Pero ¿en la vida? A veces me lo pregunto. Nuestras actitudes y opiniones cambian, desarrollamos costumbres y excentricidades nuevas; pero es algo diferente, es más como una decoración. Quizá el carácter se asemeja a la inteligencia, salvo en que el carácter llega a su apogeo un poco más tarde: entre los veinte y los treinta, pongamos. Y a partir de entonces nos atenemos a lo que tenemos. Estamos solos. De ser así, explicaría cantidad de vidas, ¿no? Y también —si la palabra no es demasiado ampulosa— nuestra tragedia.

«La cuestión de la acumulación», había escrito Adrian. Apuestas dinero a un caballo que gana e inviertes tus ganancias en el caballo siguiente de la siguiente carrera, y así sucesivamente. Tus ganancias se acumulan. ¿También tus pérdidas? No en el hipódromo; allí, sólo pierdes tu apuesta original. Pero ¿en la vida? Aquí quizá rigen normas distintas. Apuestas por una relación y

fracasa; inicias una nueva y también fracasa: y quizá lo que pierdes no sean dos simples adiciones menos, sino el múltiplo de lo que has apostado. Es la impresión que da, de todos modos. La vida no es sólo una suma y resta. Es también la acumulación, la multiplicación de pérdidas, de fracasos.

El fragmento de Adrian también se refiere a la cuestión de la responsabilidad: si existe una cadena o si extraemos el concepto de un modo más restrictivo. Yo estoy a favor de esta última hipótesis. Lo siento, no, no podemos culpar a nuestros padres muertos, o a tener hermanos y hermanas o a no tenerlos, o a los genes, o a la sociedad, o a lo que sea; no en circunstancias normales. Empecemos a partir de la idea de que la propia es la única responsabilidad, a no ser que exista una poderosa evidencia de lo contrario. Adrian era mucho más inteligente que yo: utilizaba la lógica donde yo utilizo el sentido común, pero creo que los dos llegamos más o menos a la misma conclusión.

No es que yo comprenda todo lo que escribió. Miro fijamente esas ecuaciones de su diario sin que me esclarezcan mucho. Pero es que nunca he sido muy bueno para las matemáticas.

No envidio a Adrian su muerte, pero sí la claridad de su vida. No sólo porque vio, pensó, sintió y actuó más claramente que el resto de nosotros; sino también por cuándo murió. No me refiero a nada de esa patraña de la Primera Guerra Mundial: «Muerto en la flor de la juventud» —una frase trillada también por el director de nuestro colegio en la época del suicidio de Robson—, y «No envejecerán como nosotros, que nos haremos viejos». A la mayoría de nosotros no nos ha importado envejecer. Es siempre mejor que la otra alternativa, a mi entender. No, me refiero a lo siguiente: cuando tienes veinte años, aunque estés confuso e inseguro respecto a tus ambiciones y propósitos, tienes un sentido intenso de lo que es la vida y de lo que eres en la vida, y de lo que podría depararte. Más tarde... más tarde aumenta la incertidumbre, hay más solapamientos, más rebobinados, más recuerdos falsos. En aquel tiempo recordabas la integridad de tu corta existencia. Más tarde, la memoria se convierte en un ovillo de hebras y remiendos. Es un

poco como la caja negra que llevan los aviones para registrar lo sucedido en un accidente aéreo. Si no hay ningún percance, la cinta se borra sola. Por tanto, si te estrellas, es obvio el porqué; si no hay accidente, el registro del vuelo es mucho menos claro.

O, por decirlo de otro modo: alguien dijo una vez que sus momentos predilectos de la historia eran cuando las cosas se estaban derrumbando, porque eso significaba que algo nuevo estaba naciendo. ¿Esto tiene validez si lo aplicamos a nuestra vida individual? ¿Morir cuando algo nuevo está naciendo, aunque lo nuevo sea nuestro propio yo? Porque la madurez decepciona, del mismo modo que tarde o temprano decepcionan todos los cambios políticos e históricos. Lo mismo que la vida. A veces pienso que el sentido de la vida es menoscabarnos para que nos reconciliemos con su pérdida final, demostrando, por mucho tiempo que tarde, que la vida no es tan buena como la pintan.

Imaginen que alguien, a altas horas de la noche, un poco borracho, escribe una carta a una antigua novia. Pone la dirección en el sobre, pega un sello, busca el abrigo, va andando hasta el buzón, echa dentro la carta, vuelve a casa y se acuesta. Lo más probable es que omita hacer esto último, ¿verdad? Dejaría la carta para echarla al día siguiente. Y entonces es muy posible que se lo piense dos veces. Así que hay mucho que decir en favor del correo electrónico, de su espontaneidad, su inmediatez, su sinceridad, hasta de sus pifias. Mi pensamiento —si no es una palabra demasiado grandiosa en este caso— discurría así: ¿por qué confiar en la palabra de Margaret? Ni siquiera estaba allí, y sólo puede tener prejuicios. Así que envié un e-mail a Verónica. Puse en el asunto: «Pregunta» y le pregunté: «¿Crees que yo estaba enamorado de ti en aquel entonces?». Lo firmé con mis iniciales y pulsé enviar antes de que pudiera cambiar de opinión.

Lo que menos me esperaba era una respuesta al día siguiente. Esta vez ella no había borrado mi asunto. Su respuesta era: «Si necesitas hacerte la pregunta, entonces la respuesta es no. V».

Quizá indique algo de mi estado de ánimo el que esta respuesta me

pareciera normal; es más, alentadora.

Quizá indique algo distinto que mi reacción fuese telefonar a Margaret y contarle lo de este intercambio epistolar. Tras un silencio, mi ex dijo en voz baja: «Tony, ahora estás solo».

Se puede expresar de otra manera, por supuesto; siempre se puede. Así, por ejemplo, está la cuestión del desprecio y tu reacción a él. El hermano Jack me lanza un guiño altanero y cuarenta años después yo me sirvo del mucho o poco encanto que tengo —no, no exageremos: me sirvo de una determinada cortesía falsa— para sacarle información. Y luego, instantáneamente, le traiciono. Mi desprecio en respuesta al tuyo. Aun en el caso de que, como reconozco ahora, lo que en realidad él sentía por mí en aquel tiempo quizá fuese únicamente un divertido desinterés. Éste es el último pretendiente de mi hermana; bueno, hubo otro antes de él y seguro que pronto habrá otro. No hace falta examinar muy de cerca a este espécimen pasajero. Pero yo —yo— lo consideré un desprecio entonces, lo recordaba como tal y le pagué con la misma moneda.

Y tal vez con Verónica intentaba algo más: no devolverle el desprecio, sino superarlo. Es fácil ver el atractivo de esto. Porque releer aquella carta mía, advertir su aspereza y su agresividad, me produjo un impacto profundo e íntimo. Si ella no había sentido antes menosprecio por mí, tuvo que sentirlo después de que Adrian le mostrase mi carta. Y tuvo también que cargar con este rencor a lo largo de los años, y utilizarlo para justificar la retención y hasta la destrucción del diario de Adrian.

Estaba diciendo, confidencialmente, que la principal característica del remordimiento es que no tiene remedio: que ha pasado el tiempo de las disculpas o enmiendas. Pero ¿y si me equivoco? ¿Y si de alguna manera se puede hacer que el remordimiento fluya hacia atrás y se transmute en simple culpa y después se disculpe y finalmente se perdone? ¿Y si puedes demostrar que no eras el mal chico que ella pensó que eras, y está dispuesta a aceptar la prueba que aportas?

O quizá mi motivo provenía de una dirección totalmente opuesta y no se

refería al pasado sino al futuro. Como la mayoría de la gente, tengo supersticiones vinculadas con la realización de un viaje. Por más que sepamos que volar es estadísticamente más seguro que ir andando hasta la vuelta de la esquina, antes de partir hago cosas como pagar facturas, poner al día la correspondencia, telefonar a alguien cercano.

—Susie, me voy mañana.

—Sí, ya lo sé, papá. Me lo dijiste.

—¿Sí?

—Sí.

—Bueno, llamo sólo para despedirme.

—Perdona, papá, los niños están armando ruido. ¿Qué decías?

—Oh, nada, díles que les quiero.

Lo haces por ti, desde luego. Quieres dejar ese último recuerdo, y que sea agradable. Quieres que piensen bien de ti, por si acaso resulta que tu avión es el único menos seguro que ir andando hasta la vuelta de la esquina.

Y si te comportas así antes de una tregua de cinco noches de invierno en Mallorca, ¿por qué no debería haber un proceso más amplio que se inicia hacia el final de la vida, cuando se avecina ese viaje definitivo: el paso mecanizado a través de las cortinas del crematorio? No penséis mal de mí, guardad un buen recuerdo. Decid a la gente que me teníais afecto, que me amabais, que no era un mal tipo. Aun en el caso, quizá, de que no fuese cierto.

Abrí un viejo álbum de fotos y miré la instantánea que ella me pidió que sacara en Trafalgar Square. «Una con tus amigos». Alex y Colin ponen caras bastante exageradas de esto-es-para-el recuerdo-histórico, Adrian parece normalmente serio, mientras que Verónica —algo en lo que nunca me había fijado— se vuelve ligeramente hacia él. No mira a Adrian, pero tampoco mira a la cámara. En otras palabras, no me mira a mí. Tuve celos aquel día. Había querido presentarla a mis amigos, que a ella le gustaran y que a ellos les gustara ella, aunque, por descontado, no más de lo que yo les gustaba a ellos. Lo cual podría haber sido una expectativa juvenil y asimismo poco realista.

De modo que me irrité cuando ella empezó a hacer preguntas a Adrian; y cuando más tarde, en el bar del hotel, Adrian había echado pestes del hermano Jack y sus compinches, me sentí mejor inmediatamente.

Pensé por un momento en rastrear la pista de Alex y Colin. Me imaginé consultando sus recuerdos y su corroboración. Pero fueron meros comparsas en esta historia; no esperaba que sus recuerdos fueran mejores que los míos. ¿Y si su ratificación no resultaba nada útil? Verás, Tony, supongo que no te hará daño decirte la verdad al cabo de todos estos años, pero Adrian fue siempre muy hiriente respecto a ti a tus espaldas. Oh, qué interesante. Sí, los dos lo notamos. Decía que no eras tan majo ni tan inteligente como te creías. Ya veo; ¿algo más? Sí, decía que lo de dar por sentado que te considerabas su amigo íntimo —más amigo, en todo caso, que nosotros dos— era absurdo e incomprensible. Bien, ¿eso es todo? Aún no: todo el mundo veía que aquella chica que no recuerdo cómo se llamaba te estaba dando esperanzas hasta que se presentase algo mejor. ¿No te diste cuenta de cómo coqueteaba con Adrian el día en que estuvimos todos juntos? A nosotros dos nos chocó bastante. Prácticamente ella le estaba metiendo la lengua en la oreja.

No, no me servirían para nada. Y la señora Ford había muerto. Y el hermano Jack estaba fuera de escena. El único testigo posible, el único ratificador, era Verónica.

He dicho que quería introducirme dentro de su piel, ¿no? Es una expresión extraña, que siempre me hace pensar en la manera en que Margaret asa un pollo. Afloja con suavidad la piel de la pechuga y los muslos y luego desliza debajo mantequilla y hierbas. Estragón, probablemente. Quizá también un poco de ajo, no estoy seguro. Yo nunca lo he intentado, ni entonces ni después; mis dedos son demasiado torpes, y me figuro que le desgarrarían la piel.

Margaret me habló de una receta francesa aún más fantasiosa para asar un pollo. Le metes rebanadas de trufas negras debajo del pellejo, ¿y saben cómo lo llaman? Pollo al medio luto. Supongo que la receta data de la época en que la gente sólo vestía de negro durante unos meses, de gris durante otros pocos

y sólo lentamente volvían a ponerse los colores de la vida. Completo, medio, un cuarto de luto. No sé si eran éstos los términos, pero sí que las gradaciones de la ropa estaban totalmente establecidas. Hoy día, ¿cuánto tiempo guarda luto la gente? Medio día en la mayoría de los casos, el tiempo justo para el entierro o la incineración y las bebidas de después.

Perdón, estoy perdiendo el hilo. Quería meterme debajo de su piel, es lo que he dicho, ¿no? ¿He dicho lo que pensaba que entendía por esto, u otra cosa? *I've Got You Under My Skin...* es una canción de amor, ¿no?

No quiero en absoluto echarle la culpa a Margaret. Ni lo más mínimo. Pero, para decirlo simplemente, si yo estaba solo, ¿a quién tenía? Dudé varios días antes de enviar otro e-mail a Verónica. En él le preguntaba por sus padres. ¿Su padre vivía todavía? ¿El fin de su madre había sido digno? Añadía que, a pesar de que sólo les había visto una vez, guardaba un buen recuerdo de ellos. Bueno, esto era verdad al cincuenta por ciento. En realidad no entendía por qué le preguntaba estas cosas. Supongo que quería hacer algo normal, o al menos fingir que era normal algo que no lo era. Cuando eres joven —cuando yo era joven— quieres que tus emociones sean como las que se contaban en los libros. Quieres que te trastoken la vida, que creen y definan una realidad nueva. Más tarde, creo, quieres de ellas algo más tenue, más práctico: quieres que sostengan tu vida tal como es y ha llegado a ser. Quieres que te digan que las cosas están bien. ¿Y qué hay de malo en eso?

La respuesta de Verónica fue una sorpresa y un alivio. No calificaba de impertinentes mis preguntas. Era casi como si le complaciera que yo las hiciese. Hacía más de treinta y cinco años que había muerto su padre. Su alcoholismo había ido empeorando; el resultado había sido cáncer de esófago. Hice una pausa al saber esto y me sentí culpable de que mis primeras palabras a Verónica cuando nos encontramos en el puente Wobbly hubieran sido una frivolidad sobre los alcohólicos calvos.

Después de su muerte la madre había vendido la casa de Chislehurst y se había mudado a Londres. Daba clases de arte, empezó a fumar y admitió a inquilinos, aunque el marido la había dejado en una situación desahogada. Se

había mantenido saludable hasta hacía aproximadamente un año, cuando empezó a fallarle la memoria. Sospecharon que había sufrido un pequeño ataque. Después comenzó a poner el té en la nevera y los huevos en la panera, ese tipo de cosas. Una vez estuvo a punto de prender fuego a la casa porque se dejó olvidado un cigarrillo encendido. Se mantuvo alegre todo el tiempo, hasta que de repente empezó la cuesta abajo. Los últimos meses habían sido una lucha, y no, su final no había sido dulce, pero había supuesto una bendición.

Releí el e-mail varias veces. Buscaba trampas, ambigüedades, insultos implícitos. No había ninguno, a no ser que su propia franqueza fuese en sí misma una trampa. Era una historia corriente, triste —demasiado conocida— y contada con sencillez.

Cuando empiezas a olvidar cosas —no me refiero al alzhéimer, sino sólo a la previsible consecuencia de envejecer—, hay varias formas de reaccionar. Puedes empeñarte en obligar a la memoria a que revele el nombre de aquel conocido, aquella flor, estación de tren, astronauta... O admites el fracaso y tomas medidas prácticas como consultar internet o libros de referencia. O puedes desistir —olvidar lo de recordar— y a veces descubres que el hecho extraviado aflora una hora o un día después, a menudo durante una de esas largas noches de vigilia que impone la edad. Bueno, todos los que olvidamos cosas aprendemos esto.

Pero también aprendemos otra cosa: que al cerebro no le gusta que lo encasillen. Justo cuando crees que todo es cuestión de disminución, de restas y divisiones, tu cerebro, tu memoria pueden sorprenderte. Como si te estuviera diciendo: no pienses que puedes confiar en un proceso clemente de declive gradual; la vida es mucho más complicada. Y así el cerebro te ofrecerá retazos de vez en cuando, y hasta deshace esos conocidos atascos de la memoria. Para mi consternación, es lo que descubrí que me estaba sucediendo ahora. Empecé a recordar, sin ningún orden particular o un sentido de trascendencia, detalles largo tiempo sepultados de aquel lejano fin de semana con la familia Ford. Mi habitación del desván tenía vistas a unos

tejados y, más allá, a un bosque; oía un reloj de pared que en el piso de abajo daba la hora con un retraso de cinco minutos exactos. La señora Ford tiró el huevo frito roto en el cubo de la basura con una expresión preocupada, por él, no por mí. Su marido intentó que yo bebiera un brandy después de la cena, y cuando dije que no, me preguntó si yo era un hombre o un ratón. El hermano Jack se dirigía a la señora Ford como «la madre», como cuando dijo: «¿Cuándo cree la madre que estará el pienso para las tropas famélicas?». Y la segunda noche Verónica hizo algo más que acompañarme arriba. Dijo: «Voy a acompañar a Tony a su habitación», y me cogió de la mano en presencia de toda la familia. El hermano Jack dijo: «¿Y qué piensa la madre de esto?». Pero la madre se limitó a sonreír. Mi despedida de la familia aquella noche fue apresurada porque noté que se avecinaba una erección. Subimos despacio a mi dormitorio y allí Verónica me recostó contra la puerta, me besó en la boca y me dijo al oído: «Duerme el sueño de los malos». Y ahora recuerdo que aproximadamente cuarenta segundos después me hice una paja en el pequeño lavabo y enjuagué el esperma, que cayó por las cañerías de la casa.

Tuve el capricho de ver en Google la reseña sobre Chislehurst. Y descubrí que nunca había habido una iglesia de St. Michael en la ciudad. O sea que la visita guiada que el padre nos hizo al volante debió de ser inventada, alguna broma suya o una forma de tomarme el pelo. Dudo mucho también de que existiera un Café Royal. Luego miré Google Earth, bajando y ampliando el mapa de la localidad. Pero al parecer ya no existía la casa que estaba buscando.

La otra noche me concedí otra bebida, encendí el ordenador y cliqué en la única Verónica de mi libreta de direcciones. Le propuse que volviéramos a vernos. Me disculpé por lo que pudiera haber hecho la vez anterior para que el encuentro resultara incómodo. Le prometí que no quería hablarle del testamento de su madre. Lo cual también era cierto, aunque hasta que escribí esta frase no caí en la cuenta de que apenas había pensado en el diario de Adrian durante varios días.

«¿Se trata de cerrar el círculo?», me respondió ella.

«No lo sé —contesté—. Pero no es nada malo, ¿no?».

No respondió a esta pregunta, pero entonces no me percaté o me dio igual.

No sé por qué, pero una parte de mí pensó que me propondría un nuevo encuentro en el puente. O allí o en algún sitio acogedor y halagadoramente personal: un pub olvidado, un comedor tranquilo, incluso el bar del hotel Charing Cross. Ella optó por la *brasserie* en la tercera planta de John Lewis, en Oxford Street.

En realidad, el lugar tenía un lado conveniente: yo necesitaba unos metros de cuerda para una persiana, un producto para quitar el sarro de una tetera y un paquete de esos parches que se planchan por dentro de los pantalones cuando se desgasta la rodilla. Hoy día es difícil encontrar estos artículos en las tiendas: donde yo vivo, hace mucho que la mayoría de esos pequeños y útiles negocios se han convertido en cafés o inmobiliarias.

En el tren al centro había una chica sentada enfrente de mí, con auriculares en los oídos y los ojos cerrados, impermeable al mundo exterior, que movía la cabeza al compás de una música que sólo ella oía. Y de pronto me vino a la memoria un recuerdo completo: de Verónica bailando. Sí, no bailaba —lo he dicho anteriormente—, pero hubo una noche en mi cuarto en que se puso traviesa y empezó a sacar todos mis discos pop.

—Pon uno para que te vea bailar —dijo.

Sacudí la cabeza.

—Hacen falta dos para bailar.

—Vale, tú me enseñas y yo te sigo.

Así que inserté en el eje del tocadiscos automático varios discos de 45 revoluciones, me acerqué a ella, agité los hombros para sacudir el esqueleto, entorné los ojos, como para respetar su intimidad, y me puse en acción. Un comportamiento básico, típico de la época, de alarde masculino, resueltamente individualista al mismo tiempo que, en realidad, se basaba en una imitación estricta de las normas imperantes: los meneos de cabeza y los brincos de los pies, los giros de los hombros y los avances de la pelvis, con el elemento extra de los brazos levantados en un trance y ocasionales gruñidos. Al cabo de un rato, abrí los ojos, esperando verla todavía sentada en el suelo

y riéndose de mí. Pero ahí estaba dando saltos por el cuarto de una manera que me indujo a sospechar que había ido a clases de ballet, con todo el pelo tapándole la cara y las pantorrillas tensas en pleno pavoneo. La observé un momento, sin saber si me estaba parodiando o si de verdad lo estaba pasando en grande al ritmo de los Moody Blues. Lo cierto es que no me importó; yo estaba disfrutando y pensaba que había logrado una pequeña victoria. La cosa siguió así durante un rato; después me acerqué a ella mientras *From a Jack to a King*, de Ned Miller cedía el paso a Bob Lind cantando *Elusive Butterfly*. Pero ella no se dio cuenta y, al volverse, chocó conmigo y casi perdió el equilibrio. La agarré y la estreché.

—Ya ves que no es tan difícil.

—Oh, nunca he pensado que fuera difícil —contestó ella—. Bueno. Sí. Gracias —dijo formalmente, y luego fue a sentarse—. Tú sigue, si quieres. Yo estoy cansada.

Pero había bailado.

Hice las compras en las secciones de mercería, de cocina y de cortinas y luego fui a la brasserie. Llegué con diez minutos de adelanto, pero por supuesto Verónica ya estaba allí, cabizbaja, leyendo, segura de que la vería. Cuando deposité mis bolsas, alzó la vista y esbozó una media sonrisa. Pensé: al fin y al cabo no pareces tan salvaje y velluda.

—Sigo calvo —dije.

Ella mantuvo un cuarto de su sonrisa.

—¿Qué estás leyendo?

Volvió hacia mí la tapa del libro en rústica. Era algo de Stefan Zweig.

—Veo que finalmente has llegado al final del alfabeto. Después de él no queda nadie más.

¿Por qué de pronto me puse nervioso? Hablaba otra vez como un veinteañero. Además, yo no había leído nada de Stefan Zweig.

—Yo comeré pasta —dijo ella.

Bueno, al menos eso no fue un desaire.

Ella siguió leyendo mientras yo examinaba el menú. La mesa daba a un

entramado de escaleras mecánicas. Gente que subía, gente que bajaba; todo el mundo compraba algo.

—En el tren me he acordado de cuando bailaste. En mi habitación. En Bristol.

Esperaba que ella me contradijera o que se ofendiese por algún motivo indescifrable. Pero sólo dijo:

—No sé por qué te has acordado de eso.

Y gracias a este momento de ratificación empecé a sentir que recuperaba el aplomo. Esta vez ella llevaba una ropa más elegante; tenía el pelo arreglado y parecía menos gris. De alguna manera se las arregló para tener un aspecto —a mi juicio— a la vez veinteaño y sesentón.

—Y bien —dije—, ¿cómo te han ido los últimos cuarenta años?

Ella me miró.

—Tú primero.

Le conté la historia de mi vida. La versión que me cuento a mí mismo, la crónica que se sostiene. Ella me preguntó por «aquellos dos amigos tuyos que una vez me presentaste», sin, por lo visto, poder llamarlos por su nombre. Le dije que había perdido el contacto con Colin y Alex. Después le hablé de Margaret, de Susie y de mi condición de abuelo, mientras en mi cabeza resonaba el susurro de Margaret diciendo: «¿Cómo es la Bizcocho?». Le hablé de mi vida laboral, de mi jubilación, de que me mantenía activo y de las vacaciones que tomaba en invierno; este año, para variar, estaba pensando en ir a San Petersburgo con nieve... Procuré parecer conforme con mi vida, pero no satisfecho. Estaba en la mitad de la descripción de mis nietos cuando ella levantó la vista, se bebió el café de un sorbo, dejó algún dinero en la mesa y se levantó. Yo empezaba a recoger mis cosas cuando ella dijo:

—No, tú quédate y acaba.

Yo estaba decidido a no hacer nada que pudiera ofenderla, y volví a sentarme.

—Bueno, la próxima vez te toca a ti —dije.

Me refería a su vida.

—¿Me toca qué? —preguntó ella, pero se marchó sin darme tiempo a contestarle.

Sí, yo sabía lo que ella había hecho. Se las había ingeniado para pasar una hora conmigo sin revelar ni un solo dato de sí misma, y no digamos algún secreto. Dónde vivía y cómo, si vivía con alguien o si tenía hijos. En el dedo de la alianza llevaba un anillo rojo de cristal, tan enigmático como todo lo suyo.

Pero no me importó; de hecho, reaccioné como si hubiera tenido mi primera cita con alguien y hubiese conseguido no hacer nada catastrófico. Pero no fue así en absoluto, por supuesto. Después de una primera cita no te sientas en un tren y ves que te inunda la cabeza la verdad olvidada de tu vida sexual compartida de cuarenta años antes. Lo mucho que nos habíamos atraído; lo liviana que ella parecía encima de mis rodillas; lo excitante que siempre era todo; que si bien no practicábamos «sexo integral», había, de todas formas, todos los elementos del mismo: la lujuria, la ternura, la sinceridad, la confianza. Y que en parte a mí me había dado igual «no ir hasta el final», me daban igual las secuencias de pajas apocalípticas después de haberla acompañado a su casa, me daba lo mismo acostarme en mi cama individual sin más compañía que mis recuerdos y una erección que renacía velozmente. Por descontado, esta aceptación de tener menos de lo que otros tenían también se debía al miedo: miedo al embarazo, miedo a hacer o decir algo incorrecto, miedo a una intimidad abrumadora que yo no podía manejar.

La semana siguiente fue muy tranquila. Cambié la cuerda de la persiana, quité el sarro a la tetera, remendé el descosido en un par de vaqueros viejos. Susie no llamó. Margaret, como ya sabía, guardaría silencio hasta —y a no ser— que yo me pusiera en contacto con ella. Y además, ¿qué esperaba? ¿Una disculpa, que me arrodillara ante ella? No, ella no era punitiva; siempre había aceptado una sonrisita compungida por mi parte reconociendo que ella era más inteligente. Pero esta vez quizá no fuera el caso. De hecho, quizá no viera a Margaret durante una temporada. En parte, a distancia, calladamente, me sentía mal respecto a ella. Al principio no lograba entenderlo: era ella la que me había dicho que ahora yo estaba solo. Pero entonces me asaltó un recuerdo de largo tiempo atrás, de los primeros años de nuestro matrimonio.

Un compañero de trabajo dio una fiesta y me invitó; Margaret no quiso venir. Flirteé con una chica y ella me correspondió. Bueno, un poco más que corresponder —aunque todavía bastante por debajo incluso del infrasexo—, pero en cuanto estuve sobrio puse punto final. Me quedó, no obstante, un sentimiento de emoción y culpa en proporciones iguales. Y comprendí que ahora sentía de nuevo algo similar. Me costó algún tiempo aclarar esto. Al final me dije: vale, o sea que te sientes culpable con respecto a tu ex mujer, de la que te divorciaste hace veinte años, y emocionado con una antigua amiga a la que no has visto en cuarenta años. ¿Quién decía que no quedaban sorpresas en la vida?

No quería presionar a Verónica. Pensé en esperar a que la próxima vez me contactara ella. Miraba mi buzón de entrada con excesiva frecuencia. Naturalmente, no esperaba una gran efusión, pero sí, quizá, un educado mensaje de que había sido agradable verme como es debido al cabo de tantos años.

Bueno, quizá no lo había sido. Quizá ella se había ido de viaje. Quizá su servidor estaba desconectado.

¿Quién dijo lo de la esperanza eterna del corazón humano? ¿Saben lo de esas historias que surgen de vez en cuando sobre lo que los periódicos llaman «el amor tardío»? ¿Que suelen ser sobre un vejete y una vieja en una residencia de la tercera edad? ¿En que los dos son viudos y sonríen a través de sus dentaduras postizas mientras enlazan sus artríticas manos? Muchas veces hablan todavía el lenguaje presuntamente inapropiado del joven amor. «Nada más verle supe que me estaba destinado/a»: ese tipo de frases. Una parte de mí siempre se conmueve y quiere alegrarse; pero otra desconfía y se queda perpleja. ¿Por qué pasar otra vez por todo eso? ¿No conocen el refrán: el gato escaldado huye del agua? Pero ahora me encuentro sublevado contra mi propio... ¿qué? ¿Convencionalismo, falta de imaginación, previsión de desengaño? Además, pensé, aún conservo los dientes.

Aquella noche fuimos en grupo a ver el Severn Bore en Minsterworth. Verónica había estado a mi lado. Mi cerebro debe de haberlo borrado del recuerdo, pero ahora lo sé con certeza. Ella estuvo allí conmigo. Nos sentamos sobre una manta húmeda en una orilla húmeda cogidos de la mano;

ella había llevado un termo de chocolate caliente. Días de inocencia. La luz de la luna captó el rompiente de la ola que se aproximaba. Los demás armaron un jolgorio cuando llegó y se marcharon gritando detrás de ella, corriendo en la noche con linternas dispersas que se entrecruzaban. Solos, ella y yo hablamos de que a veces sucedían cosas imposibles, cosas que no creerías si no las hubieras presenciado tú mismo. Nuestro estado de ánimo, más que extático, era pensativo, incluso sombrío.

Por lo menos es como lo recuerdo ahora. Aunque si compareciese ante un tribunal, dudo de que saliera muy airoso del interrogatorio. «Y sin embargo ¿afirma que ha reprimido ese recuerdo durante cuarenta años?». «Sí». «¿Y que sólo ha resurgido recientemente?». «Sí». «¿Puede explicar por qué ha resurgido?». «No, la verdad». «Entonces permítame decirle, señor Webster, que este supuesto incidente es un puro producto de su imaginación, elaborado para justificar cierto cariño romántico que parece haber alimentado hacia mi clienta, una presunción que el tribunal debería saber que mi clienta considera totalmente repugnante». «Sí, quizá. Pero...». «Pero ¿qué, señor Webster?». «Pero no amamos a muchas personas en esta vida. ¿A una, dos, tres? Y a veces no nos damos cuenta hasta que es demasiado tarde. Salvo que no necesariamente es demasiado tarde. ¿Ha leído la historia de amor tardío de unos ancianos en una residencia de Barnstaple?». «Oh, por favor, señor Webster, ahórrenos sus elucubraciones sentimentales. Esto es un tribunal, que se ocupa de hechos. ¿Cuáles son los hechos concretos en este caso?».

Sólo pude responder que creo —teorizo— que algo —otra cosa— le sucede a la memoria en el curso de los años. Durante años sobrevives con los mismos circuitos, los mismos hechos y las mismas emociones. Aprieto un botón en el que pone Adrian o Verónica, la cinta gira, se desenrolla el carrete habitual. Los sucesos reafirman las emociones —rencor, una sensación de injusticia, alivio— y viceversa. No parece haber manera de acceder a algo distinto; el caso está cerrado. Que es el motivo de que busques corroboración, aunque resulte contradictorio. Pero ¿y si cambian, incluso en una fase tardía, tus emociones relacionadas con esos sucesos y personas de hace tantos años? Aquella fea carta que envié me produjo remordimientos. Las noticias de Verónica sobre la muerte de sus padres —sí, también la de su padre— me

habían conmovido más de lo que hubiera creído posible. Sentí una nueva simpatía por ellos... y por ella. Luego, no mucho después, empecé a recordar cosas olvidadas. No sé si hay una explicación científica de esto: algo relacionado con nuevos estados afectivos que reabren caminos neuronales obstruidos. Lo único que puedo decir es que sucedió y que me dejó asombrado.

Así que de todos modos —y con independencia del abogado en mi mente — mandé un e-mail a Verónica y le propuse un nuevo encuentro. Me disculpé por haber acaparado casi toda la conversación. Quería saber más de su vida y su familia. Yo tenía que ir a Londres en algún momento de las semanas siguientes. ¿Le apetecía a la misma hora en el mismo sitio?

¿Cómo aguantaba la gente en los viejos tiempos, cuando las cartas tardaban tanto en llegar? Supongo que tres semanas esperando al cartero era entonces el equivalente a tres días esperando un e-mail. ¿Se hacen muy largos tres días? Lo suficiente para una sensación total de recompensa. Verónica ni siquiera había borrado mi asunto —«¿Hola otra vez?»—, que ahora se me antojó bastante encantador. Pero no parecía ofendida, porque me daba una cita una semana después, a las cinco de la tarde, en una estación desconocida del metro en el norte de Londres.

Me pareció emocionante. ¿A quién no? Ciertamente que no decía: «Trae ropa para la noche y el pasaporte», pero llega un momento en la vida en que las variaciones son lamentablemente escasas. Mi primer instinto fue llamar otra vez a Margaret; luego me lo pensé mejor. De todas formas, a Margaret no le gustan las sorpresas. Le gustaba —le gusta— planear las cosas. Antes de que naciera Susie controlaba su ciclo de fertilidad y proponía los momentos más propicios para hacer el amor. Lo cual me situaba en un estado de intensa previsión o —a la inversa, de hecho habitualmente— surtía el efecto opuesto. Margaret nunca te daría una cita misteriosa en una lejana línea de metro. Más bien te citaría debajo del reloj de la estación de Paddington para un propósito concreto. Aunque entiéndanme, yo no quería vivir la vida de otro modo en aquella época.

Pasé una semana intentando liberar nuevos recuerdos de Verónica, pero no surgió nada. Quizá el esfuerzo con que me devanaba los sesos era

excesivo. Así que opté por rememorar los que tenía, las imágenes largo tiempo familiares y las recientes. Las miré a la luz, dándoles vueltas entre los dedos, para ver si ahora adquirirían un significado diferente. Empecé a reexaminar mi yo más joven, en la medida en que es posible hacerlo. Por supuesto, había sido grosero e ingenuo: todos lo somos, pero sabía que no debía exagerar estas características, porque sólo es una forma de alabarte por lo que has llegado a ser. Intenté ser objetivo. La versión de mi relación con Verónica, la que había acarreado a lo largo de los años, era la que necesitaba entonces. El joven corazón traicionado, el cuerpo joven con el que se juega, la joven criatura social con la que se es condescendiente. ¿Qué había respondido Old Joe Hunt cuando afirmé a sabiendas que la historia eran las mentiras de los vencedores? «Bien, siempre que recuerdes que es también los autoengaños de los derrotados». ¿Lo recordamos suficientemente cuando se trata de nuestra vida privada?

Los que niegan el tiempo dicen: cuarenta no son nada, a los cincuenta estás en plenitud, los sesenta son los nuevos cuarenta y así sucesivamente. Sólo sé esto: que hay un tiempo objetivo, pero también uno subjetivo como el que llevas en la cara interior de la muñeca, al lado de donde está el pulso. Y este tiempo personal, que es el auténtico, se mide en relación con la memoria. Así que cuando sucedió aquella cosa rara —cuando me asaltaron de repente aquellos recuerdos nuevos— fue como si, en aquel momento, hubieran colocado el tiempo al revés. Como si en aquel momento el río discurriera hacia arriba.

Naturalmente, como llegaría tempranísimo me apeé del tren una parada antes y me senté en un banco a leer un periódico gratuito. O por lo menos a mirarlo. Después tomé un tren hasta la estación siguiente, donde una escalera mecánica me condujo a un vestíbulo con ventanillas de venta en una zona de Londres desconocida para mí. Al cruzar la barrera vi una forma particular y un porte vertical. Inmediatamente, ella se volvió y se alejó. La seguí más allá de una parada de autobús hasta una calleja donde ella abrió con llave la puerta de un coche. Subí al asiento del pasajero y la miré. Ella ya estaba

arrancando el motor.

—Es curioso. Yo también tengo un Polo.

Ella no contestó. No debería haberme extrañado. Por lo que sabía y recordaba de ella, por anticuado que fuese mi recuerdo, hablar en un coche nunca sería una costumbre de Verónica. Tampoco la mía, aunque me abstuve de explicarlo.

Era todavía una tarde calurosa. Abrí mi ventanilla. Ella se volvió a mirarla y frunció el ceño. La cerré. Oh, bueno, me dije.

—El otro día estuve pensando en cuando vimos el Severn Bore.

Ella no respondió.

—¿Te acuerdas? —Ella negó con la cabeza—. ¿De verdad que no? Éramos un grupo, allá, en Minsterworth. Había una luna...

—Estoy conduciendo —dijo.

—Vale.

Así lo quería ella. Al fin y al cabo, era su expedición. Miré por la ventanilla. Tiendas de barrio, restaurantes baratos, un local de apuestas, gente haciendo cola delante de un cajero, mujeres a las que asomaban tiras de piel entre las junturas de sus vestidos, un cenagal de basura, un demente gritando, una madre obesa con tres niños obesos, caras de todas las etnias: una calle principal multiuso, el Londres normal.

Unos minutos después llegamos a una zona más elegante: casas individuales, jardines delanteros, una colina. Verónica dobló una esquina y aparcó. Pensé: De acuerdo, es tu juego. Esperaré las reglas, sean las que sean. Pero en parte también pensaba: Qué cojones, no voy a dejar de ser yo mismo sólo porque otra vez estás del mismo humor que en el puente Wobbly.

—¿Cómo está hermano Jack? —pregunté alegremente.

Era difícil responder a esta pregunta con «Estoy conduciendo».

—Jack es Jack —contestó, sin mirarme.

Bueno, eso es filosóficamente evidente, como solíamos decir en los tiempos de Adrian.

—¿Te acuerdas...?

—Estoy esperando —me interrumpió ella.

Muy bien, pensé. Primero me encuentras, luego conduces, ahora esperas.

¿Qué viene después? ¿Hacer compras, cocinar, comer y beber, besuqueos, pajas y follar? Lo dudo muchísimo. Pero mientras estábamos sentados en el coche, un hombre calvo y una mujer ligeramente velluda, advertí algo en lo que debería haberme fijado de inmediato. De los dos, Verónica era con mucho la que más nerviosa estaba.

Y mientras que yo estaba nervioso por su causa, se veía claramente que ella no estaba nerviosa por la mía. Yo era como un irritante menor, necesario. Pero ¿por qué yo era necesario?

Esperé sentado. Casi pensé que ojalá no hubiera dejado en el tren el periódico gratuito. Me pregunté por qué no habría cogido el coche yo también. Seguramente porque no sabía si habría restricciones de aparcamiento en la zona. Me apetecía un vaso de agua. También quería hacer pis. Bajé la ventanilla. Esta vez Verónica no se opuso.

—Mira.

Miré. Un grupito de gente venía por la acera hacia mi lado del coche. Conté cinco personas. Delante iba un hombre que, a pesar del calor, llevaba varias capas de tweed espeso, incluido un chaleco y una especie de gorra de cazador. Tenía la chaqueta y la gorra cubiertas de insignias de metal, unas treinta o cuarenta a primera vista, algunas relucientes al sol; una leontina le colgaba entre los bolsillos del chaleco. Su expresión era jovial: parecía alguien con una oscura función en un circo o una feria. Tras él venían dos hombres: el primero lucía un bigote negro y caminaba con un bamboleo; el segundo era bajo y deforme, con un hombro mucho más alto que el otro: hizo una pausa para escupir brevemente dentro de un jardín delantero. Y tras ellos venía un tipo alto y tontorrón con gafas, que llevaba de la mano a una mujer regordeta y de rasgos indios.

—Pub —dijo el hombre de bigote cuando llegaron a mi altura.

—No, no pub —contestó el hombre de las insignias.

—Pub —insistió el primero.

—Tienda —dijo la mujer.

Todos hablaban en voz muy alta, como niños que acabaran de salir de la escuela.

—Tienda —repitió el hombre escorado, lanzando un tenue escupitajo a

un seto.

Yo miraba con toda mi atención, porque era lo que me habían ordenado que hiciera. Calculo que todos estarían entre los treinta y los cincuenta años, pero a la vez poseían una especie de cualidad fija, sin edad. También mostraban una timidez obvia, acentuada por el hecho de que la pareja rezagada caminaba de la mano. No parecía una muestra de amor, sino más bien de defensa contra el mundo. Pasaron muy cerca del coche, sin mirarlo. Unos metros más atrás venía un hombre con un pantalón corto y una camisa desabrochada; no sabría decir si era el pastor del grupo o si no tenía nada que ver con él.

Hubo un largo silencio. Estaba claro que yo lo tendría que hacer todo.

—¿Y?

Ella no respondió. Quizá fuese una pregunta demasiado general.

—¿Qué les pasa?

—¿Qué te pasa a ti?

No parecía una respuesta pertinente, a pesar de su tono tan áspero. Así que seguí insistiendo.

—¿El joven iba con ellos?

Silencio.

—¿Son los del hospital de día o algo así?

Choqué con la cabeza contra el respaldo de mi asiento cuando Verónica soltó de pronto el embrague. Dio la vuelta a todo gas a un par de manzanas, lanzando el coche contra los badenes como si fuera un caballo de salto. Sus cambios de marchas, o la ausencia de ellos, eran terribles. La cosa duró unos cuatro minutos y después viró hacia una plaza de aparcamiento y se subió al bordillo con la rueda delantera izquierda antes de bajar con un rebote.

Empecé a pensar: Margaret siempre ha sido una buena conductora. No sólo segura, sino que trataba un coche como se debe. En la época en que yo recibía clases de conducir, mi profesor me había explicado que cuando cambias de marcha, el manejo del embrague y la palanca de cambios debería ser tan suave e imperceptible que la cabeza del pasajero no se moviese un centímetro sobre su columna vertebral. Me impresionó mucho esto, y a menudo me fijaba cuando conducían otros. Si viviese con Verónica, visitaría

al quiropráctico casi todas las semanas.

—No lo entiendes, ¿verdad? Nunca lo entendiste y nunca lo entenderás.

—No es que me estés ayudando mucho.

Entonces los vi —fueran quienes fuesen— viniendo hacia mí. Esto había sido el objetivo de la maniobra: adelantarnos a ellos. Estábamos al lado de una tienda y una lavandería, y había un pub en la otra acera de la calle. El hombre con las insignias —«reclamo», era la palabra que había estado buscando, el tipo alegre que a la entrada de una caseta de feria te anima a que entres para ver a la mujer barbuda o al panda de dos cabezas— seguía encabezando la comitiva. Los otros cuatro rodeaban ahora al joven de pantalón corto, por lo que era de suponer que iba con ellos. Era algún tipo de asistente social. Le oí decir:

—No, Ken, hoy no hay pub. La noche de pub es el viernes.

—Viernes —repitió el hombre de bigote.

Advertí que Verónica se había soltado el cinturón de seguridad y estaba abriendo la puerta. Cuando me disponía a hacer lo mismo, ella dijo:

—Quédate.

Le habría hablado así a un perro.

El debate sobre el pub contra la tienda proseguía cuando uno del grupo vio a Verónica. El hombre vestido con tweed se quitó la gorra y se la apretó contra el corazón, y después hizo una reverencia con el cuello. El hombre escorado empezó a dar brincos sin desplazarse de su sitio. El larguirucho soltó la mano de la mujer. El asistente social sonrió y tendió la mano a Verónica. En un momento se vio rodeada por un corro amistoso. La india sostenía ahora la mano de Verónica y el hombre que quería ir al pub apoyó la cabeza en su hombro. A ella no pareció molestarle en absoluto esta confianza. La vi sonreír por primera vez aquella tarde. Traté de oír lo que hablaban pero había muchas voces superpuestas. Luego vi que Verónica se volvía y le oí decir:

—Pronto.

—Pronto —repitieron dos o tres del grupo.

El tipo escorado dio unos brincos más sin moverse de su sitio, el larguirucho esbozó una gran sonrisa de tontaina y gritó: «¡Adiós, Mary!».

Empezaron a seguirla hacia el coche, pero al verme en el asiento del pasajero se detuvieron en seco. Cuatro de ellos comenzaron a agitar la mano frenéticamente en señal de despedida, mientras que el hombre de tweed se acercó audazmente a mi lado del vehículo. Sujetaba todavía la gorra contra el corazón. Introdujo la otra mano tendida por la ventanilla y se la estreché.

—Vamos a la tienda —me dijo, formalmente.

—¿Qué van a comprar? —pregunté, con igual solemnidad.

Mi pregunta le dejó desconcertado, y lo pensó un momento.

—Cosas que necesitamos —dijo finalmente. Asintió para sí mismo y añadió, servicial—. Lo necesario.

A continuación hizo de nuevo su pequeña reverencia formal, se dio media vuelta y se puso en la cabeza la gorra llena de insignias.

—Parece muy simpático —comenté.

Pero Verónica estaba metiendo la marcha con una mano y saludando con la otra. Me fijé en que sudaba. Sí, hacía calor, pero aun así.

—A todos les ha alegrado mucho verte.

Vi que no iba a responder a nada de lo que yo dijese. Vi además que estaba furiosa; conmigo, desde luego, pero también consigo misma. No puedo decir que yo tuviese conciencia de haber hecho algo malo. Estaba a punto de abrir la boca cuando vi que ella enfilaba hacia un badén sin reducir la velocidad, y se me pasó por la cabeza que con el impacto podría morderme la punta de la lengua. Así que esperé hasta que hubimos salvado el badén y dije:

—Me pregunto cuántas insignias tiene ese tío.

Silencio. Badén.

—¿Viven todos en la misma casa?

Silencio. Badén.

—O sea que la noche de pub es el viernes.

Silencio. Badén.

—Sí. Fuimos juntos a Minsterworth. Hubo luna aquella noche.

Silencio. Badén. Ahora giramos hacia la calle principal, sin nada más que asfalto liso entre nosotros y la estación, que yo recuerde.

—Esta parte de la ciudad es muy interesante.

Pensé que irritándola podría desarmarle el juego, fuera el que fuese. Tratarla como a una compañía de seguros quedaba muy lejos en el pasado.

—Sí, tienes razón, debería irme pronto.

—Aun así, fue agradable ponerme al día contigo en la comida del otro día.

—¿Me recomendarías algún título en especial de Stefan Zweig?

—Hoy día hay cantidad de gordos por la calle. De obesos. Es uno de los cambios respecto a cuando éramos jóvenes, ¿no? No recuerdo a nadie obeso en Bristol.

—¿Por qué el tipo bobalicón te ha llamado Mary?

Por lo menos tenía el cinturón puesto. Esta vez la técnica de aparcamiento de Verónica consistió en subir las dos ruedas encima del bordillo a una velocidad de unos treinta kilómetros por hora y, pisar bruscamente el freno.

—Fuera —dijo, mirando hacia delante.

Asentí, me solté el cinturón y me apeé despacio del coche. Mantuve la puerta abierta más tiempo del necesario, sólo para fastidiarla por última vez, y dije:

—Vas a destrozar las ruedas si sigues circulando así.

La puerta se despegó de un tirón de mi mano cuando ella arrancó.

En el tren de vuelta no pensé en nada, la verdad, sólo sentí. Y ni siquiera pensé en lo que sentía. Sólo aquella noche empecé a reflexionar sobre lo que había ocurrido.

La razón principal de que me sintiera idiota y humillado era por —¿cómo lo había llamado unos pocos días antes?— «la eterna esperanza del corazón humano». Y antes de esto, «el atractivo de superar el desprecio de alguien». Creo que normalmente no sufro de vanidad, pero a todas luces estaba más afligido de lo que creía. Lo que había empezado como una determinación de conseguir un bien que me habían legado se había transformado en algo mucho más amplio, algo que afectaba a mi vida entera, al tiempo y a la memoria. Y al deseo. Pensé —pensé realmente, en algún nivel de mi ser— que podría retornar al principio y cambiar las cosas. Que podría hacer que la sangre fluyera hacia atrás. Incurrí en la vanidad de creer —aunque no lo expresé con más fuerza— que podría gustarle a Verónica de nuevo, y que era

importante lograrlo. Cuando me había enviado el mensaje sobre «cerrar el círculo», no capté en absoluto el tono de burla sardónica y lo tomé por una invitación, casi un señuelo.

Su actitud conmigo, ahora que lo pensaba, había sido coherente: no sólo en los meses recientes, sino durante todos aquellos años. Me había considerado deficiente, había preferido a Adrian y siempre juzgó acertados estos juicios. Ahora yo comprendía que era algo evidente en todos los sentidos, filosófico y otros. Pero, sin entender mis propios motivos, había querido demostrarle, incluso en esta etapa tardía, que se había equivocado conmigo. O más bien que su concepto inicial de mí —cuando estábamos estudiando el corazón y el cuerpo del otro, cuando ella dio el visto bueno a algunos de mis libros y discos, cuando yo le gustaba lo suficiente para llevarme a su casa— había sido correcto. Creí que podría vencer el desprecio y convertir el remordimiento en culpa para después olvidarlo. De algún modo me había tentado la idea de que pudiéramos eliminar la mayor parte de nuestras vidas separadas, cortar y empalmar la cinta magnética en la que está grabada nuestra existencia, volver a aquella bifurcación en el camino y recorrer la carretera menos transitada o totalmente intransitada. Lo único que había hecho, en cambio, era dejar atrás el sentido común. Viejo imbécil, me dije. Y no hay mayor idiota que un idiota viejo: es lo que solía murmurar mi madre, difunta hace mucho tiempo, cuando leía en los periódicos artículos sobre hombres mayores que se enamoraban de mujeres más jóvenes, y echaban por la borda su matrimonio por una sonrisa tonta, un pelo de bote y un par de tetas tiasas. Aunque ella no lo decía así. Y yo tampoco podía alegar como excusa el tópico de que sólo estaba cometiendo la misma banalidad que otros hombres de mi edad. No, yo era un viejo idiota más raro, que injertaba patéticas esperanzas de afecto en el recipiente menos apropiado del mundo.

La semana siguiente fue una de las más solitarias de mi vida. Parecía que sólo quedaba esperar. Estaba solo con dos voces que me hablaban claramente en mi cabeza: la de Margaret diciendo «Tony, ahora estás solo», y la de Verónica diciendo «Simplemente no lo entiendes... Nunca lo entendiste y nunca lo entenderás». Y saber que Margaret no se jactaría si la llamaba — sabiendo que aceptaría contenta otro de nuestros pequeños almuerzos, y que

seguiríamos exactamente igual que antes— agravaba aún más mi soledad. ¿Quién dijo que cuanto más tiempo vivimos menos comprendemos?

Con todo, como tiendo a repetir, tengo cierto instinto de supervivencia, de conservación. Y creer que tienes ese instinto es casi tan bueno como tenerlo realmente, porque significa que actúas de la misma manera. Así que al cabo de un tiempo me recuperé. Sabía que tenía que volver a ser como había sido antes de que se apoderase de mí aquella fantasía idiota y senil. Tenía que ocuparme de mis asuntos, los que fueran, aparte de limpiar el apartamento y dirigir la biblioteca del hospital local. Oh, sí, podría volver a concentrarme en recobrar mi herencia.

«Querido Jack —escribí—. No sé si me ayudarías otro poco con Verónica. Me temo que la encuentro igual de desconcertante que en los viejos tiempos. Bueno, ¿alguna vez aprendemos? De todas formas, el flujo de hielo no se ha derretido en lo del diario de mi antiguo amigo, que tu madre me dejó en su testamento. ¿Algún consejo más a este respecto? Además, otro ligero enigma. La semana pasada tuve una alegre comida con V en la ciudad. Después me citó en la línea Northern una tarde. Parece ser que quería mostrarme a un grupo de beneficiarios de la asistencia social y se enfadó después de haberlo hecho. ¿Puedes arrojar alguna luz sobre este punto? Espero que todo te vaya bien. Saludos, Tony W».

Confíe en que la cordialidad no le sonara tan falsa como a mí. Después escribí a Gunnell para pedirle que actuara en mi nombre en el asunto del testamento de la señora Ford. Le dije —confidencialmente— que mis tratos recientes con la hija de la legadora sugerían indicios de cierta inestabilidad, y ahora consideraba mejor que un jurista profesional escribiese a la señora Marriott y le pidiera una resolución rápida del problema.

Me permití una nostálgica despedida privada. Pensé en Verónica bailando con todo el pelo tapándole la cara. Pensé en ella anunciando a su familia: «Voy a acompañar a Tony a su habitación», y susurrándome que yo iba a dormir el sueño de los malos, y mi masturbación inmediata en el pequeño lavabo, antes incluso de que ella hubiera tenido tiempo de bajar. Pensé en la reluciente cara interior de mi muñeca, en la manga de mi camisa remangada hasta el codo.

Gunnell me contestó que haría lo que le había pedido. El hermano Jack no contestó nunca.

Me había fijado —bueno, me fijaría— en que las restricciones de aparcamiento sólo se aplicaban entre las diez y las doce de la mañana. Seguramente para que los que iban a diario a trabajar allí desistieran de internarse en la ciudad, dejaran los coches estacionados todo el día y siguieran viaje en metro. De modo que decidí llevar mi coche a esa hora: un Volkswagen Polo cuyas cubiertas durarían mucho más que las de Verónica. Al cabo de alrededor de una hora de purgatorio en la autopista North Circular, encontré el sitio y aparqué donde habíamos aparcado antes, enfrente de la suave pendiente de una calle residencial, con el sol del atardecer iluminando el polvo sobre un seto de ligustro. Pandillas de escolares volvían a sus casas, los chicos con la camisa fuera de los pantalones y las chicas con faldas provocativamente cortas; muchos con móviles, algunos comiendo, unos pocos fumando. Cuando yo iba al colegio nos habían dicho que siempre que lleváramos el uniforme teníamos que comportarnos de tal modo que causara una buena impresión del centro. Así que nada de comer o beber en la calle; y que le darían una zurra al que pillaran fumando. Tampoco se permitía confraternizar con el sexo opuesto: el colegio de chicas vinculado con el nuestro y situado en las cercanías dejaba salir a las alumnas quince minutos antes de liberar a los chicos, y a ellas les daba tiempo de ponerse bien a salvo de sus homólogos varoniles, predatorios y priápicos. Sentado en mi coche rememoré todo esto y constaté las diferencias, pero sin llegar a conclusiones. Ni aplaudía ni desaprobaba. Era indiferente; dejé en suspenso mi derecho a pensamientos y juicios. Lo único que me interesaba era saber por qué me habían llevado a aquella calle un par de semanas antes. Por tanto, aguardé sentado y con la ventanilla bajada.

Al cabo de unas dos horas me di por vencido. Volví al día siguiente y al siguiente, pero en vano. Después conduje hasta la calle donde estaban la tienda y el pub, y aparqué delante. Aguardé, entré en la tienda y compré un par de cosas, esperé un poco más, regresé a casa. No consideraba en absoluto

que estuviera perdiendo el tiempo: más bien era al contrario, que ahora debía dedicar mi tiempo a aquello. Y en todo caso la tienda resultó bastante útil. Era uno de esos comercios que abarcan toda la gama, desde *delicatesen* hasta ferretería. A lo largo de esos días compré verduras y detergente en polvo para lavaplatos, carne en rodajas y papel higiénico; utilicé el cajero y me abastecí de bebidas. Después de los primeros días empezaron a llamarme «jefe».

Hubo un momento en que pensé en contactar con los servicios sociales del municipio para preguntarles si había una residencia donde se alojaba un hombre todo cubierto de insignias; pero dudé de que esto me llevara a alguna parte. No sabía qué responder a la primera pregunta: ¿por qué quería saberlo? No sabía por qué quería saberlo. Pero, como digo, no tenía una sensación de apremio. Era como no forzar al cerebro a que evocase un recuerdo. Si no lo presionaba sobre —¿qué?— el tiempo, entonces a lo mejor afloraba algo, incluso una solución.

Y en su momento recordé palabras que había entreído. «No, Ken, hoy no hay pub. La noche de pub es el viernes». Así que el viernes siguiente fui en coche y me senté con un periódico en el William IV. Era uno de esos pubs aburguesados por la presión económica. Había un menú de carne variada a la parrilla, una tele que emitía el canal de noticias de la BBC y pizarras por todas partes: una anunciaba la noche de concurso semanal, otra el club del libro mensual, una tercera retransmisiones televisadas de deportes, y en una cuarta habían escrito un pensamiento epigramático del día, sin duda copiado de alguna antología de agudezas y citas memorables. Tomé lentamente medias pintas mientras rellenaba el crucigrama, pero no vino nadie.

El segundo viernes pensé: también podría cenar aquí, y pedí merluza asada al carbón con patatas fritas cortadas a mano y un vaso grande de Sauvignon blanco chileno. No estaba nada mal. Luego, el tercer viernes, justo cuando estaba clavando el tenedor en los penne con gorgonzola y salsa de nueces, entraron el hombre escorado y el tipo de bigote. Tomaron asiento con familiaridad en una mesa, y el camarero, a todas luces acostumbrado a sus pedidos, les sirvió sendas medias pintas de bitter que ellos procedieron a consumir a sorbos, meditabundos. No miraron alrededor, y mucho menos buscaban un contacto visual; y, a su vez, nadie se fijó en ellos. Al cabo de

unos veinte minutos entró una mujer negra y maternal, fue al mostrador, pagó y se llevó amablemente a los dos hombres. Yo me limité a observar y esperar. Sí, el tiempo estaba de mi lado. De vez en cuando, las canciones dicen la verdad.

Me hice cliente asiduo del pub y también de la tienda. No me afilié al club del libro ni participé en la noche de concurso, pero regularmente me sentaba a una mesita junto a la ventana y estudiaba el menú. ¿Qué estaba esperando? Probablemente entablar conversación en algún momento con el joven asistente social al que había visto acompañar al quinteto la primera tarde; o hasta, quizá, con el hombre de las insignias, que parecía el más afable y accesible. Yo era paciente sin ninguna sensación de serlo; ya no contaba las horas; y entonces, a primera hora de un atardecer, vi acercarse a los cinco, conducidos por la misma mujer. En cierto modo, ni siquiera me sorprendió. Los dos habituales entraron en el pub; los otros tres, con la cuidadora, en la tienda.

Me levanté y dejé mi bolígrafo y el periódico encima de la mesa como señal de que iba a volver. En la entrada de la tienda cogí una cesta amarilla de plástico y empecé a dar vueltas despacio. Al final de un pasillo estaban los tres agrupados delante de un surtido de detergentes líquidos, debatiendo gravemente sobre cuál comprar. El espacio era estrecho y al acercarme dije «Perdonen» en voz alta. El larguirucho de gafas se apretujó de inmediato y volvió la cara contra las estanterías de artículos de cocina, y los tres guardaron silencio. Según pasaba, el hombre de las insignias me miró a la cara. «Buenas tardes», dije, con una sonrisa. Él siguió mirándome y después hizo una reverencia con el cuello. Me contenté con eso y volví al pub.

Unos minutos más tarde los tres de la tienda se reunieron con los dos bebedores. La mujer fue al mostrador y pidió bebidas. Me chocó el hecho de que en la calle hubieran estado bulliciosos y pueriles y que en la tienda y en el pub, por el contrario, se mostraran tímidos y hablaran en cuchicheos. Sirvieron refrescos a los recién llegados. Me pareció oír la palabra «cumpleaños», pero tal vez me equivocara. Decidí que ya era hora de cenar. El trayecto hasta el mostrador me obligaba a pasar cerca de ellos. No tenía un plan concreto. Los tres que habían estado en la tienda continuaban de pie y se

volvieron ligeramente a medida que yo me aproximaba. Dirigí un segundo y jovial «¡Buenas tardes!» al hombre de las insignias, que respondió como la vez anterior. El larguirucho estaba ahora delante de mí y cuando me disponía a pasar de largo me detuve y le miré con atención. Tendría alrededor de cuarenta años, medía más de uno ochenta, era de piel pálida y llevaba gafas de gruesos lentes. Intuí que estaba ansioso de darme otra vez la espalda. Hizo, en cambio, algo inesperado. Se quitó las gafas y me miró directamente a la cara. Tenía los ojos marrones y afables.

Casi sin pensarlo le dije en voz baja: «Soy amigo de Mary».

Vi que primero esbozaba una sonrisa y después sucumbió al pánico. Se dio media vuelta, lanzó un quejido sofocado, arrastró los pies para acercarse a la mujer india y la cogió de la mano. Yo seguí hasta el mostrador, asenté media nalga en un taburete y me puse a examinar el menú. Un momento después, noté a mi lado a la asistente negra.

—Lo siento —dije—. Espero no haber hecho nada indebido.

—No estoy segura —respondió ella—. No es bueno sobresaltarle. Sobre todo ahora.

—Le vi otra vez, con Mary, cuando ella vino una tarde. Soy amigo de ella.

La mujer me miró, como intentando calibrar mis motivos y mi veracidad.

—Entonces comprenderá, ¿no? —dijo, con voz suave.

—Sí, comprendo.

Y lo cierto era que comprendí. No me hizo falta hablar con el hombre de las insignias ni con el otro asistente. Ahora sabía.

Lo vi en su cara. No muchas veces es verdad esto, ¿eh? Al menos, no en mi caso. Escuchamos lo que dice la gente, leemos lo que escribe: es nuestra prueba, nuestra corroboración. Pero si la cara contradice las palabras de quien habla, interrogamos su rostro. Una mirada rápida a los ojos, un rubor creciente, el tic incontrolable de un músculo facial... y entonces sabemos. Reconocemos la hipocresía o la afirmación falsa y la verdad se yergue evidente ante nosotros.

Pero aquello fue diferente, más sencillo. No hubo contradicción: simplemente lo vi en su cara. En los ojos, en su color y expresión, y en las mejillas, en su palidez y su estructura subcutánea. La corroboración procedió de su estatura, y del modo en que sus huesos y músculos organizaban su altura. Era el hijo de Adrian. No necesité una partida de nacimiento o una prueba de ADN: lo vi y lo sentí. Y, por supuesto, las fechas encajaban: él sería ahora más o menos de su edad.

Mi primera reacción, lo admito, fue solipsista. No pude evitar recordar lo que había escrito en la parte de mi carta dirigida a Verónica: «Sólo es cuestión de quedarte embarazada antes de que él descubra que eres un plomo». En aquel entonces no lo decía en serio: sólo estaba tanteando, buscando una manera de hacer daño. De hecho, durante todo el tiempo en que salí con Verónica, descubrí muchas cosas de ella —atrayentes, misteriosas, rechazables—, pero nunca que fuese un plomo. Y tampoco en mis relaciones recientes con ella, aunque los adjetivos pudieran estar desfasados —exasperante, terca, altanera, pero aun así, en un sentido, atrayente—, hubo ningún momento en que me pareciera pesada. De modo que era algo tan falso como hiriente.

Pero esto era sólo la mitad. Cuando intentaba herirles había escrito: «En parte confío en que tengáis un hijo, porque creo mucho en la venganza del tiempo. Pero la venganza debe recaer sobre quien la merece, es decir, sobre vosotros dos». Y más adelante: «De modo que no os lo deseo. Sería injusto infligir a un feto inocente la perspectiva de descubrir que fue el fruto de vuestras entrañas, si me disculpáis la expresión poética». Remordimiento, etimológicamente, es la acción de morder de nuevo: es la sensación que te produce. Imaginen la fuerza del mordisco cuando releí mis palabras. Parecían como una maldición antigua de la que incluso hubiese olvidado que la había proferido. No creo, por supuesto —ni creía— en maldiciones. Es decir, en que haya palabras que ocasionan sucesos. Pero la misma acción de nombrar algo que posteriormente sucede —de desear un mal específico, y que ese mal acontezca— produce todavía un escalofrío de otro mundo. El hecho de que el joven ego que maldijo y el viejo que ahora presenciaba el resultado de la maldición albergaran sentimientos completamente distintos, era

monstruosamente intrascendente. Si justo antes de que todo esto comenzara, me hubieran dicho que Adrian, en lugar de suicidarse, contrariamente a los hechos se hubiera casado con Verónica y hubiesen tenido un hijo, y después quizá otros, y después nietos, yo habría respondido: Muy bien, que cada uno viva su vida; seguisteis vuestro camino y yo seguí el mío, sin rencores. Y ahora estos tópicos ociosos topaban con la verdad inamovible de lo que había ocurrido. La venganza del tiempo contra un feto inocente. Pensé en aquel pobre hombre incapacitado que se apartó de mí en la tienda y apretó la cara contra unos rollos de papel de cocina y paquetes gigantes de papel higiénico de doble capa para eludir mi presencia. Bueno, su instinto había acertado: yo era el hombre al que había que volver la espalda. Si la vida recompensaba el mérito, entonces yo merecía el rechazo.

Tan sólo unos días antes yo había acariciado una tenue fantasía sobre Verónica, admitiendo al mismo tiempo que no sabía nada de su vida durante los más de cuarenta años transcurridos desde la última vez que la había visto. Ahora tenía algunas respuestas sobre las preguntas que no le había hecho. Se había quedado embarazada de Adrian y —¿quién sabe?— quizá el trauma de su suicidio había afectado al hijo en el útero. Había dado a luz a un niño al que en algún momento habían diagnosticado... ¿qué? Que no era apto para desenvolverse en sociedad de un modo independiente, que necesitaba un apoyo constante, emocional y económico. Me pregunté cuándo lo habrían diagnosticado. ¿Fue después de nacer o había habido un intervalo de unos años, durante los cuales Verónica pudo consolarse con lo que se había salvado del naufragio? Pero después, ¿durante cuánto tiempo había sacrificado su vida por él, quizá aceptando una mierda de trabajo a tiempo parcial mientras el niño estaba en una escuela para discapacitados? Y luego, es de suponer, había crecido y se había vuelto más difícil de manejar, y al final la lucha terrible se tornó insoportable y ella accedió a que lo cuidara la asistencia social. Imaginen lo que debió de sentir, imaginen la pérdida, el sentimiento de fracaso, la culpa. Y yo me estaba quejando de que mi hija se olvidara algunas veces de mandarme un e-mail. También recordé mis ingratos pensamientos desde mi primer reencuentro con Verónica en el puente Wobbly. Me pareció que tenía un aspecto desaliñado y astroso; la

encontré difícil, hostil, sin encanto. De hecho, tuve suerte de que me concediera su tiempo. ¿Y yo había esperado que me diese el diario de Adrian? En su lugar, probablemente yo también lo habría quemado, como ahora creo que ella hizo.

No había nadie a quien yo le pudiera contar todo esto; no lo hubo durante un largo tiempo. Como dijo Margaret, yo estaba solo, y así tenía que ser. No sólo porque debía reconsiderar una franja de mi pasado, sin otra compañía que el remordimiento. Y antes de repensar la vida y el carácter de Verónica, tendría que repasar mi pasado y ocuparme de Adrian. Mi amigo filósofo, que contemplaba la vida y decidió que cualquier individuo responsable y racional debería tener el derecho de rechazar el don que nunca había pedido, y cuyo noble gesto, a medida que transcurrían los decenios, ponía de manifiesto las concesiones y la pequeñez de que se compone la mayoría de las vidas. «La mayoría»: la mía.

Así que esta imagen de Adrian —la viva y muerta reprensión contra mí y el resto de mi existencia— fue derrocada ahora. «Sobresaliente en las notas, sobresaliente en suicidio», habíamos convenido Alex y yo. ¿Qué imagen de Adrian me quedaba ahora? La de alguien que había dejado embarazada a su novia, que había sido incapaz de afrontar las consecuencias y que había «adoptado la salida fácil», como solía decirse. No es nada fácil esta afirmación definitiva de la individualidad contra la gran generalidad que la oprime. Pero ahora tenía que calibrar de nuevo a Adrian, borrar al joven reprensor que citaba a Camus, para quien el suicidio era la única auténtica cuestión filosófica, y transformarle en... ¿qué? En nada más que una versión de Robson, que no era «precisamente materia de Eros y Tánatos», como expresó Alex cuando aquel miembro hasta entonces anodino de la rama de ciencias había abandonado este mundo con un «Lo siento, mamá» de despedida. En aquel entonces los cuatro habíamos especulado sobre cómo sería la chica de Robson: desde una virgen mojigata hasta una puta infestada de gonorrea. Ninguno de nosotros había pensado en el niño o el futuro. Ahora, por primera vez, me pregunté qué habría sido de la chica de Robson y

del hijo de ambos. La madre tendría más o menos mi edad y era muy probable que aún viviera, mientras que el niño rondaría los cincuenta. ¿Seguiría creyendo que su «papá» había muerto en un accidente? Quizá lo habían dado en adopción y había crecido pensando que era un hijo indeseado. Pero en la actualidad los niños adoptados tienen derecho a rastrear la pista de sus madres biológicas. Me imaginé que era así y la enojosa, conmovedora reunión a que habría conducido. Descubrí que me gustaría, incluso a estas alturas, pedir disculpas a la chica de Robson por el modo displicente en que habíamos hablado de ella, sin percatarnos de su dolor y su vergüenza. Una parte de mí quería ponerse en contacto con ella y pedirle perdón por nuestras faltas de hacía tanto tiempo, aun cuando entonces no hubiera tenido el menor conocimiento de ellas.

Pero pensar en Robson y en su chica era sólo otra forma de eludir la nueva verdad sobre Adrian. ¿Robson tenía quince, dieciséis años? Todavía vivía en casa de sus padres, que sin duda no eran precisamente liberales. Y si la chica hubiera sido menor de dieciséis, también habría habido un delito de violación. Así que en verdad no era un caso comparable. Adrian había crecido, se había marchado de casa y era mucho más inteligente que el pobre Robson. Además, por aquella época, si dejabas a una chica embarazada y ella no quería abortar, te casabas con ella: tales eran las normas. Pero Adrian ni siquiera pudo afrontar esta solución convencional. «¿Crees que ha sido porque era demasiado inteligente?», me había preguntado mi madre, irritantemente. No, no tenía nada que ver con la inteligencia; y mucho menos con la valentía moral. No había rechazado grandiosamente un don existencial; le asustó el cochecito de niño en el pasillo.

¿Qué sabía yo de la vida, yo que la había vivido con tanto cuidado? ¿Yo que no había ganado ni perdido, sino que me había conformado con dejarme vivir? ¿Que tenía las ambiciones habituales y que me resigné con demasiada rapidez a que no se realizaran? ¿Que evitaba que me hicieran daño y lo llamaba capacidad de supervivencia? ¿Que pagaba las facturas, mantenía, en lo posible, buenas relaciones con todos y para quien el éxtasis y la

desesperación pronto se convirtieron sólo en palabras leídas alguna vez en las novelas? ¿Una persona cuyos autorreproches nunca en verdad le lastimaron? Bueno, debía reflexionar sobre todo esto mientras sobrellevaba un tipo especial de remordimiento: el daño infligido a la larga a alguien que siempre creyó que sabía evitar que le hiriesen, e infligido justamente por esta misma razón.

«¡Fuera!», me había ordenado Verónica tras subirse al bordillo a treinta kilómetros por hora. Ahora presté a la palabra una resonancia mayor: fuera de mi vida, en primer lugar nunca he querido volver a tenerte cerca. No debería haber accedido a vernos, y mucho menos a comer juntos, y no digamos llevarte a ver a mi hijo. ¡Fuera, fuera!

Si hubiera tenido una dirección suya, le habría enviado una carta propiamente dicha. Puse en el asunto de mi e-mail «Disculpas» y luego lo cambié por «DISCULPAS», pero parecía muy chillón y lo dejé como al principio. Sólo podía permitirme ser sencillo.

Querida Verónica:

Comprendo que soy probablemente la última persona de la que quieres tener noticias, pero espero que leas este mensaje hasta el final. No espero que me contestes. Pero he dedicado algún tiempo a reconsiderar las cosas y me gustaría disculparme contigo. No espero que tengas una mejor opinión de mí, aunque difícilmente podrías tener otra peor. Aquella carta mía fue imperdonable. Lo único que puedo decir es que mis mezquinas palabras eran la expresión de un estado de ánimo. Me produjo una auténtica conmoción releerlas al cabo de todos estos años.

No espero que me entregues el diario de Adrian. Si lo has quemado, el asunto está zanjado. Si no, es obvio que te pertenece, ya que fue escrito por el padre de tu hijo. Para empezar, no alcanzo a entender por qué tu madre me lo dejó a mí, pero eso es otra historia.

Lamento haber sido tan ofensivo. Intentabas mostrarme algo y yo era demasiado grosero para entenderlo. Me gustaría desearos a ti y a tu hijo una vida apacible, en la medida en que las circunstancias lo permitan. Y si en

algún momento puedo hacer algo por cualquiera de los dos, confío en que no dudarás en buscarme.

Tuyo,

TONY

No podía hacer más. No era tanto como hubiera querido, pero al menos cada palabra del mensaje era sentida. No tenía intenciones ocultas. No esperaba secretamente obtener algo con mi carta. No un diario, no una buena opinión de Verónica, ni siquiera que ella aceptase mis disculpas.

No sabría decir si me sentí mejor o peor después de enviársela. No sentí gran cosa. Exhausto, vacío. No tenía ganas de contar a Margaret lo que había ocurrido. Pensaba más a menudo en Susie, y en la suerte que tiene cualquier padre cuando nace un bebé con cuatro extremidades, un cerebro normal, y la estructura emocional que permite a la niña, a la chica, a la mujer llevar cualquier tipo de vida. Ojalá seas corriente, como el poeta deseó una vez al bebé recién nacido.

Mi vida siguió su curso. Recomendaba libros a los enfermos, a los convalecientes, a los moribundos. Por mi parte leía uno o dos. Abandoné el reciclaje. Escribí a Gunnell y le pedí que no hiciera nada sobre la cuestión del diario. Un atardecer, cedí al impulso de lanzarme a la North Circular, hice algunas compras y cené en el William IV. Me preguntaron si había estado de vacaciones. En la tienda dije que sí, en el pub dije que no. Las respuestas apenas revestían importancia. Pocas cosas la tenían. Pensé en las que me habían sucedido a lo largo de los años y en las pocas que yo había propiciado.

Al principio supuse que era un e-mail antiguo, reenviado por error. Pero habían dejado el título de mi asunto: «Disculpas». Debajo, mi mensaje no había sido eliminado. La respuesta de Verónica decía: «Sigues sin entender. Nunca entendiste y nunca entenderás. Así que es mejor que no lo intentes».

Conservé el mensaje en mi buzón de entrada y de vez en cuando lo releía. Si no hubiera optado por la incineración y dispersión de mis cenizas, podría haber empleado la frase como un epitafio en un pedazo de piedra o de mármol: «Tony Webster: nunca comprendió». Pero esto habría sido demasiado melodramático, autocompasivo incluso. ¿Qué tal «Ahora está solo»? Sería mejor, más verdadero. O quizá eligiese: «Todos los días son domingo».

Alguna que otra vez volvía en coche a la tienda y al pub. Por extraño que parezca, eran lugares donde siempre tenía una sensación de calma; además, una sensación de objetivo, quizá el último objetivo auténtico de mi vida. Al igual que antes, nunca pensaba que estuviese perdiendo el tiempo. Mi tiempo bien podía emplearlo en eso. Y los dos eran lugares acogedores: al menos, más que sus equivalentes donde había vivido. No tenía proyectos, así que ¿qué había cambiado? No había tenido un «proyecto» desde hacía años. Y el renacer de mis sentimientos por Verónica —si había sido eso— apenas podía considerarse un proyecto. Más bien era un impulso breve y morbos, un apéndice a una breve historia de humillación.

Un día le dije al camarero:

—¿Cree que, para variar, podría hacerme patatas finas?

—¿Qué quiere decir?

—Ya sabe, como en Francia..., esas finas.

—No, no las hacemos.

—Pero en el menú dice que sus patatas están cortadas a mano.

—Sí.

—Bueno, ¿no pueden cortarlas más finas?

La amabilidad normal del camarero se tomó una tregua. Me miró como si no supiese si yo era un quisquilloso o un idiota, o muy posiblemente las dos cosas.

—Patatas cortadas a mano significa patatas gruesas.

—Pero si cortan patatas, ¿no podrían cortarlas más finas?

—No las cortamos. Nos llegan así.

—¿No las cortan aquí?

—Se lo acabo de decir.

—Entonces ¿lo que llaman «patatas cortadas a mano» en realidad las cortan en otro sitio, y es muy probable que a máquina?

—¿Es usted del ayuntamiento o qué?

—En absoluto. Sólo estoy desconcertado. Nunca he caído en que «cortadas a mano» significaba «gruesas» en vez de «necesariamente cortadas a mano».

—Pues ahora ya lo sabe.

—Perdone. No lo entendía.

Me retiré a mi mesa y aguardé la cena.

Y entonces, justo entonces, entraron los cinco acompañados del joven guía al que había visto desde el coche de Verónica. El hombre de las insignias se detuvo al pasar por delante de mi mesa y me hizo su reverencia con el cuello; un par de insignias de su gorra de cazador entrechocaron con un suave tintineo. Los otros le siguieron. Cuando el hijo de Adrian me vio, giró el hombro como para mantenerme a distancia: a mí y a la mala suerte. Los cinco cruzaron hasta la pared del fondo pero no se sentaron. El asistente social fue al mostrador a encargar las bebidas.

Llegó mi merluza con las patatas cortadas a mano, estas últimas servidas en una cazuela de metal forrada con papel de periódico. Quizá yo estaba sonriendo para mis adentros cuando el joven llegó a mi mesa.

—¿Le importa que le diga algo?

—En absoluto.

Le ofrecí con un gesto la silla de enfrente. Al sentarse, advertí por encima de su hombro que los cinco me miraban desde donde estaban, con los vasos en la mano, sin beber.

—Me llamo Terry.

—Tony.

Nos estrechamos la mano con ese ademán patoso, hasta la altura del codo, que impone el estar sentado. Al principio guardó silencio.

—¿Una patata? —ofrecí.

—No, gracias.

—¿Sabe que aunque en el menú pone que están «cortadas a mano», sólo significa que son «gruesas», no que estén realmente cortadas a mano?

Me miró de un modo parecido a como me había mirado el camarero.

—Es respecto a Adrian.

—Adrian —repetí.

¿Por qué nunca me habría yo preguntado cómo se llamaba? ¿Y cómo podía tener otro nombre?

—Su presencia le trastorna.

—Lo siento —respondí—. Lo último que quiero es trastornarle. No quiero molestar más a nadie. Nunca. —Me miró como si sospechara ironía—. Está bien. No volverá a verme. Terminó de comer y me voy, y ninguno de ustedes volverá a verme nunca.

Él asintió.

—¿Le importa que le pregunte quién es usted?

¿Quién soy?

—Claro que no. Me llamo Tony Webster. Hace muchos años fui amigo del padre de Adrian. Estuve en el colegio con él. También conocía a la madre de Adrian, Verónica. Muy bien. Luego perdimos el contacto. Pero en las últimas semanas nos hemos visto bastante. No, meses, debería decir.

—¿Semanas y meses?

—Sí —dije—. Aunque tampoco volveré a ver a Verónica. No quiere volver a verme.

Intenté que sonara más como un hecho que como algo patético. Él me miró.

—Comprenderá que no podemos hablar del historial de nuestros pacientes. Es un asunto confidencial.

—Por supuesto.

—Pero lo que usted acaba de decir no tiene ningún sentido.

Lo pensé.

—Oh, Verónica, sí, perdone. Recuerdo que él, Adrian, la llamó Mary. Supongo que ella se llama así cuando está con él. Es su segundo nombre. Pero yo la conocí, la conozco, como Verónica.

Por encima de su hombro veía a los cinco inquietos, sin beber todavía, observándonos. Me sentí avergonzado de que mi presencia les molestara.

—Si era amigo de su padre...

—Y de su madre.

—Entonces creo que no comprende.

Al menos él lo expresó de un modo distinto al de los demás.

—¿No?

—Mary no es su madre. Mary es su hermana. La madre de Adrian murió hace unos seis meses. Él lo encajó muy mal. Por eso ha tenido... problemas últimamente.

Automáticamente comí una patata. Después otra. No tenían suficiente sal. Es la desventaja de las patatas gruesas. Tiene demasiado patataje dentro. Las finas no sólo son más crujientes por fuera, sino que la sal también se reparte mejor.

Lo único que pude hacer fue tender mi mano a Terry y repetir mi promesa.

—Y espero que se mejore. Seguro que usted le cuida muy bien. Parece que los cinco se llevan bien.

Él se levantó.

—Bueno, hacemos lo que podemos, pero nos recortan el presupuesto casi todos los años.

—Buena suerte a todos —dije.

—Gracias.

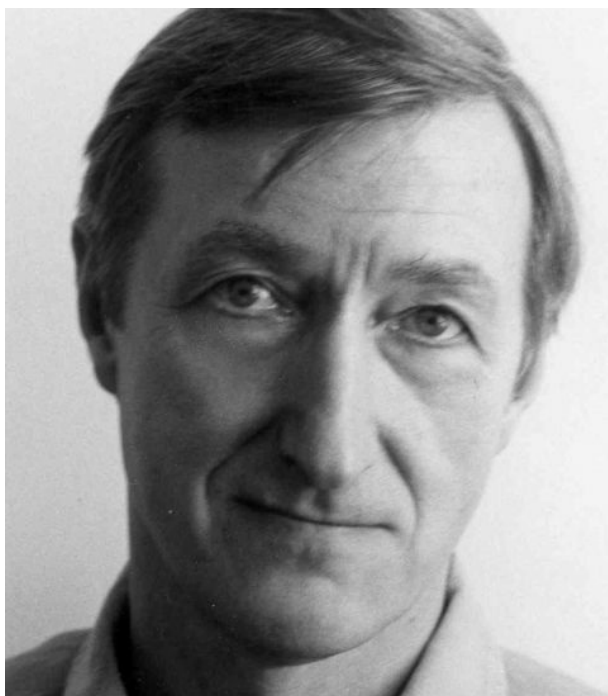
Al pagar dejé doble propina de la normal. Por lo menos era una forma de ser útil.

Y más tarde, en casa, rumiando todo esto, al cabo de un rato lo entendí. Lo entendí. En primer lugar, por qué la señora Ford tenía el diario de Adrian. Por qué había escrito: «P. D. Quizá te parezca extraño, pero creo que los últimos meses de la vida de Adrian fueron felices». A qué se refería la segunda cuidadora cuando dijo: «Sobre todo ahora». Incluso lo que Verónica quería decir cuando dijo: «Dinero sangriento». Y por último, de lo que Adrian hablaba en la página que Verónica me había permitido leer. «En consecuencia, ¿cómo se expresaría una acumulación que contuviera las letras b, a1, a2, z, s, v?». Y después un par de fórmulas que expresaban

acumulaciones posibles. Ahora era obvio. La primera a era Adrian; y la otra era yo, Anthony, como solía llamarme cuando me exhortaba a la seriedad. Y b significaba «bebé». Un bebé nacido de una madre —«la madre»— a una edad peligrosamente avanzada. Como consecuencia, un niño minusválido. Que ahora era un hombre profundamente afligido de cuarenta años. Y que llamaba Mary a su hermana. Miré la cadena de responsabilidades. Vi mi inicial allí. Recordé que en mi horrible carta le apremiaba a Adrian a consultar con la madre de Verónica. Rememoré las palabras que me asediarían para siempre. Al igual que la frase inacabada de Adrian. «Así, por ejemplo, si Tony...». Yo sabía que ahora no podía cambiar ni enmendar nada.

Llegas hacia el final de la vida; no, no de la vida misma, sino de algo distinto: el final de cualquier posibilidad de cambio en esa vida. Se te consiente una larga pausa, el tiempo suficiente para hacerte la pregunta: ¿qué más hice mal? Pensé en una panda de críos en Trafalgar Square. Pensé en una mujer joven bailando, por una vez en su vida. Pensé en lo que no podía saber ni comprender ahora, pensé en todo lo que nunca podía saberse ni comprenderse. Pensé en la definición de la historia de Adrian. Pensé en su hijo apretando la cara contra una estantería de papel higiénico para evitarme. Pensé en una mujer que freía huevos de una forma despreocupada y chapucera, sin inquietarse cuando uno de ellos se rompió en la sartén; después en esta misma mujer, más tarde, haciendo un gesto secreto y horizontal debajo de una glicinia iluminada por el sol. Y pensé en una ola de agua que se encrespa, pasa de largo velozmente y se desvanece río arriba, perseguida por una banda de estudiantes gritando con antorchas cuyos rayos se entrecruzaban en la oscuridad.

Hay acumulación. Hay responsabilidad. Y, más allá de ellas, hay desasosiego. Un gran desasosiego.



JULIAN PATRICK BARNES. Nació en Leicester, Inglaterra, el 19 de enero de 1946. Tras estudiar en el Instituto Ciudad de Londres y en la Universidad de Oxford (en Magdalen College), fue lexicógrafo para el diccionario Oxford. Ejerció luego de periodista, colaborando con medios como el *New Stateman*, *Sunday Times*, *The Observer* y *New Yorker*, ya fuera como articulista, columnista o crítico de televisión.

Es autor de varias novelas, compendios de relatos, libros de ensayo e incluso libros de cocina. También es traductor, habiendo traducido del francés y del alemán a autores como Alphonse Daudet y Volker Kriegel. Su hermano, Jonathan Barnes, es un conocido filósofo especializado en Filosofía Clásica. Se casó con su agente literaria, Pat Kavanagh, que falleció en octubre de 2008.

Ha sido galardonado con múltiples premios, entre los que destacan el premio E. M. Forster de la Academia Estadounidense de Artes y Letras, el William Shakespeare de la Fundación FvS de Hamburgo, el Médicis francés (fue el primer británico en obtenerlo, siendo además Caballero de la Orden de las Artes y las Letras de Francia) y fue nominado en tres ocasiones al Premio

Booker hasta hacerse con el mismo en 2011 por su libro *The sense of an ending*, traducido al español como *El sentido de un final*.

Notas

[1] Macareo o marea violenta del mar que irrumpe a contracorriente en el río Severn. (*N. del T.*) <<

[2]Amigos Reunidos, asociación que rastrea el paradero de antiguos condiscípulos o amigos: una especie de precursor de Facebook. (*N. del T.*)<<

[3]Minx, en inglés: «coqueta», «casquivana»; aquí, el nombre de un automóvil. (*N. del T.*)<<